

Trayectorias Sociales Juveniles

Ambivalencias y discursos
sobre el trabajo

Felipe Ghiardo Soto
Oscar Dávila León



GOBIERNO DE CHILE
INSTITUTO NACIONAL
DE LA JUVENTUD



CIDPA
Centro de Estudios Sociales

TRAYECTORIAS SOCIALES JUVENILES

TRAYECTORIAS SOCIALES JUVENILES
Ambivalencias y discursos sobre el trabajo

FELIPE GHIARDO SOTO
OSCAR DÁVILA LEÓN

Esta publicación corresponde a una síntesis del estudio denominado «Integración funcional: barreras de entrada, permanencia y movilidad en el mercado laboral en jóvenes de sectores medios y bajos en tres regiones del país», realizado por el Centro de Estudios Sociales CIDPA a encargo del Instituto Nacional de la Juventud (INJUV).

REGISTRO DE PROPIEDAD INTELECTUAL: 172.127
ISBN: 978-956-319-335-0

© Instituto Nacional de la Juventud (INJUV)
Co-Edición: INJUV y Ediciones CIDPA
Primera edición, agosto de 2008

Autores:

FELIPE GHIARDO y OSCAR DÁVILA

Instituto Nacional de la Juventud
Agustinas 1564 Santiago de Chile
Sitio Web: www.injuv.cl
Fono: (56-2) 620.47.00

Centro de Estudios Sociales CIDPA
Condell 1231 Valparaíso Chile
Sitio Web: www.cidpa.cl
Fono: (56-32) 259.69.66

Diseño y portada: GONZALO BRITO, Área Comunicaciones CIDPA
Digitación: JIMENA CAMPOS
Impresión: Productora Gráfica Andros. Fono: (2) 555.87.33 Santiago
HECHO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	9
RESUMEN	11
INTRODUCCIÓN	13
CAPÍTULO I	19
MARCO METODOLÓGICO	
1. Entrevistas en profundidad	24
2. Grupos de discusión	25
3. Entrevistas a expertos	27
4. Plan de análisis	28
CAPÍTULO II	29
EL TRABAJO Y SUS TRANSFORMACIONES	
CAPÍTULO III	45
LAS CONDICIONES JUVENILES: ESTRUCTURAS DE TRANSICIÓN Y TRAYECTORIAS	
1. Estructuras de transición	48
2. Trayectorias sociales	53
3. Estructuras de transición y trayectorias sociales juveniles	62
CAPÍTULO IV	71
«QUÉ NOS HA PASADO»: ELEMENTOS PARA RECONSTRUIR TRAYECTORIAS	
1. Los estudios	76
2. Situaciones de vida	100
3. El trabajo	110

CAPÍTULO V	137
LOS TRAYECTOS: DISTINTOS CAMINOS, DISTINTAS MIRADAS	
1. César	140
2. Jhonatan	150
3. Marco	159
4. Pilar	166
CAPÍTULO VI	173
DISCURSOS SOBRE EL TRABAJO	
1. El cambio de escenario	176
2. El trabajo: entre lo ideal y lo posible	183
3. La resignificación de la estabilidad	188
4. Entre la simulación y la identidad	193
5. El problema del tiempo: entre el trabajo y «la vida»	196
6. La clausura de las salidas	200
CAPÍTULO VII	205
AMBIVALENCIAS Y DISCURSOS SOBRE EL TRABAJO	
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	223

PRESENTACIÓN

LAS TRANSFORMACIONES EN el mundo del trabajo han suscitado un gran interés en las ciencias sociales durante las últimas décadas, siendo abordado desde diversas perspectivas —procesos históricos, cambios en el modo de producción, transformaciones en el Estado y las instituciones, cambios culturales y tecnológicos— a fin de comprender las modificaciones acontecidas en la esfera laboral.

La relevancia que los cambios en el ámbito del trabajo entrañan radica no sólo en el hecho que conllevan la emergencia de nuevas configuraciones societales que ponen en crisis el modelo anterior de trabajo asalariado, sino también, por la preponderancia que el trabajo ha tenido en la constitución de identidades específicas, lo cual genera una serie de preguntas respecto de los efectos que tales modificaciones han de producir en las subjetividades y el carácter de las y los trabajadores.

En Chile, este conjunto de transformaciones se vienen operando, con mayor visibilidad, a partir de la década de los ochenta, por lo tanto, es posible hipotetizar que muchos de estos cambios ya están consolidados en las diversas áreas que comporta el campo del trabajo en nuestro país.

Por otra parte, en lo que al ámbito de las juventudes se refiere, el aspecto laboral sigue ocupando un lugar destacado en el proceso de incorporación de la población joven a la vida adulta. ¿Cómo obtener un trabajo? ¿Dónde conseguirlo, de qué tipo?, tarde o temprano se vuelven preocupaciones centrales para la casi totalidad de jóvenes, hombres y mujeres, como etapa que finalmente marcará la certificación social sobre su inclusión o exclusión de la ciudadanía.

Sin embargo, en un contexto en que el mundo del trabajo ha atravesado un proceso de gran transformación surgen una serie de interrogantes en relación a las trayectorias laborales juveniles, puesto que ponen en tensión muchas de las representaciones que asociaban el trabajo a la vida de las personas: ¿cuáles son los sentidos con que el trabajo se significa en ellas? ¿De qué forma la experiencia laboral configura la identidad de las y los jóvenes? ¿Existen diferencias en los

sentidos que hombres y mujeres le atribuyen? ¿Qué lugar ocupa en sus proyectos?

Esta publicación es una síntesis del estudio encomendado por el Instituto Nacional de la Juventud (INJUV) al Centro de Estudios Sociales CIDPA, denominado *Integración funcional: barreras de entrada, permanencia y movilidad en el mercado laboral en jóvenes de sectores medios y bajos en tres regiones del país*. Los resultados de investigación que se presentan, indagan en torno a las temáticas antes señaladas y lo hace en un grupo específico dentro de la población joven: hombres y mujeres de 25 a 29 años que pertenecen a los estratos medios y bajos (D y E), de las regiones de Valparaíso, Bío Bío y Metropolitana.

La razón para concentrarse en este grupo estriba en el hecho que la mayor parte de los estudios —sino todos— que analizan la relación de la población juvenil chilena con el trabajo, se ha focalizado en las cohortes menores, es decir, jóvenes, mujeres y hombres, entre 15 y 24 años. Esta decisión se justifica en la medida en que dentro de la población juvenil existe una gran diversidad de situaciones experienciales. Asimismo, el poner en el centro del análisis las nociones de trayectoria y subjetividad en torno a los sentidos que el trabajo tiene para esta población de jóvenes, permite comprender el fenómeno de su participación en el mundo del trabajo en términos dinámicos y profundizar el conocimiento de su inserción laboral a partir de la variable tiempo, es decir, desde la relación que se establece con el pasado y el presente y su proyección hacia el futuro. Ello permite interrogar la experiencia vital que transcurre en un doble vínculo entre procesos estructurales e historias personales, dando cuenta de rupturas y continuidades.

Por todo lo antedicho, el libro que presentamos en esta oportunidad constituye un aporte sustantivo al cumplimiento de la misión del Instituto Nacional de la Juventud, esto es, generar conocimiento respecto de la juventud chilena del cual abreviar al momento de diseñar y coordinar políticas públicas orientadas al mejoramiento de sus niveles de inclusión y oportunidades.

JUAN EDUARDO FAÚNDEZ
DIRECTOR NACIONAL
INSTITUTO NACIONAL DE LA JUVENTUD

RESUMEN

EL PRESENTA TRABAJO investiga la relación de los jóvenes con el mundo del trabajo juntando dos dimensiones fundamentales: sus trayectorias y los elementos subjetivos que producen al hablar de trabajo. El análisis se concentró en los jóvenes entre 25 y 29 años de edad de las regiones de Valparaíso, Bío Bío y Metropolitana que pertenecen a los estratos medios y medio-bajos (C y D). Trabajar con este segmento de población se justifica si se tiene en cuenta que los estudios sobre empleo y juventud han tendido a concentrarse en la población de las cohortes de menor edad, entre 15 y 24 años, principalmente, y a considerar a la población entre 25 y 29 años como parte de la población adulta. La importancia de estudios como éstos es que proporcionan información valiosa para comprender de mejor manera tanto los fenómenos juveniles contemporáneos como los fenómenos del mundo del trabajo propiamente tal en la medida que se indaga sobre los cambios subjetivos que están generando las transformaciones económicas.

Desde un punto de vista metodológico, se diseñó un proceso que combinó información de tipo cuantitativa y cualitativa. La cuantitativa se extrajo de cuatro de las cinco encuestas nacionales de juventud realizadas por el INJUV y sirvió para caracterizar a los jóvenes que actualmente tienen entre 25 y 29 años de los estratos C y D. La cualitativa se produjo mediante entrevistas en profundidad y grupos de discusión.

Los resultados de este proceso de investigación muestran que el trayecto laboral de los jóvenes de estos sectores no se puede entender si no es combinando su análisis con las dimensiones educacionales y con las situaciones personales de vida, y que es justamente en el cruce entre estas tres dimensiones de la vida que se puede armar una imagen más completa sobre los cursos seguidos por estos jóvenes.

Paralelamente, el análisis de las entrevistas mostró que los cursos de las trayectorias están íntimamente conectados con las evaluaciones subjetivas que los jóvenes hacen de su situación y de la manera cómo figuran sus proyectos de vida y los caminos que anticipan para lograrlos.

Por último, el análisis de las discusiones grupales sugiere que en la conversación sobre el trabajo que se da entre esta población hay elementos comunes que hablan de un temor frente al acortamiento de los tiempos para el logro de sus expectativas laborales y de las sensaciones de incertidumbre que está produciendo el mundo del trabajo contemporáneo.

INTRODUCCIÓN

DESDE QUE SE creara en 1992 el Instituto Nacional de la Juventud (INJUV) ha estado preocupado por las distintas dimensiones de la integración social de los jóvenes. Buena parte de los programas y estudios que ha financiado este organismo se han dirigido a fomentar e investigar las posibilidades de integración de la población joven. Este ha sido el tema central de las cuatro encuestas nacionales sobre juventud, de los dos informes nacionales de juventud que se han editado hasta el momento y de varios otros estudios que han contado con el financiamiento de este organismo.

Junto a la salud, cultura, participación, educación, el trabajo ha sido incluido como uno de los cinco ejes que componen la *Matriz de condiciones mínimas para la inclusión social juvenil*, que se ha asumido como guía de navegación para cualquier política dirigida al sector juvenil. La integración laboral representa un elemento central para la configuración ideal y práctica de los proyectos de vida de los jóvenes. De ahí la importancia de estudiar los elementos que están definiendo la relación entre los jóvenes y el mundo del trabajo.

Entre los estudiosos de los fenómenos económicos existe consenso en que el análisis de lo que ocurre con la población joven es clave para entender el impacto social y cultural de las transformaciones que están ocurriendo en el mundo del trabajo. No hay que olvidar que el tránsito hacia la vida productiva es uno de los elementos decisivos en la constitución de la juventud

como categoría social, y por eso, cualquier cambio en las lógicas con que opera el «mundo del trabajo» tiene su correlato en los modos de constitución de los sujetos juveniles. Las barreras que deben sortear y las estrategias que utilizan para ingresar al mundo del trabajo representan una especie de barómetro tanto de las lógicas de integración que impone el mercado laboral como de las condiciones de vida que generan. Como señala Weller, en la inserción laboral de los más jóvenes se observa hasta qué punto los procesos macroeconómicos se traducen en mejoras en los niveles de bienestar de la población (Weller, 2003).

El mismo consenso existe entre quienes se dedican a estudiar los fenómenos juveniles en torno a la necesidad de descubrir los nexos entre las dinámicas que marcan la integración laboral de los jóvenes y los cambios que se están produciendo en la configuración de las distintas maneras de ser joven y vivir la juventud, sobre todo en lo que tiene que ver con las diferencias que se asocian a las condiciones sociales y culturales de existencia.

Desde ambos campos lo que se recomienda es tratar de acercarse a las «miradas», las «visiones», las subjetividades que vienen elaborando los propios jóvenes respecto al trabajo y sus distintas aristas. El problema es que no es mucha la investigación que ha considerado éste elemento como su foco de estudio. La mayoría de los estudios han trabajado en base a tendencias estructurales macro sin considerar mayormente el plano subjetivo. Por eso que entrar a los discursos de los jóvenes sobre el trabajo, la inserción laboral y la movilidad social, entre otros temas, se asume como la pieza que falta y no puede seguir faltando en este puzzle.

Lo otro que se sugiere es que, para afinar el análisis, se trabaje con poblaciones específicas. De ese modo se lograrían análisis más precisos y profundos. En el caso de la juventud esto es particularmente importante. No se puede perder de vista que como categoría estadística cubre desde los 15 a los 29 años; es decir, incluye a personas que pueden llegar a tener hasta 15 años de

diferencia. En ese sentido, considerar a la juventud como un grupo tanto etárea como social y culturalmente homogéneo, puede limitar la validez de los análisis y el alcance de los estudios. De ahí la pertinencia de desglosar el análisis y ajustarlo a las distintas condiciones que pueden resultar relevantes, principalmente las relativas a la edad, el género, la condición socioeconómica, étnica y geográfica.

Considerando lo anterior, el presente estudio se concentrará en un población específica: los y las jóvenes entre 25 y 29 años de las regiones V, VIII y Metropolitana, que pertenecen a los estratos medios y bajos (C y D). Este es un grupo sobre el que, solamente en términos etéreos, existe poca información y ha sido poco investigado. Por lo general, los datos sobre empleo que están disponibles incluyen al grupo entre 25-29 años junto al grupo entre 30 y 34, lo que hace difícil aislar las tendencias de este grupo específico. Quizá por lo mismo la mayor parte de los estudios sobre empleo y juventud han tendido a concentrarse en los grupos de menor edad, entre 15 y 24 años principalmente (cf. Weller, 2003; Tokman, 2004), y a considerar al tramo entre 25 y 29 como parte de la población adulta.

Ante la invisibilización de este grupo específico se hace pertinente la pregunta por la relación con el trabajo que está estableciendo esta porción específica de la juventud chilena. ¿Cuál es el curso que le impone a su trayectoria la búsqueda de soluciones a su inserción laboral? ¿Influye el modo en que se «mira el mundo»? ¿Influye la «actitud»? ¿Y qué hay de los roles de género? ¿Hacia donde se dirigen sus proyectos de vida, cuáles son sus aspiraciones y cuáles sus expectativas de logro?

La respuesta a estas y otras preguntas de investigación las intentaremos buscar hurgando en las trayectorias de los jóvenes de estos sectores y en los discursos que elaboran, para de ese modo recuperar la mirada que vienen construyendo en su propia relación con el trabajo como un elemento necesario a tener en cuenta tanto por quienes estudian los fenómenos juveniles y económicos, como por quienes tienen a su cargo el diseño de

políticas en uno y otro sector. Con esto se pretende aportar al conocimiento sobre las transformaciones subjetivas que están generando las transformaciones económicas, toda vez que al investigar la relación entre las transformaciones ocurridas en el mundo del trabajo y los distintos modos en que se constituye en sujeto este sector específico de la juventud, se puede observar el modo en que se están expresando las transformaciones del mundo del trabajo en quienes recién se integran o intentan integrar plenamente y que, por lo mismo, probablemente no vivieron modos anteriores de trabajo ni experimentaron en carne propia los profundos cambios laborales ocurridos en las últimas décadas.

A objeto del estudio, se decidió una metodología de investigación que combina información de tipo cuantitativa y cualitativa. La cuantitativa se extrajo de cuatro de las cinco encuestas nacionales de juventud realizadas por el INJUV. Con estos datos se caracterizó a los y las jóvenes que actualmente tienen entre 25 y 29 años de los estratos C y D, y comparó su situación con la de los jóvenes de la misma edad, pero de los otros estratos socioeconómicos. Al mismo tiempo, al contar con las bases de datos de esta serie de encuestas nacionales de juventud, se pudo comparar la situación actual de los jóvenes entre 25 y 29 años de los estratos C y D con la situación de la misma cohorte en períodos anteriores, observar sus tendencias en el plano educativo, laboral y en lo que se refiere a «condiciones juveniles» (maternidad, jefatura de hogar, independencia residencial), para de ese modo analizar su relación con el trabajo.

Para la recolección de información cualitativa se diseñó un modelo técnico compuesto por tres tipos de dispositivos de investigación social diferentes y complementarios: entrevistas en profundidad, grupos de discusión y entrevistas a expertos. Los dos primeros constituyen las herramientas básicas para producir y recolectar la información. Las entrevistas a expertos, por su parte, permitieron ahondar en el análisis y tomar algunos elementos que ayudaran a la interpretación de las conversaciones

que produjeron las entrevistas y los grupos de discusión. El uso de estas técnicas se justificaba por el objetivo mismo del estudio —la producción y análisis de discursos—, y por la poca investigación que se ha hecho respecto al tema de la inserción laboral en la población entre 25 y 29 años. Por sus características, las técnicas de investigación cualitativa son adecuadas para acercamientos iniciales a un problema —*exploración*— a partir del testimonio directo de los sujetos de investigación como se pretende en este caso.

En el Capítulo I se describe brevemente la metodología de investigación que se utilizó para el estudio. En el Capítulo II se desarrolla un breve repaso por las transformaciones que ha experimentado el mundo del trabajo en las últimas décadas y sus repercusiones para las sociedades en general y para la población joven en particular. Esto permite contextualizar el análisis de las trayectorias que han seguido los y las jóvenes de los sectores medios y medio-bajos, y al mismo tiempo entrega herramientas para comprender de mejor manera los elementos que están en juego en su conversación sobre el trabajo.

En el Capítulo III se desarrolla un conjunto de conceptos que permiten describir un marco de referencia para entender los fenómenos juveniles contemporáneos. Con las nociones de transiciones y trayectorias, sumado al conjunto de antecedentes que acompañan el análisis se buscó elaborar un marco de referencia que amplía las posibilidades de comprender las lógicas de acción de la población joven. Este ejercicio se complementa con el Capítulo IV, en que se analiza la trayectoria particular de los jóvenes de los sectores medios y medio-bajo. Utilizando las bases de datos de la serie que va desde la Segunda a la Quinta Encuesta Nacional de Juventud que fueron facilitadas por el INJUV, se intentó aislar a la población que actualmente tiene entre 25 y 29 años de estos dos sectores socioeconómicos y describir su trayecto en relación a tres dimensiones: los estudios, las situaciones personales de vida y el trabajo. Este ejercicio resultaba fundamental para poder armar una imagen res-

pecto a las particularidades de la población de estos dos segmentos. Complemento de lo anterior, el capítulo V expone los resultados de una serie de entrevistas en profundidad realizadas a jóvenes de estos sectores, lo que resultó del análisis de los discursos que se pudo recoger en las dinámicas grupales e individuales.

En el Capítulo VI se abordan los diferentes discursos recogidos sobre el trabajo, estableciéndose las relaciones entre estudios, trabajo y situaciones personales de vida como fundamentales para la configuración de los cursos de vida juvenil y adulta. Y en el Capítulo VII y final, se hace referencia al plano de las ambivalencias sobre el trabajo que expresan los jóvenes y el describir las estrategias de inserción laboral que estarían utilizando, como a su vez, el acercarse a las lógicas presentes en estas estrategias por medio de sus discursos referidos al mundo del trabajo.

★ ★ ★

Finalmente no queremos cerrar esta introducción sin agradecer a todos quienes ayudaron a realizar este trabajo. A Andrea Iglesias y Jorge Insunza por haber hecho posibles los grupos y las entrevistas en Concepción y Santiago, y por su aporte a la reflexión sobre los resultados. A Helia Henríquez, Claudio Duarte, Rodrigo Asún y Juan Sandoval por su disposición a destinar parte de su tiempo para conversar sobre el tema que nos convoca. A Karuwa Thiess por su trabajo en las transcripciones. Y finalmente a todos los y las jóvenes que participaron de las entrevistas y de los grupos de discusión, sin cuya presencia estas iniciativas serían imposibles.

LOS AUTORES
VALPARAÍSO (CHILE), AGOSTO DE 2008

CAPÍTULO I
MARCO METODOLÓGICO

MARCO METODOLÓGICO

PARA LAS «CIENCIAS sociales», justificar su apelativo de ciencias ha sido un problema permanente. El dilema central ha sido tener claro qué se pretende conocer, definir el concepto de «realidad social» y buscar, o peor aún, convenir una forma compartida para acercarse a ese «objeto de conocimiento». Por largo tiempo se ha estado entre asimilar sus métodos lo más posible a los típicos de las ciencias de la naturaleza, con procesos controlables, dirigidos a medir matemáticamente hechos, hacerlos comprobables para en último término descubrir las leyes de ese mundo, o crear procedimientos que, más que descubrir leyes y regularidades matemáticas, permitan descubrir los significados que los sujetos sociales le imprimen a sus acciones, que en último término sería lo que distingue al mundo de la naturaleza —físico, químico— del mundo social.

La polémica lleva años, pero por suerte el tiempo es un gran aliado de la fiebre y en las últimas décadas se ha llegado a aceptar que cualquier intento por instituir un único método definido como «científico» es un esfuerzo estéril. Lo que se reconoce es que el primer punto a resolver cuando se intenta investigar el mundo de «lo social» es pensar y diseñar una estrategia metodológica que se ajuste al tema que se investiga y los propósitos que se plantean. En la coherencia entre estos dos planos estaría depositada la validez del conocimiento que se pueda llegar a producir. Como dice Beltrán, es el objeto el que ha de determinar el método adecuado para su estudio, y no consideraciones éticas des-

provistas de base racional o científicismos obsesionados con el prestigio de las ciencias de la naturaleza (Beltrán, 1993).

El punto para las ciencias sociales es asumir la complejidad que encierra su «objeto» de estudio. Si el mundo de la naturaleza, el mundo físico está compuesto por elementos inanimados, la realidad social es el resultado de la acción histórica de seres que poseen subjetividad y reflexividad propias, volición y libertad, que establecen relaciones y forman grupos, «individuos que hablan, animales ladinos», que por eso influyen sobre el objeto mismo que se investiga, del cual el mismo investigador forma parte (Beltrán, 1993). Si pretenden cubrir la multiplicidad de dimensiones de este especial «objeto», necesitan buscar distintas entradas, diseñar múltiples estrategias, combinarlas, complementarlas, para poder, de ese modo, «examinarlo por arriba y por abajo, por dentro y por fuera, por el antes y por el después, desde cerca y desde lejos» (Beltrán, 1993: 20). Para eso las ciencias sociales necesitan asumir la variedad de mecanismos que han aportado y pueden seguir aportando a la investigación de la realidad social. Como dice Ortí, «observación de los hechos, registro de los datos, cuantificación de su recurrencia y extensión, y comprensión e interpretación de los discursos (y de los mismos hechos) constituyen momentos esenciales en la estructuración y explicación sistemática de los procesos sociales» (Ortí, 1993:190). Todos ellos participan del mismo esfuerzo; de ahí la necesidad de reconocer que sin unas ciencias sociales pluralistas en sus métodos, el conocimiento de la realidad social terminará siendo siempre parcial.

No obstante la demanda por una pluralidad de métodos de investigación en ciencias sociales, no se puede ignorar la diferencia de «enfoque» o de principios epistemológicos que cada uno encierra. No parten desde los mismos supuestos sobre la realidad social ni responden a un mismo tipo de intereses las investigaciones que recurren a una encuesta estructurada y aquellas que utilizan una entrevista individual o grupal. Una y otra técnica acercan a una particular porción de la realidad, la mira desde un

ángulo, permite una operación. Pero mientras una intenta distribuir a la población o a los individuos que la componen en categorías (demográficas —edad, sexo— o subjetivas —opiniones, actitudes—), y reducir a medida la realidad social, que aparece compuesta de hechos externos y cerrados en sí mismos, las otras intentan provocar la producción de discursos para interpretar la estructura de la subjetividad que les subyace (Ortí, 1993).

En el caso de nuestra investigación, intentamos combinar información de tipo cuantitativa y cualitativa. La cuantitativa la extrajimos de cuatro de las cinco encuestas de juventud realizadas por el INJUV. Fundamental fue que el Instituto nos facilitara las bases de datos de la segunda a la quinta encuesta. Con estos datos intentamos caracterizar a los jóvenes que actualmente tienen entre 25 y 29 años de los estratos C y D, y comparar su situación con la de los jóvenes de la misma edad, pero de los otros estratos socioeconómicos. Al mismo tiempo, al contar con las bases de datos de esta serie de encuestas nacionales de juventud, se pudo comparar la situación actual de los jóvenes entre 25 y 29 años de los estratos C y D con la situación de la misma cohorte en períodos anteriores, observar sus tendencias en el plano educativo, laboral y en lo que se refiere a «condiciones juveniles» (maternidad, jefatura de hogar, independencia residencial), para de ese modo analizar su relación con el trabajo.

El segundo momento o nivel de investigación correspondió al proceso de producción, análisis e interpretación de información primaria de carácter cualitativo.¹ Para ello se aplicó un conjunto de técnicas cualitativas de investigación social. El uso de estas técnicas se justificaba por el objetivo mismo del estudio —la producción y análisis de discursos—, y por la escasa investigación que se ha hecho respecto al tema de la inserción laboral en la población entre 25 y 29 años. Por sus características, las técnicas de investigación cualitativa son adecuadas

1 En investigación social, se llama *información primaria* a la que recoge directamente el equipo de investigación en el marco de un estudio específico.

para acercamientos iniciales a un problema —*exploración*— a partir del testimonio directo de los sujetos de investigación como se pretende en este caso.

Para el objeto del estudio, se diseñó un modelo técnico compuesto por tres tipos de dispositivos diferentes y complementarios: entrevistas en profundidad, grupos de discusión y entrevistas a expertos. Los dos primeros constituyen las herramientas básicas para producir y recolectar la información. Las entrevistas a expertos, por su parte, permitieron ahondar en el análisis y tomar algunos elementos que ayudaran a la interpretación de las conversaciones que produjeron las entrevistas y los grupos de discusión.

1. ENTREVISTAS EN PROFUNDIDAD

Las entrevistas en profundidad son técnicas de investigación cualitativa que consisten en un diálogo entre un sujeto que investiga y otro que es investigado. En la medida que las entrevistas permiten trabajar en profundidad y extensamente la historia de vida de un sujeto, el uso de esta técnica resulta especialmente pertinente para reconstruir aquellos elementos que han sido significativos en la construcción de su biografía. Y en la medida que se asume que la historia de vida del sujeto que habla está inscrita en una historia colectiva, y que habla desde una determinada posición en la estructura social, se entiende que su discurso es una entrada a la historia de un grupo social más amplio, a una subjetividad social, una mirada sobre el mundo.

La idea con las entrevistas fue ir desarrollando una conversación que permitiera describir la historia de cada uno de los entrevistados en tres dimensiones fundamentales: la educacional, la laboral y la propiamente juvenil. Partiendo por un repaso de su trayectoria laboral y escolar, se trató de establecer un diálogo que fuera entrelazando ambas dimensiones y que permitiera ir entrando en los elementos «subjetivos» y «objetivos» que pudieran marcar esas trayectorias. El supuesto fue que al ir

ligando las trayectorias escolares y laborales con los discursos sobre el trabajo y el mundo del trabajo, con las aspiraciones y expectativas escolares y laborales, los proyectos de vida, la actual actividad social, la condición de paternidad y la condición socioeconómica, entre otros puntos relevantes, se irían desplegando las lógicas discursivas y de acción propiamente tal y revelando los elementos que en cada caso se identifican como factores que han marcado sus trayectorias.

Para seleccionar a los entrevistados se intentó resguardar criterios de representatividad de la población objetivo. Las variables básicas para la selección fueron el género, la condición de actividad —inactivo, desocupado, ocupado—, el grupo socioeconómico, la región y el nivel de escolaridad. En total se realizaron cinco entrevistas en profundidad. En Concepción se entrevistó a un joven del segmento C, y a otra joven del segmento D. En Valparaíso se realizó una entrevista a un joven varón del segmento D, mientras que en Santiago se entrevistó a dos hombres, uno del segmento C y otro del D.

2. GRUPOS DE DISCUSIÓN

El grupo de discusión es una técnica de investigación social que consiste en una mesa de conversación donde se convoca a tratar un tema. La clave para que resulte es que el investigador —que para estos efectos se llama «preceptor»— plantea un tema directa o indirectamente relacionado con el problema de investigación y luego deja que los participantes se apropien del espacio y de la conversación para que desplieguen sus propios discursos respecto al tema propuesto. Jesús Ibáñez, sociólogo español quien fuera uno de sus fundadores y principales exponentes, elabora toda una compleja descripción y fundamentación epistemológica de las posibilidades y límites de esta técnica de investigación social (cf. Ibáñez, 1979). En palabras resumidas, la lógica es que, cumpliéndose ciertos requisitos básicos en la selección de los participantes —que sean «representativos» de

una posición en la estructura social y que no se conozcan, entre las principales—, en cada grupo de discusión lo que se produce son los discursos sobre un tema que están elaborando los miembros de un determinado grupo o clase. Por eso que el recurso a este dispositivo de investigación social era pertinente para analizar los elementos que son significativos para la inserción laboral de los jóvenes, porque además de registrarlos partiendo desde los discursos y vivencias de los propios sujetos, permite descubrir el sentido en que actúan esas barreras y el modo en que se relacionan con sus condiciones sociales y juveniles.

Una de las claves en el desarrollo de los grupos de discusión como dispositivo de investigación social pasa por la selección de los convocados. Este es uno de los pocos momentos en que el investigador tiene un grado de control sobre los grupos. La lógica es que, como ya se dijo, cada uno de los convocados represente una posición en la estructura social que pueda traer a la discusión el discurso que se genera desde esa posición. Por eso Ibáñez los califica dentro de las técnicas estructurales de investigación social (Ibáñez, 1979).

Para efectos de este estudio, en la conformación de los grupos se tuvo en cuenta tres variables básicas: el grupo socioeconómico y la región. Con arreglo al primer criterio diferenciamos dos conjuntos de grupos: los con jóvenes del segmento C, y los con jóvenes del D. En cada una de las tres ciudades que participaron del estudio realizamos dos grupos, uno de cada segmento. En Santiago y Valparaíso los grupos fueron mixtos, mientras que en Concepción se realizó un grupo solamente con mujeres del segmento D, y un grupo solamente con hombres del segmento C. Para la selección de los participantes también se consideró la situación laboral, el nivel de escolaridad y la condición de maternidad o paternidad. La relevancia de estas tres variables hacía fundamental incluirlas en la selección de los participantes. La idea fue tratar que la composición de cada grupo cubriera la mayor variedad de situaciones posibles en la relación con los estudios y el trabajo, y de ese modo se pudiera

contar con la mayor diversidad de posiciones discursivas. En relación a la variable escolaridad, se procuró que en los distintos grupos participaran jóvenes con distintos niveles de escolaridad —desde la secundaria incompleta hasta educación universitaria, pasando por todos los niveles intermedios—, que fueran egresado o estuvieran actualmente estudiando, y que tuvieran trayectorias escolares con diferentes formas y grados de continuidad. Lo mismo por el lado de la situación laboral y la condición de maternidad o paternidad. En este caso se intentó que en cada grupo hubiese un número relativamente homogéneo de jóvenes ocupados y desocupados, y que tuvieran y no tuvieran hijos.

Las temáticas en cada grupo giraron en torno a los discursos sobre el trabajo y el mundo del trabajo, el lugar o la importancia del trabajo en la construcción de sus proyectos de vida, sus aspiraciones y expectativas pasadas y actuales, y la búsqueda de propuestas de mejora o solución a estas problemáticas.

3. ENTREVISTAS A EXPERTOS

Con el objetivo de agregar insumos que permitieran enriquecer las herramientas para el análisis y la interpretación de la información, se realizó una serie de entrevistas a expertos en materias de juventud y trabajo de cada una de las tres regiones que participaron del estudio. Para seleccionar a los entrevistados se procuró que se tratara de personas con conocimiento y experiencia en temas de juventud y trabajo que pertenecieran al mundo académico, al sector público y a organismos de la sociedad civil. A cada entrevistado se le aplicó un cuestionario con preguntas abiertas que tenían como temas centrales las transformaciones en el mundo del trabajo y su impacto en las posibilidades de inserción laboral de los jóvenes y en el plano de las subjetividades juveniles, y las posibles líneas de acción que en ese marco les quedan a las políticas públicas.

En Concepción se entrevistó a Andrea Iglesias, miembro del Departamento de Jóvenes de la Municipalidad de Concep-

ción. En Santiago se entrevistó a Rodrigo Asún y Claudio Duarte, académicos de la Escuela de Sociología de la Universidad de Chile con experiencia en temas de juventud. En la misma ciudad se entrevistó a Helia Henríquez de la Dirección del Trabajo; y en Valparaíso a Juan Sandoval, académico de la Escuela de Psicología de la Universidad de Valparaíso.

4. PLAN DE ANÁLISIS

Toda la información que se produjo en la etapa de investigación cualitativa fue sometida a un análisis sociológico de discurso. Esta es una técnica que sirve para analizar el habla que se produce con los dispositivos de investigación social que trabajan con conversaciones. El análisis del habla desde un enfoque sociológico se orienta a buscar los componentes significativos de los discursos y a interpretarlos en relación a la posición —en la estructura social— desde donde hablan los sujetos, y al contexto —los procesos sociales e históricos— en que se inscriben los discursos. Con esto se busca llegar a las pautas discursivas desde donde se posicionan los sujetos, para de ese modo describir los elementos que marcan la lógica o estructura interna de los discursos y establecer posibles similitudes y diferencias en las construcciones discursivas que se producen tanto al interior de un grupo de sujetos como entre dos grupos diferentes, en este caso los jóvenes que tienen entre 25 y 29 años y que pertenecen a los estratos socioeconómicos medio y bajo (C y D).

Para garantizar estándares básicos de confiabilidad y validez de la información, se tomaron todos los resguardos procedimentales que se exigen a una investigación cualitativa. Durante el proceso de recolección de información, se elaboró una bitácora del trabajo de campo, de cada actividad se guardó un registro magnético y las conversaciones fueron debidamente transcritas guardando fidelidad a las expresiones usadas por quienes participaron en cada una de las actividades.

CAPÍTULO II
EL TRABAJO Y SUS TRANSFORMACIONES

EL TRABAJO Y SUS TRANSFORMACIONES

LA HISTORIA SOCIAL del siglo XX estuvo marcada por los auges y caídas del capitalismo industrial. La crisis económica y social de finales de la segunda década y principios de la tercera, significó el agotamiento del modelo del capitalismo liberal que se venía arrastrando desde mediados del siglo XIX. La pauperización de las condiciones de vida de una gran masa de trabajadores mientras la reducida élite de la época gozaba las bondades de la primera ola industrializadora, condujo a una de las crisis sociales más profundas del capitalismo, y fue el hito que desembocó en un ajuste estructural al modelo liberal clásico.

Ante los desempleos, el hambre y la pauperización masiva, la salida fue que los Estados asumieran un rol de intervención directa en la economía mediante el fomento de la actividad económica y la regulación de las relaciones laborales. Este modelo se impone paulatinamente en todo el mundo y se termina por consolidar en la época posterior a la segunda gran guerra del siglo pasado. En este nuevo ordenamiento, el trabajo se convirtió en el eje que articuló la estructura y el funcionamiento de la sociedad industrial que operó bajo el alero de los llamados Estados de Bienestar o Estados Sociales. El trabajo pasó a regular la vida de los sujetos en sociedad —que en ese contexto equivale a Estado-nación—, en torno al trabajo se articulaban una multiplicidad de formas de organización, se construyeron las identidades de los actores implicados, se formaron ciudades.

La lógica de fondo era que entre los dos sujetos icónicos en torno a los cuales se articulaba esta estructura, la clase obrera y la capitalista, se estableciera una especie de acuerdo de equilibrio tácito en un conflicto que se jugaba fundamentalmente en el terreno del trabajo y que era mediado por el Estado y los órganos políticos de representación. Más allá de las variaciones concretas que dependían del contexto histórico particular de cada región o país, este modelo funcionó de manera relativamente estable por a lo menos tres décadas. Fue a comienzos de la década de los setenta que ese escenario comienza a alterarse. Sobre este cambio hay ya numerosos trabajos que lo han procesado en sus distintas aristas y manifestaciones. Si es sociedad postindustrial, postmoderna, de consumo, de la información y el conocimiento, depende del punto donde se ponga el acento. Lo importante es que cualquiera sea el ámbito que se enfatice, sean las transformaciones económicas o las culturales, las nuevas manifestaciones sociales y políticas o los nuevos modos de organización urbana, todos los análisis coinciden en que desde hace un tiempo entramos en una nueva época o una nueva era, distinta por todos lados a todas las anteriores.

La discusión sobre el carácter y los alcances de estas transformaciones no los vamos a resolver en este espacio. Hay numerosa literatura que el lector interesado puede consultar. Pero si nos concentramos en el ámbito estrictamente económico, los elementos ineludibles del diagnóstico pasan por la definitiva internacionalización de la economía y los flujos de capital financiero, los cambios en la tecnología que se aplica en todos los sectores, y las transformaciones en los modos en que se gestiona y organiza el trabajo. La interacción de estos tres procesos irradia un sinnúmero de transformaciones sociales, culturales y políticas relacionadas, que en conjunto conforman el nuevo tipo de sociedad.

La internacionalización de las economías es ya de larga data, pero hasta antes de este momento se había mantenido una especie de vínculo entre las economías y los colectivos naciona-

les. En el nuevo escenario, en cambio, los lazos se rompen, las fronteras se diluyen y las empresas transnacionales no dudan en llevar sus instalaciones a aquellas partes del planeta donde el factor trabajo les reduce los costos. Las nuevas tecnologías de la información y comunicación facilitan y aceleran el proceso, al punto que la producción de información y de tecnología para producirla se convierten en el sector que más avanza en la nueva economía tanto en términos de participación en el producto como del empleo. Los casos de Microsoft y otras gigantes de la informática son sólo el ejemplo más representativo de esta tendencia. Todo esto alteró por completo lo que Castells define como la *arquitectura del mundo*. En la economía de la información globalizada se establece una nueva división internacional del trabajo, que según Castells se construye en torno a cuatro posiciones diferenciadas en la economía internacional: los productores de alto valor, basados en la producción informacional; los productores de gran volumen, basados en el trabajo de bajo costo; los productores de materias primas, y los que llama productores redundantes, que agrupa a todos los sectores de la economía reducidos al trabajo devaluado (Castells, 1999:174). La particularidad de la *sociedad de red* es que la nueva división del trabajo no se daría entre países, sino que entre agentes económicos que ocupan posiciones diferenciadas en una especie de redes y flujos que organizan la economía mundial, y que tiene nódulos en todos los países del mundo, independiente de cuál sea su actividad económica predominante. A todos lados llegan estas redes y flujos de información. De ahí que la posición de los países en esta nueva economía esté tan fuertemente asociada a las características de su fuerza de trabajo, lo que otros autores han definido como «capital humano» (Castells, 1999).

En términos estructurales, la característica básica de este nuevo tipo de sociedad pasa por la importancia económica del sector servicios, y por la pérdida de peso de la industria manufacturera y del sector público. Durante la primera mitad del siglo XX, éstos fueron los dos pilares fundamentales en la es-

tructuración de las sociedades nacionales. El sector público absorbía a una buena parte de la clase media y los sectores profesionales; el sector industrial, impulsado por una política estatal que promovía la producción interna —la sustitución de importaciones—, concentraba a la mayor parte de la fuerza de trabajo asalariada, que crecía a la par de la reducción del sector agrícola tradicional. A partir de este quiebre, la reducción de los Estados, por un lado, y el avance en las tecnologías de los procesos productivos y los cambios en las lógicas de gestión de las empresas, por el otro, terminaron alterando esa estructura. El Estado perdió peso en la absorción de puestos de trabajo, y la tecnificación de la producción terminó reduciendo la porción de mano de obra directamente empleada en los procesos propiamente industriales, que en buena medida fue reabsorbida por el sector productor de servicios.

Por su parte, la tecnificación de la producción ha arrastrado una multiplicación de las especialidades y, quizá más importante, la elevación en los niveles de calificación que viene exigiendo el «mercado laboral» como criterio para la selección de los puestos de trabajo. En el marco de lo que Castells define como *sociedad informacional*, lo que importa ya no es tanto el manejo de un proceso repetitivo, sino la aplicación de información y conocimientos a la producción. En un escenario en que los procesos de producción tienen que innovar permanentemente, en que hay que saber interpretar las alzas y bajas de las bolsas de comercio, en que los productos están en un juego constante de sofisticación en diseño y tecnología, en que es necesario rodear de una carga simbólica a una mercancía para hacerla atractiva al sujeto consumidor, tan llevado a elegir en base a significados, en este escenario, dice Castells, la información, la creatividad, la aplicación de conocimientos se vuelven elementos centrales para las economías. Éstos representan los elementos que están detrás del aumento en los requisitos de capacitación de la fuerza laboral en todos los sectores y que a la postre se han convertido en uno de los mecanismos de selección laboral y de segregación.

gación social más característicos y legitimados del nuevo orden. Quizá lo positivo de esta apertura a la aplicación de conocimiento en todas las áreas de la producción sea que ha abierto nuevos campos para el ingreso masivo de la mujer al mundo del trabajo. Es cierto que el trabajo femenino es desde el principio uno de los elementos claves en la historia industrial. No hay que olvidar que la mano de obra de las primeras industrias textiles estuvo compuesta principalmente por mujeres. Pero el resto de las áreas productivas estuvieron cerradas a la presencia femenina. Los sectores profesionales fueron durante décadas terreno clausurado casi totalmente. Quizá el único que escapaba a esa norma era la pedagogía, pero el resto de las profesiones eran de claro dominio masculino. En la actualidad, la presencia de la mujer en los sectores profesionales viene avanzando. De hecho, la incorporación femenina al mundo del trabajo formal está estrechamente relacionada a su mayor permanencia en el sistema escolar. Eso en el caso de las mujeres cualificadas que se incorporan al sector formal de la economía. Sin embargo, existe todo un sector de la población femenina que también trabaja, pero lo hace en empleos sin cualificación, principalmente en el sector servicios, las ventas y las faenas agrícolas. En una mezcla de apertura de nuevos campos a la mujer y de necesidad familiar, lo cierto es que la composición de la fuerza laboral en Chile muestra una tendencia a la incorporación de contingentes cada vez más amplios de población femenina, eso a pesar que en la inserción laboral de las mujeres presenta niveles más bajos que otros países de Latinoamérica y el resto del mundo, y que esa participación se concentra en los grupos con mayores niveles de educación.

El efecto de las nuevas formas de gestión y organización del trabajo se expresa en las transformaciones en el plano de las relaciones laborales, quizá las que tienen los efectos más profundos y significativos para las condiciones de vida de la población que trabaja. Todaro señala tres que son básicas. En primer lugar, la heterogeneización de las formas de empleo depen-

diente. Hasta hace no mucho tiempo, el patrón de relaciones laborales más extendido era el asalariado, pero en la actualidad sus números vienen a la baja. Los cambios en las lógicas administrativas del sector privado y también del público, con la externalización de funciones como paradigma, han multiplicado los tipos de relación laboral entre los sujetos que ofrecen su trabajo y la empresa que lo demanda. Paralelamente, la permanente aparición de microempresarios de todo tipo, sumado al crecimiento de la población que trabaja en forma independiente, sumado a quienes vienen probando nuevas formas de trabajo desde el hogar u otro espacio análogo, lo que se conoce como «teletrabajo», y la ampliación del sector informal, contribuyen a multiplicar las modalidades de trabajo a tal punto que las anteriores categorías para clasificar a la fuerza de trabajo se han hecho insuficientes y han obligado a reformularlas (cf. Gálvez, 2001).

La segunda transformación, que está ligada a la anterior, es la desregulación del sistema laboral y de protección social, un proceso estrechamente asociado a la reducción del Estado y a las nuevas formas de organización de la producción en todos los sectores de la economía. Si antes la gran mayoría de la población trabajaba en un régimen dependiente y con una relación contractual establecida, en la actualidad esa condición sigue siendo la mayoritaria, pero los niveles de población sin un contrato de trabajo vienen creciendo considerablemente. La externalización de funciones, la multiplicación de los trabajos a plazo fijo, y por sobre todo la retirada de los contratos de trabajo permanentes, que la ideología de la empresa contemporánea evita por considerarla un costo, implican la pérdida del vínculo entre el trabajador y la institución para la que trabaja, entre trabajo y capital, y la desaparición de anteriores formas de protección intraempresa y sociales que se adquirían por el sólo hecho de mantener una relación contractual. Es sintomático que la extensión de la subcontratación y la magnitud de sus efectos alcance niveles tales que este año se acaba de aprobar en Chile una ley específica para regularlo.

En tercer lugar, la diversificación y desestabilización de las biografías o trayectorias laborales (Todaro, 2005). En el mundo actual del trabajo, una de las tendencias más características es el aumento en las tasas de rotación laboral en muchos países del mundo, por cierto también en Chile. De acuerdo a un estudio de la Dirección del Trabajo que investigó el fenómeno desde una perspectiva de trayectorias laborales, haciendo un seguimiento longitudinal a un grupo de población en base a datos secundarios, resalta la alta movilidad laboral que tuvieron los trabajadores en el período investigado. El segmento de trabajadores que se mantuvo inmóvil en el año y medio que se analizó, no llegó a la cuarta parte de todos los que en algún momento integraron la población económicamente activa, lo que se tradujo en que un mayoritario 78% registró uno o más cambios, transitando por las diferentes posiciones de condición de actividad y/o de categoría ocupacional (Henríquez y Uribe-Echeverría, 2003). El problema adicional es que este fenómeno está estrechamente ligado a la condición social: mientras más precaria la condición, la rotación laboral es más frecuente y los trabajos de menor duración, a lo que se suma que por lo general se trata de trabajos de mala «calidad», con pocas garantías de protección y escasa remuneración.

Éstas y otras tendencias que han arrastrado las transformaciones impulsadas por esta nueva reinvencción del capitalismo liberal han dado pie a varias líneas de interpretación. Como toda transformación, la evaluación sobre los procesos tiene diferentes tonos. El discurso de los sectores empresariales y parte del gobierno es optimista y suele valorar positivamente las nuevas formas de organización de la producción por su aporte a una renovación constante de la producción, su capacidad para mantener a raya los factores macroeconómicos y un cierto ritmo anual de crecimiento económico. Pero hay una línea de pensamiento más crítica acerca de las transformaciones en el mundo del trabajo y sus conexiones con transformaciones en otros planos. Al analizar los efectos que trajo el desplome de los

Estados de Bienestar y la pérdida centralidad del trabajo como eje de articulación entre los miembros de las sociedades, Robert Castel (1997) plantea que lo que se viene fraguando es una fragmentación inevitable que ha terminado rompiendo esa especie de equilibrio que había logrado el sistema de Estado de Bienestar entre el capital y el trabajo. Eso estaría conduciendo a una pérdida de los vínculos sociales y al imperio de una inseguridad subjetiva por la desaparición de las redes de protección que regularon la vida social mientras duraron esos equilibrios. El desempleo, la precarización de los empleos, la flexibilidad, la dilución de las relaciones laborales prolongadas, son todos procesos que cuestionan la relación salarial y le llevan a formular la reaparición de la temida *cuestión social*, pero metamorfoseada. La *desestabilización* de los estables y la instalación en la precariedad, que afecta principalmente a los jóvenes, obliga a los sujetos a adoptar nuevas formas de sobrevivir y no morir en estas nuevas condiciones de pauperización, que obligan a tener que «vivir al día», como al antiguo vagabundo. Se puede capear esta fragilidad pasando de trabajo en trabajo, pero eso no asegura que se logre una relación social estable y con sentido por medio del trabajo y se termina reproduciendo una pérdida de identidad en el trabajo, que tiene su correlato en una pérdida de vínculo social y político.

Ahí la referencia a los jóvenes se hace inevitable. Para Castel, la juventud constituye el sujeto que mejor simboliza las rupturas subjetivas de estas transformaciones y que más afectado se ve por la sensación de incertidumbre que sumerge a los sujetos tras esta serie de quiebres y rupturas (Castel, 1997). Pero no sólo eso. La población joven también es la más afectada por la estructuración ocupacional. El último informe de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) sobre jóvenes y trabajo en América Latina, señala que si bien el desempleo efectivamente representa un problema mayor para los jóvenes, y si bien América Latina es la región del mundo con las mayores tasas de población joven que no estudia ni trabaja, sobre todo

entre las mujeres urbanas de menos recursos, hay un conjunto de tendencias que afectan a los jóvenes que trabajan. Lo que más distingue a los jóvenes de los adultos que trabajan es el tipo de empleo al que acceden. Los jóvenes tienen menores niveles de sindicalización, reciben menores ingresos que los adultos y entre ellos abundan las relaciones informales —el 63% trabaja sin contrato, cifra que se eleva al 84% en el área rural—, lo que implica que frecuentemente su remuneración es menor que el salario mínimo y que trabajan sin seguridad social, aunque en este último punto las diferencias han tendido a reducirse en las últimas décadas, no por una mejora en la situación de los jóvenes, sino por el efecto generalizado de los procesos de flexibilización y desprotección que también alcanzan a los más adultos.

Otro tema importante es el de la migración, que es mayor entre los más educados, pues refleja que las economías latinoamericanas no están siendo capaces de absorber esa inversión en educación que se termina perdiendo. La hipótesis del informe es que en eso influye la ausencia de posibilidades concretas de mejora que no se condice con la distribución de activos laborales actualmente existentes en los mercados de trabajo de la región. Los jóvenes explican el 20% del empleo, pero tienen más del 31% del total de años de educación y más del 40% del total de acceso a tecnologías de información. Pese a ello, sólo perciben el 10% de los ingresos laborales. Esto tendría que ver con factores que limitan el uso «productivo» de estos activos, que si bien puede variar de país en país, tiene una raíz común que sería la presencia de una visión dominante sobre la juventud que la entiende como un grupo de trabajadores dispuestos a aceptar condiciones laborales más bajas a cambio de experiencia, formación y, en general, insumos que mejoren sus perspectivas de trabajo (cf. OIT, 2007).

En el caso específico de Chile, la faceta de la relación entre jóvenes y trabajo que ha despertado el mayor interés político y analítico ha sido el desempleo juvenil. La preocupación viene no tanto por las mayores tasas de desocupación juvenil cuando

se las compara con las del resto de la población, que es un patrón común a la realidad de los distintos países de Latinoamérica y otras zonas del mundo, sino porque las proyecciones que preveían una reducción de esas diferencias no se han cumplido. La baja de la participación de la población joven en el total de la población económicamente activa y la esperanza que la preferencia por personas con mayores niveles de calificación por parte del mercado laboral eran argumentos que supuestamente iban a favorecer la participación de la población joven en el mercado del trabajo. Pero en la práctica ha ocurrido todo lo contrario: en vez de reducirse el desempleo relativo, ha aumentado.

Frente a este escenario han aparecido varios intentos de explicación que en general llegan a conclusiones bastante similares. Tokman intenta aclarar si el desempleo juvenil se relaciona con la capacidad de crecimiento y el nivel de desarrollo o bien responde a características específicas de los jóvenes y si los afecta a todos por igual. Para eso lo primero que hace es comparar la evolución de las tasas de desempleo de Chile con las de otros países, y descubre que, más allá de las variaciones entre países, la evidencia internacional permitiría observar una relación entre las condiciones macroeconómicas y el desempleo juvenil. A esto se agrega la relación entre el desempleo y la edad, el sexo y el nivel de escolaridad. Pero junto a estas características personales habría otras que se mueven en el plano de las expectativas de los jóvenes, por un lado, y de la insuficiencia de «capital humano» que presentan, tanto en forma de educación como de experiencia (cf. Tokman, 2004).

Beyer, por su parte, cuando intenta analizar algunas de las variables que están explicando las raíces del desempleo juvenil, encuentra el desempleo se podría explicar por el hecho que los jóvenes tienden a buscar trabajos de corta duración y alta rotación como un recurso para compatibilizar el trabajo con los estudios, o porque muchos jóvenes prefieren mantenerse sin trabajo en espera de una opción laboral acorde a sus expectativas (Beyer, 1998). Por eso no sería algo para preocuparse de-

masiado, más si se tiene en cuenta que históricamente han sido los sectores jóvenes los de menor participación en la Población Económicamente Activa (PEA), y si se asume que en el fondo se trata de una población que se estaría preparando para lograr mejores condiciones de inserción laboral o que estaría en un proceso de aprendizaje y adquisición de experiencias laborales. Sin embargo, el principal nexo lo establece con los niveles bajos de escolaridad. Por eso propone como solución una política que evite la deserción escolar (Beyer, 1998).

Lo problemático de estas alternativas que ponen todas las fichas en la sola cualificación escolar es que en la práctica no necesariamente se ha traducido en una reducción significativa en los niveles de desempleo juvenil. Las tendencias indican que se viene produciendo un desajuste entre los niveles de capacitación adquiridos por la población joven y las posibilidades reales de inserción laboral. De hecho, son muchos los casos de jóvenes que están trabajando en una actividad de menor cualificación que su nivel de estudios (INJUV, 2006). Esta es una tendencia que se observa en distintos países, tanto desarrollados como subdesarrollados, y que algunos investigadores han atribuido al desajuste entre los cambios educativos y la capacidad de asimilación de los sectores productivos, que tienden a ser más lentos y desfasados que los cambios en los currículos y los aprendizajes de las generaciones jóvenes (cf. Weller, 2003).

Además, incluso en el caso que se completaran estudios de nivel superior, existen otras barreras que ya entran en el plano de lo sociocultural que agudizan los límites de la integración al mundo del trabajo. Como lo han demostrado estudios recientes, al momento de la selección laboral, no basta con el rendimiento ni con el nivel de estudios para integrarse exitosamente al mundo del trabajo y ascender en la «escala social». Tanto o más importantes que el título obtenido resultan la cantidad y el nivel de contactos —el «capital social»—, el apellido y el nombre del colegio de procedencia, lo que los investigadores llaman el *background*, o lo que viene a ser lo mismo, la condición de

clase (Núñez, 2004). No por nada se asume que la *discriminación negativa* representa una de las barreras de más peso en la determinación de las posibilidades de encontrar trabajo, y afecta principalmente a los sectores de menores capitales económicos, sociales y culturales. Lo complejo es que el fenómeno del desempleo juvenil no sólo representa un menor nivel de ingresos para los jóvenes, sino que además implica la imposibilidad de aumentar su «capital humano» acumulando experiencia y entrenamiento en el trabajo. Larrañaga y Paredes (1999) estudiaron el efecto del desempleo y la rotación laboral, y encontraron que cuando se combinan ambos procesos durante la juventud se produce un efecto que incide sobre el desempleo en la adultez y sobre los niveles de ingresos de toda la vida. Pero más complejo aún es que al descomponer la tasa de desempleo juvenil por quintil de ingreso, se observa que es significativamente mayor para los quintiles más pobres de la población, lo cual representa otro de los mecanismos que limitan sus posibilidades de integración al mundo del trabajo y su capacidad de generar trayectorias ascendentes.

Por más que se concentre el análisis en el fenómeno del desempleo juvenil y por problemático que sea, es necesario asumir que constituye sólo una de las múltiples facetas en que se expresa la relación de los jóvenes con el trabajo. Haber concentrado la atención en esta temática ha contribuido a ignorar que el porcentaje de jóvenes desempleados es menos de la mitad que aquellos que sí trabajan. ¿Qué pasa con los jóvenes que trabajan? Los datos disponibles permiten hacer un perfil estadístico de este grupo. Decir, por ejemplo, que los *ocupados* son más hombres que mujeres, que la tasa de participación laboral aumenta en la medida que aumentan los años de escolaridad y que no hay mayores diferencias entre los segmentos socioeconómicos (INJUV, 2005). Sin embargo, más allá de las tendencias, lo que queda fuera de estos análisis es la mirada que tienen los jóvenes acerca del trabajo y el mundo del trabajo. Tanto en el terreno de los estudios de juventud como del trabajo, la sub-

jetividad que se produce en torno a este fenómeno entre la población joven no es un tema suficientemente investigado. En Chile ha habido pocos intentos por explorar esta dimensión subjetiva de la relación entre jóvenes y trabajo. Uno de los pocos estudios fue el que realizó Ibáñez hace unos años (cf. Ibáñez, 2005). Por medio de entrevistas y grupos de discusión, intentó adentrarse en el discurso sobre el trabajo de los jóvenes para tratar de aportar a la discusión que en ese minuto se daba acerca del programa Chile Joven, que fue el primer programa de empleo joven montado por los gobiernos de la Concertación. En el discurso de los jóvenes sobre el trabajo, Ibáñez encuentra tres sentidos: uno *instrumental* que está vinculado a la sobrevivencia y al consumo; uno *ontológico*, que se vincula al desarrollo de capacidades características de lo humano; y otro *social*, que pasa por el aporte a la sociedad en conjunto. Lo que hacía la diferencia entre los discursos era el valor que se le asigna a la educación y la etapa en que se encuentran los sujetos, o la propia noción de juventud, como señala el autor. En este sentido, los discursos sobre el trabajo serían variables por definición. Lo que en un momento de la vida representa un buen trabajo, puede que no lo sea en una etapa posterior. En eso influye la carga de responsabilidades y el nivel de experiencia laboral, que va negativizando la mirada sobre el trabajo (cf. Ibáñez, 2005).

El límite para efectos de nuestro estudio es que el trabajo de Ibáñez asumió como población objetivo a los jóvenes urbano-populares entre los 15 y los 24 años. El discurso de la «juventud tardía», como se define a la población entre 25 y 29 años, queda fuera del análisis. Lo mismo ocurre con los jóvenes de sectores medios y medio-bajos. En ese sentido, el escaso conocimiento que existe acerca de los discursos que está elaborando esta porción específica de la juventud acerca del trabajo, lo poco que se sabe sobre sus sentimientos y temores, y en general lo poco que se ha investigado sobre el trabajo, relevan la importancia de explorar en estos terrenos, que es justamente el propósito de este estudio.

CAPÍTULO III
LAS CONDICIONES JUVENILES: ESTRUCTURAS DE
TRANSICIÓN Y TRAYECTORIAS

LAS CONDICIONES JUVENILES: ESTRUCTURAS DE TRANSICIÓN Y TRAYECTORIAS

EL SUJETO DE este estudio son los jóvenes y su relación con el trabajo. Ese sólo hecho hace pertinente contar con algunos elementos que permitan armar una imagen respecto a quiénes se hace referencia al hablar de jóvenes y en el marco de qué contexto social e histórico convendría entenderlos. La discusión teórica y el trabajo de investigación sobre «la juventud» ha venido configurando distintas formas de entender y definir a esta categoría social. Por citar sólo algunas, se la ha definido como un segmento de la población que comprende a todos quienes se encuentran en un determinado «tramo etario».¹ Hay otra línea analítica que se enfoca en las particularidades de «la juventud» como sujeto social e histórico que crea su propia cultura (la «cultura juvenil»), sus propias prácticas y estilos de vida... Otra que define a la juventud como el proceso de transición a la vida adulta y que centra el análisis en los modos en que cultural e históricamente se dan el conjunto de procesos que van configurando a las nuevas generaciones de adultos. Incluso hay algunos autores que han llegado a decir que *la juventud no pasa más allá de ser una mera palabra*.

Cada uno de estos enfoques aporta elementos para comprender aspectos parciales de los fenómenos juveniles. En el caso de este estudio, se ha preferido adoptar una postura, si se

1 Este criterio es variable. Hasta no hace mucho tiempo en Chile «la juventud» comprendía a la población entre 15 y 24 años. Actualmente llega hasta los 29 años.

quiere, «ecléctica» y mezclar elementos de las distintas perspectivas para desarrollar unos pocos conceptos y describir algunos procesos que son importantes de tener en cuenta para el ejercicio de comprender las lógicas de acción y proyección en el campo del trabajo que han venido construyendo las actuales generaciones jóvenes.

1. ESTRUCTURAS DE TRANSICIÓN

Como forma de entrada vamos a tomar algunos elementos que nos acercan al enfoque de la juventud como el proceso de transición a la vida adulta. Al tomar esta opción estamos obligados a asumir que la sola idea de entender a la juventud como el proceso de configuración de nuevos individuos adultos implica un doble problema. El primero es que, como han señalado varios autores, encierra el peligro de asumir un concepto algo peyorativo sobre los jóvenes como «sujetos incompletos», que les falta, y que puede, por tanto, llevar a negar sus particularidades en tiempo presente. El segundo, que está relacionado con lo anterior, implica asumir que este sujeto es incompleto porque todavía no llega a completarse, lo que hace inevitable la pregunta por ese estado final: la adultez. ¿Qué es ser adulto?, ¿cuándo se está frente a un adulto, o cuándo se deja de ser joven?

Sería pretencioso de nuestra parte tratar de resolver completamente estas interrogantes. Sin embargo, por la experiencia de nuestro trabajo en particular, que nos ha permitido trabajar esta temática en diversos estudios con jóvenes, podemos decir que no se puede hablar de una frontera clara entre juventud y adultez. No se sabe bien qué hace efectivamente adulto. Tiene que ver con la edad, ciertamente, pero no es solamente un tema etario. Por citar un solo ejemplo, en el marco de una evaluación a un programa del Fondo de Solidaridad e Inversión Social (FOSIS) que trabajaba con jóvenes entre 19 y 25 años, hubo participantes con edades similares que ya se consideraban adultos y otros que no. ¿Qué pesa en esta diversidad de significados? A nuestro en-

tender tiene que ver con tres elementos fundamentales que suelen estar entrelazados: la conformación de familia, la entrada de manera más o menos permanente al mundo laboral y la independencia económica y residencial. Estos tres son los tópicos que se nombran cuando hemos tenido la posibilidad de conversar sobre la frontera entre la juventud y la adultez.

Por lo anterior, si queremos considerar la idea central del enfoque que intenta analizar los fenómenos juveniles en el marco de esta transición a la vida adulta, necesariamente tenemos que asumir por lo menos dos puntos. El primero es que tanto la juventud como la adultez son conceptos sujetos a significaciones sociales, susceptibles, por tanto, a posibles variaciones. El segundo es entender a la juventud como un *proceso*: el proceso en que se va diluyendo esa especie de unidad que se vive entre el cuerpo, la mente y la condición social de niño, y se va configurando un individuo que tarde o temprano, y por motivos variables, se asumirá como «adulto».

En efecto, que la juventud represente un período de «transición» no significa que sea una etapa de pura latencia, una espera inerte o moratoria inactiva. Por el contrario, toda transición es un proceso lleno de cambios, en que hay algo que está en curso y se desenvuelve, un sujeto que cambia. De hecho, si hay algo que puede definir a la juventud como «etapa de la vida» es precisamente la ocurrencia de una serie de cambios que van desde los de orden estrictamente biológicos hasta los cambios de condición social. Durante la juventud cambian los cuerpos, se obtienen derechos cívicos, se crean identidades y nuevos referentes culturales, se establecen relaciones de pareja, muchos se convierten en padres o madres, algunos trabajan, se adquieren oficios, otros se hacen independientes..., todos hitos que en su conjunto le van definiendo la forma y marcando el ritmo a este tránsito.

Lo interesante es que si nos concentramos en estos hitos y los vamos hilando, si dibujamos su secuencia, su orden y sus tiempos, podemos configurar distintas formas de «hacerse adulto», o lo que podemos llamar diferentes *estructuras de transi-*

ción. Este concepto nos parece que sirve para analizar lo que ocurre en la etapa de juventud de una manera integrada. Lo primero que tenemos que hacer es reiterar su carácter histórico. El interés que existe en analizar las transiciones juveniles viene precisamente porque las formas de transición hasta hace poco «típicas» han ido cambiando o ya no son las únicas. La tradicional estructura *lineal* de transición, definida por una secuencia culturalmente establecida y socialmente reproducida, en que de estudiar se pasa a trabajar, de ahí al matrimonio y la crianza de hijos, todo con plazos estrictos, con edades prescritas, ha ido cediendo terreno a nuevas formas de hacerse adulto, nuevas formas de transición, con otra estructura, con otro orden en la secuencia y otros tiempos para cada paso.² Estas estructuras de transición están asociadas a lo que cultural y socialmente se define para cada clase de edad y para cada sexo en cada clase de edad.

Que las estructuras de las transiciones tengan un carácter histórico, no quiere decir que cada época genere un solo modo de hacerse adulto común para todos. Por el contrario, en cada época hay diferentes «libretos» para las transiciones, cada uno característico de un grupo social específico,³ y de lo que cada

-
- 2 Lo que se señala es que se viene produciendo un paso desde formas lineales de transición a un nuevo tipo que, como señala Machado Pais (2002a y 2002b), se podrían describir como de «tipo yo-yo», reversibles o también laberínticas. La analogía es que las nuevas formas de transición se asemejan a la imagen de las grandes autopistas, donde el medio de transporte o el móvil es precisamente el automóvil con el sujeto como conductor, y donde no hay un camino absolutamente inicial y final, sino una cantidad impresionante de retornos, tréboles, salidas de la autopista, vuelta atrás, vuelta a iniciar nuevamente determinados trayectos. A diferencia de los formatos lineales, que más se asemejan a un ferrocarril: una sola máquina y una sola vía, con inicio y final conocido, y donde el sujeto no es el conductor del tren.
 - 3 Como escribe Salazar, la «juventud dorada» de mediados del ochocientos «maduraba siguiendo paso a paso un libreto trazado de antemano, que era rígido pero seguro y, en todo caso, asaz conspicuo: una operación universitaria local tipo relámpago destinada a obtener un título profesional, uno o varios viajes a Europa, casamiento ventajoso allá o

grupo asigna a cada género. Las etapas por las que han pasado las generaciones de jóvenes de cada uno de los distintos grupos sociales han sido diferentes, y esas diferencias tienen que ver tanto con el tipo de etapas por las que se pasa como con los tiempos cronológicos en que ocurre un mismo cambio de condición. Por ejemplo, no siempre los jóvenes de sectores populares han estudiado, luego trabajado y conformado familia. Hasta no hace mucho, el paso de la infancia a la adultez era para ellos un paso corto, drástico, trabajaban desde temprana edad, sin estudios o con muy pocos, situación quizá más marcada en el caso de las mujeres, que pasaban de ser niñas a esposas y madres, sin etapas intermedias.

En la actualidad se puede decir que *estamos ante una especie de homogeneización parcial de la estructura de las transiciones en los distintos sectores de la juventud*, que se debe principalmente a las transformaciones en el plano educacional. Las altas tasas de cobertura en educación secundaria, sumada a la obligatoriedad que recientemente se le otorgó a los doce años de escolarización en Chile, de alguna manera hacen que la gran mayoría de los jóvenes muestre una estructura de transición similar, eso al menos hasta la edad en que normalmente se completa la educación secundaria. No obstante, siguen habiendo diferencias que tienen que ver con los tiempos —las edades— que duran las etapas y se pasa de un hito a otro. Por lo general los jóvenes de bajos recursos económicos siguen estudiando menos años y entrando a trabajar a edades más tempranas que los de clases

acá, retorno a Chile para hacerse cargo de los grandes negocios de la familia, y, finalmente, asunción de la adultez ingresando a la política de nivel nacional, ojalá como ‘senador’ o ‘ministro’» (Salazar y Pinto, 2002:31). Mientras, en la misma época, los jóvenes *gañanes* vivían otras experiencias, se hacían adultos de otra forma, yéndose adolescentes del hogar en busca de suerte por los caminos, *se echaban al camino*, adoptando el vagabundaje como forma de vida, en permanente movimiento, trabajando un tiempo en un lado y luego en otro, probando suerte, a veces robando, seguros de que nada era seguro, con pocas o ninguna posibilidad de formar un hogar, de establecer familia (Salazar y Pinto, 2002).

media y alta. Como contrapartida, la edad hasta la que estudian los jóvenes de clases media y alta es mayor que la de jóvenes de clase baja.

Esto último convierte al tiempo en un elemento central para el análisis de las transiciones. No incluirlo significa dejar fuera un factor generador de estructuras de transición diferentes tanto entre períodos históricos como entre grupos o clases en un mismo período. Lo que se produce es una especie de dialéctica entre la forma. Cualquier cambio en la forma de las transiciones es producto y a la vez produce una forma de concebir el tiempo, de situarse en la relación entre presente y futuro, que se expresa de manera suma en la etapa de la juventud. Y es que cuando se es joven, socialmente joven, la familia, el Estado, la escuela, fuerzan la definición del futuro, otorgan la facultad para elaborar *proyectos* de vida. De ahí que la juventud se imponga como la etapa en que se debe definir el futuro, en que los sueños de la infancia se vienen encima y se vuelven problema del presente.⁴ Ésa es una de las claves para entender lo que ocurre en la subjetividad de los sujetos jóvenes: la proyección presente de la vida futura, los anhelos sobre lo que quisieran hacer y llegar a ser, sobre el mundo que quisieran vivir.

Todos estos sueños sobre el futuro forman parte de un proceso que es íntimo, profundamente personal, pero cuya fuente no está puesta en el vacío, fuera de toda conexión con la realidad (PNUD, 1998). Por el contrario, las aspiraciones nacen de condiciones sociales, de los «mundos de vida» que configuran esas condiciones. Se nutren de relatos que se han escucha-

4 Un dato interesante sobre el peso de esta imagen sobre la juventud como etapa de la vida: en las cuatro primeras encuestas nacionales de juventud del Injuv, ante la consulta sobre la característica más relevante que define a la «etapa juvenil», la opción «vivir grandes ideales» viene a la baja: 20% en 1994, 17% en 1997 y 8% en el 2000 y en la 2003 llega al 6%. Lo contrario ocurre con la opción «decidir qué hacer en la vida»: sube de 37% en 1994, al 41% en 1997 y al 45% en el 2000 y en el 2003 llega al 46%.

do, de historias familiares, conocidas, de lo que le pasó al amigo, lo que llegó a ser el «conocido», lo que tuvo que hacer el familiar para «ser lo que es» o «tener lo que tiene». *Ahí está la fuente y a la vez el filtro de esos sueños, el fondo en que se contrasta lo ideal con lo posible, que convierte la aspiración en expectativa.*⁵ Por eso las aspiraciones de los jóvenes y las formas de llevarlas a cabo adquieren sentido al enmarcarlas en lo que a cada uno le toca vivir, porque ahí está el contexto, si se quiere, «objetivo» y «subjetivo» que condiciona los futuros posibles de ser pensados y que abre o cierra las posibilidades para llevarlos a cabo. Y es en este juego entre presente y futuro, entre sueños y decisiones, entre lo ideal y lo posible, que los jóvenes se van haciendo adultos y ocupando un lugar en la sociedad, configurando su *transición* y trazando su *trayectoria*.

2. TRAYECTORIAS SOCIALES

La diferencia entre transición y trayectoria no está del todo clara. Al revisar estudios y ensayos sobre juventud, nos encontramos con que se suelen utilizar indistintamente ambos términos para designar fenómenos que son diferentes. Machado Pais, por ejemplo, llama *trayectoria yo-yo* a la estructura de transición que va y vuelve de una condición a otra, del estudiante que pasa al trabajo y luego vuelve a ser estudiante, o del joven que asume la independencia pero luego vuelve a la dependencia (Machado Pais, 2000). Nosotros preferimos diferenciar ambos términos porque pensamos que dan cuenta de fenómenos que si bien se entrecruzan, que están relacionados, en rigor son de

5 «Aspiraciones, anhelos, sueños, son las representaciones que se hacen los individuos y los grupos acerca del estado de cosas, personales o sociales, que desean para el futuro y que caracterizan como 'lo mejor'. Las aspiraciones son distintas de las expectativas, porque éstas se refieren a lo que se cree que ocurrirá en el futuro dadas las tendencias actuales, no lo que se desea que ocurra ni lo que se está dispuesto a hacer para ello» (PNUD, 2000:58).

diferente naturaleza o corren por planos diferentes. Como lo hemos venido entendiendo, el término *transición* sirve para hacer referencia a un proceso doble que incluye los cambios biológicos propios del crecimiento y los pasos de determinadas «situaciones de vida» a otras, de la no maternidad a la maternidad o de la inactividad a la vida productiva, por ejemplo.

La *trayectoria* está puesta en otro plano. En el análisis de las trayectorias, no es la secuencia que producen los distintos hitos que van marcando la generación de nuevos individuos adultos lo que importa, sino las posiciones en que se producen y las que van produciendo. Para pensar en términos de trayectorias tenemos que necesariamente suponer que la trayectoria social de cada individuo puede ser representada como un trazado inscrito en un espacio. ¿Qué tipo de espacio? Aquí conviene detenernos un momento en la noción de *espacio social* que desarrolla Pierre Bourdieu. En *La distinción*, preocupado por introducir el tema de las prácticas y las tomas de posición (opiniones) como parte del análisis de las clases sociales, realiza un ejercicio complejo que le permite ir estableciendo relaciones entre una multiplicidad de prácticas —deportes, juegos de salón, visitas a museos, preferencias musicales y plásticas, opinión política, entre otras— con las características que definen a cada «agente» individual, como los llama: su nivel de educación, el tipo de establecimiento del que egresó, el título que posee, la actividad que desarrolla, si es campesino, obrero calificado, profesional, académico, empresario, entre otros elementos. El resultado es lo que Bourdieu define como *espacio social*, un cuadro gráfico formado por el cruce de dos ejes, cada uno escalado de más a menos: uno horizontal con dos dimensiones que corresponden al *capital económico* y al *capital cultural*, y otro vertical que representa la suma de los diferentes tipos de capital, lo que Bourdieu define como *volumen global de capital*. En este plano cada individuo ocupa un punto cuyas coordenadas se obtienen aplicando una *función* que desglosa la *estructura* de su capital; esto es, mide el *volumen* de cada especie de capital y los

ordena de acuerdo a su *peso relativo*. Las diferencias de posición entre un individuo y otro quedan, de este modo, determinadas por el volumen de capital que posee —sobre todo del *económico* y el *cultural*— y por la estructura de esos capitales.⁶

Al ir ubicando a los individuos en este espacio se van produciendo relaciones de cercanía que generan *grupos* que concentran en una posición distinguible a todos aquellos que presentan un volumen y una estructura de capitales similares. Cada grupo de posición aparece asociado, también por relaciones de cercanía/lejanía, a una serie de recursos, bienes, prácticas, opiniones, gustos, y en la medida que se acercan a otros grupos de posiciones, van generando *clases* de posiciones diferenciadas por su ubicación en la estructura de distribución de los distintos tipos de capital y por el tipo de prácticas que adoptan. Estos son los elementos que conforman lo que Bourdieu define como *habitus*, que viene a ser algo así como la forma de pensar y de ver el mundo, y el conjunto de prácticas o disposiciones de acción que se pueden asociar, o mejor, que definen a una determinada clase de posición en la estructura de este espacio.

En este sentido es que el espacio social que elabora Bourdieu es fundamentalmente un espacio de *relaciones*: en él las distintas posiciones y los distintos grupos de posiciones adquieren significado en su relación con otras posiciones y otros grupos de posición. Como escribe el mismo Bourdieu, «los agentes tienen tantas más cosas en común cuanto más próximos están en ambas dimensiones y tantas menos cuanto más alejados. Las distancias espaciales en el papel equivalen a distancias sociales» (Bourdieu, 1997:18). Además, el espacio social opera

6 ¿Por qué la importancia de los capitales económico y cultural? Porque si se trata de conformar grupos sociales, Bourdieu asume que tenía que partir por los factores que más gravitan en la estructuración de las sociedades, los que con más fuerza determinan la generación de diferencias entre los grupos sociales, que más condicionan las condiciones de vida y que, a la vez, más condicionan la forma en que cada individuo o grupo *interpreta* esas diferencias sociales.

también como una matriz de probabilidades: permite prever, siempre parcialmente, cosas probables que ocurran, decir, por ejemplo, que personas con un mismo nivel de educación, que tienen un nivel de ingreso parecido, que asisten a los mismos lugares y con la misma frecuencia, que consumen una misma gama de bienes y los pagan de una misma forma, es mucho más probable que actúen y tengan posturas parecidas entre sí y diferentes a las de quienes, en un momento determinado, no tienen lo que ellos tienen ni hacen lo que ellos hacen.

Lo interesante del esquema de Bourdieu es que mezcla elementos de la tradición estructuralista según la cual los modos de pensar y de sentir —la conciencia— están amarrados a la posición en la estructura social —condición de clase—, con elementos de corrientes «construccionistas», que le permiten entender esas significaciones como el producto histórico de construcciones sociales. De esta mezcla sale el componente subjetivo que hace que el espacio social opere como una matriz de diferencias y distinciones sociales que es, digamos, «entendida» por los miembros de las diferentes clases de posición. Para Bourdieu está demás decir que las diferencias sociales tienen una base «objetiva», material —se expresan, por ejemplo, en el tamaño, la ubicación y los materiales de la vivienda, el nivel de educación, de ingresos, el tipo de bienes de consumo a los que se tiene acceso con ese ingreso...—, y se asocian a una serie de prácticas diferenciadas —formas de vestir, modos de hablar, gustos...—, pero agrega que todos estos elementos sólo operan como patrones de diferenciación social porque están inscritos en un «sistema simbólico» que permite «captar» esa diferencia. Como señala el mismo Bourdieu, «una diferencia, una propiedad distintiva [...] sólo se convierte en diferencia visible, perceptible y no indiferente, socialmente *pertinente*, si es percibida por alguien que sea capaz de *establecer la diferencia* —porque, estando inscrito en el espacio en cuestión, no es indiferente y está dotado de categorías de percepción, de esquemas clasificatorios, de un *gusto*, que le permiten establecer dife-

rencias, discernir, distinguir—» (Bourdieu, 1997:21). En ese sentido, el espacio social se asemeja al lenguaje: su función es posible sólo porque las palabras son interpretadas por una «comunidad de hablantes» que entiende lo que quieren decir.

Pues bien, estos elementos que hemos tratado de describir son fundamentales para entender lo que implica una trayectoria social. Si lo expresamos de una manera gráfica, las trayectorias describen la curva que se forma al unir las diferentes posiciones que ocupa un individuo a lo largo de su vida. Toda trayectoria supone, por tanto, una *biografía*, una historia de vida protagonizada por un actor individual, que se vuelve significativa en términos de trayectorias cuando se traduce en coordenadas de posición en el espacio social. Lo importante es que si bien la distribución misma de esas posiciones corresponde a una fracción acotada de tiempo, esas posiciones pueden ir cambiando. Un individuo, un grupo o una clase pueden «mejorar» o «empeorar» su posición en la disputa por los capitales y cambiar con eso la estructura del espacio social en su conjunto, que es justamente lo que le da un carácter histórico al espacio social: el hecho que los capitales sean elementos en disputa.

¿Cuáles son los elementos que influyen en esta dinámica? Para entender este punto es fundamental manejar un conjunto de conceptos que son centrales para el esquema que propone Bourdieu. El primero es lo que define como *efecto de trayectoria colectiva*. ¿De qué se trata? Pues simplemente que los —como los llama— «agentes» que están en posiciones cercanas, o lo que viene a ser lo mismo, quienes presentan una misma condición de clase, parten su trayectoria desde posiciones similares y producen trayectorias con destinos similares. Donde, «a un volumen determinado de capital heredado corresponde un *haz de trayectorias* más o menos equiprobables que conducen a unas posiciones más o menos equivalentes —es el *campo de los posibles* objetivamente ofrecidos a un agente determinado—» (Bourdieu, 1988:108). La explicación es bastante simple. Igual que la biografía comienza con el lugar y fecha de nacimiento, las tra-

yectorias sociales tienen un punto de inicio, una posición original, que está definida, en este caso, por el volumen y la estructura de capitales con que cuenta un individuo al momento de partir su trayectoria, o lo que es lo mismo, al momento de nacer, y es esa condición de origen la que le otorga el sentido a esa trayectoria, si es ascendente o descendente o si se ajusta o no a la trayectoria típica de la clase. Está demás decir que aquí las trayectorias individuales se conectan a la historia de la familia, pues de ella se heredan los distintos tipos de capital, su *patrimonio*, y a través de ella, la trayectoria histórica de la clase.

Lo importante es que pese a esta marca que impone el origen, siempre queda un margen de posibilidad para que los agentes puedan tomar distancia y seguir un rumbo diferente al que determina la trayectoria típica de la clase. Como explica Bourdieu, «una fracción de una clase (que no puede ser determinada *a priori* en los límites del sistema explicativo considerado) está destinada a desviarse con respecto a la trayectoria más frecuente para la clase en su conjunto, tomando la trayectoria, superior o inferior, con más probabilidades para los miembros de alguna otra clase, y desclasándose así por arriba o por abajo». (Bourdieu, 1988:109).

Aquí llegamos a otro concepto: el *efecto de trayectoria individual*, que es el término con que Bourdieu intenta dar cuenta de estas trayectorias que no se ajustan al enclavamiento que impone la trayectoria colectiva, las trayectorias que se *desclasán*. ¿Cómo se puede producir este movimiento? Al referirse a este punto Bourdieu asume que los mecanismos que pueden producir este efecto es un abanico abierto y que incluye una multiplicidad de factores. Las amistades, los contactos ventajosos, la buena o mala fortuna, la ocasión, entre muchos otros, son elementos que pueden influir el curso de una trayectoria, aunque advierte que cualquiera sea, siempre va a depender de lo posible, de estar o no en una determinada posición en determinado momento, lo que nuevamente vuelve a conectar con el origen y la trayectoria anterior.

De todos modos, estos desclasamientos se definen precisamente porque existe una tendencia dominante hacia el enclausamiento, y esas tendencias dominantes nos llevan a otros dos conceptos que son relevantes: la reproducción y la reconversión. La primera hace referencia a esta transmisión intergeneracional de las posiciones en la estructura social. La idea central de Bourdieu se puede resumir en que cada clase, de acuerdo a su propia trayectoria, intenta mantener o mejorar su posición en la estructura, o como dice Bourdieu, «jugar el juego» en la misma posición que ha jugado hasta el momento. Para eso los agentes ven cómo operan los *instrumentos de reproducción*, que son los mecanismos sociales dominantes para distribuir las posiciones en la estructura —antes los títulos nobiliarios, luego el oficio y actualmente los estudios—, evalúan los más rentables o más favorables dada la posición que ocupan en la distribución de esos instrumentos, y a partir de ahí *invierten* los capitales disponibles, despliegan sus *estrategias de reproducción*, que tienen relación con la estructura del capital que configura el patrimonio y con la forma en que se encuentra distribuido el acceso a los instrumentos de reproducción en un momento histórico dado.⁷

Obviamente que en esto influye la herencia familiar, tanto en su dimensión de *capitales* como de *habitus*. De ahí la repro-

7 «Las estrategias dependen en primer lugar —dice Bourdieu— del volumen y de la estructura del capital que hay que reproducir, esto es, del volumen actual y potencial del capital económico, del capital cultural y del capital social que el grupo posee, y de su peso relativo en la estructura patrimonial; y en segundo lugar, del estado del sistema de los instrumentos de reproducción, institucionalizados o no (estado de la costumbre y de la ley sucesoria, del mercado de trabajo, del sistema escolar...), con arreglo a la vez, al estado de la relación de fuerzas entre las clases: con mayor precisión, estas estrategias dependen de la relación que se establece en cada momento entre el patrimonio de los diferentes grupos y los diferentes instrumentos de reproducción, y que define la transmisibilidad del patrimonio, fijando las condiciones de su transmisión, es decir, dependen del rendimiento diferencial que los distintos instrumentos de reproducción pueden ofrecer a las inversiones de cada clase o fracción de clase» (Bourdieu, 1988:128).

ducción intergeneracional de oficios, por ejemplo, que se produce porque las nuevas generaciones tienden a moverse en aquellos *campos* donde se está mejor posicionado, en aquellas actividades en que los miembros de la familia ya han hecho una trayectoria probada.⁸ Sin embargo, como todo esto se enmarca en un contexto social e histórico, hay momentos en que la estructura de las sociedades experimenta cambios —Bourdieu cita como factores posibles las revoluciones, las guerras, las crisis económicas y las transformaciones productivas, entre otros—, y eso a la larga repercute sobre el tipo de instrumentos de reproducción que se define como dominante y legítimo.⁹

En esos momentos las «inversiones» de los distintos grupos pueden alterarse o incluso orientarse hacia otro campo, porque el rendimiento de esos instrumentos se devalúa, y las estrategias de las que formaban parte pierden eficacia en el nuevo escenario. El pequeño campesino que se convirtió en obrero industrial, el artesano o el pequeño comerciante que se convirtie-

8 De hecho esta lógica es transversal y se puede encontrar en todas las clases, en los sectores populares, por ejemplo, donde cada miembro define su trabajo en relación a la historia de la familia, de sus proyectos y estrategias, con «vocaciones que se heredan, oficios que se aprenden, trabajos que se acatan por prescripción paterna o materna, capacidades y habilidades que se transmiten, ambientes, espacios y vínculos de familia que abrirán y cerrarán oportunidades» (Márquez, 2001:228). También en las clases medias, con familias que fundan su posición en la posesión de *capital escolar*, que tienen uno o ambos padres titulados de alguna profesión universitaria y un patrimonio construido en base al ejercicio de sus profesiones, con inversiones orientadas a la titulación profesional de sus miembros más jóvenes, muchas veces en la misma carrera del padre o del abuelo —«familias» de médicos, de abogados, de artistas—. Igual en los grupos que basan su posición en la posesión de capital económico, como los empresarios, que heredan a sus hijos su capital, su patrimonio, el control de la empresa.

9 Esas transformaciones también son determinantes para la aparición de nuevos *principios de distinción*, o lo que es lo mismo, para la instalación de un conjunto nuevo de símbolos que distinguen a las clases, de signos que señalan al dominante y al dominado.

ron en funcionarios públicos o privados, o el terrateniente que se convirtió en industrial, son todos ejemplos ilustrativos de unas estrategias de reacción que tienden a la mantención o mejora de una posición. Esa es la *reconversión*, un proceso que incide en el fraccionamiento de una clase en la medida que genera grupos que ascienden, mantienen o descienden posiciones a tiempos o ritmos diferentes —lo que hace que se distinga, por ejemplo, una «aristocracia obrera» o una «pequeña burguesía»— pero que generalmente termina reproduciendo las mismas posiciones mediante nuevos mecanismos.¹⁰

Nos queda un último efecto que si bien Bourdieu no lo desarrolla muy extensamente, sí nos parece importante considerar, sobre todo tratándose de jóvenes. Nos referimos a lo que Bourdieu llama *efecto de generación*. Con este concepto Bourdieu intenta dar cuenta de la disputa que se produce entre los viejos, los que ya han hecho trayectoria en un campo, y los nuevos, los que aspiran a ocupar sus posiciones. Para los jóvenes suele representar un obstáculo adicional a su trayectoria el hecho de tener que incorporarse a un campo. No por nada la falta de experiencia suele representar uno de los principales obstáculos

10 Aunque la rentabilidad de la estrategia típica de una clase pueda dejar fracciones de esa clase a medio camino entre la desaparición y la decadencia, la dimensión histórica de estos procesos permiten a las generaciones más jóvenes orientar sus estrategias hacia los nuevos mecanismos de posicionamiento y aprovechar los remanentes de capital contenidos en su herencia. En Chile, por ejemplo, los jóvenes aristócratas frenaron la decadencia que se les venía cuando se diluyó el peso de los títulos nobiliarios entrando al campo de la escolarización, y esa reconversión les permitió mantener su posición en relación a los otros grupos. La reconversión de los campesinos en obreros no les significó cambiar su posición en relación a los otros grupos, no dejaron de ser parte de los dominados. Mediante la reconversión, cada clase sólo tiende, en el fondo, a mantener su posición cambiando su estrategia de reproducción, o «con mayor exactitud, en un estadio de la evolución de las sociedades divididas en clases en las que no es posible conservar si no es cambiando, cada grupo se esfuerza *por cambiar para conservar*» (Bourdieu 1988:156).

que se enfrentan al momento de incorporarse al mundo laboral. De ahí que en muchos casos cada nueva generación de jóvenes evalúe su situación e intente depositar sus inversiones en los «campos emergentes», aquellos donde no está copado el mercado de los puestos de trabajo, para evitar la competencia y asegurar una posición ventajosa desde el momento de incorporarse al mundo del trabajo.

3. ESTRUCTURAS DE TRANSICIÓN Y TRAYECTORIAS SOCIALES JUVENILES

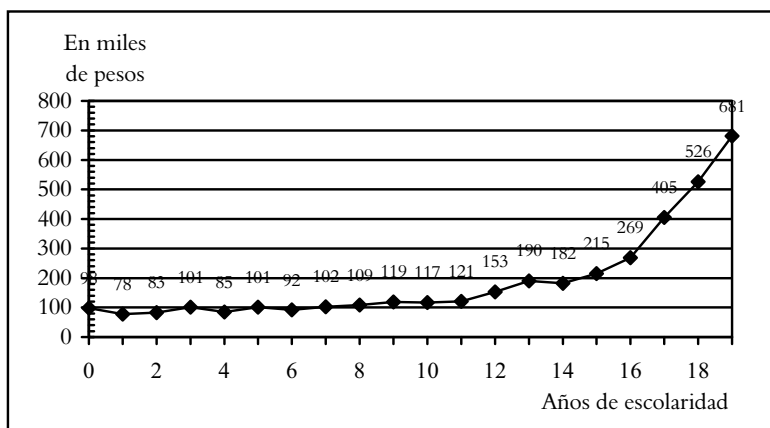
Con estos conceptos creemos que podemos armarnos una idea más o menos general acerca de a qué estamos haciendo referencia cuando hablamos de trayectoria. Nos queda ver cómo se relacionan con el proceso de transición. Aquí lo fundamental es entender que aunque las transiciones y las trayectorias están en planos distintos, no son procesos entre ellos indiferentes. Por el contrario, entre la estructura de las transiciones y el curso de las trayectorias existe una implicación que es mutua, con múltiples conexiones. Para aclarar esto tenemos que partir asumiendo que en el actual contexto histórico el factor que más pesa en la distribución de las posiciones sociales es la escolaridad. Este es el *instrumento de reproducción* dominante, el «capital» que más determina la posición que se ocupa en el espacio social y el que más ayuda a reproducirla.

Poseer un título escolar certificado por el Estado se ha convertido en criterio básico para la regulación de los puestos de trabajo. Sólo el título certifica que se tienen las competencias para el desempeño laboral y ya prácticamente no queda espacio para la formación autodidacta. Con esto se impone un mecanismo de selección social que deja «fuera» al que no estudia, sin posibilidades de inclusión, al menos por las vías legítimas, y que ha obligado a todos los grupos sociales a «entrar en el juego» de la escolarización. Si vemos, por ejemplo, la relación entre los niveles de ingreso que están percibiendo los jó-

venes y los años de escolaridad, se observa claramente que la curva comienza un leve ascenso a partir de los 12 años de escolaridad (el equivalente a la enseñanza secundaria completa), pero que alcanza su mayor intensidad a partir de los 16 y 17 años, lo que equivale al término de la enseñanza superior. Bajo los 12 años de escolaridad, el nivel de ingresos prácticamente se mantiene sin alteraciones significativas.

Gráfico 1

Ingreso promedio de la ocupación principal de los jóvenes entre 15 y 29 años por años de escolaridad, Chile, 2000



Fuente: Mideplan, Casen 2000.

A partir de aquí podemos entender las lógicas de inversión que están adoptando las nuevas generaciones de las distintas clases y grupos. En efecto, si en un principio, hace más de un siglo, el acceso a la institución escolar fue privilegio de las élites, si luego se incorporaron también las clases medias, cuya ascensión como clase estuvo en buena medida relacionada con la instalación de la escolaridad como principio de estructuración, en la actualidad las clases más bajas, que históricamente habían permanecido fuera de la institución escolar o con una presencia

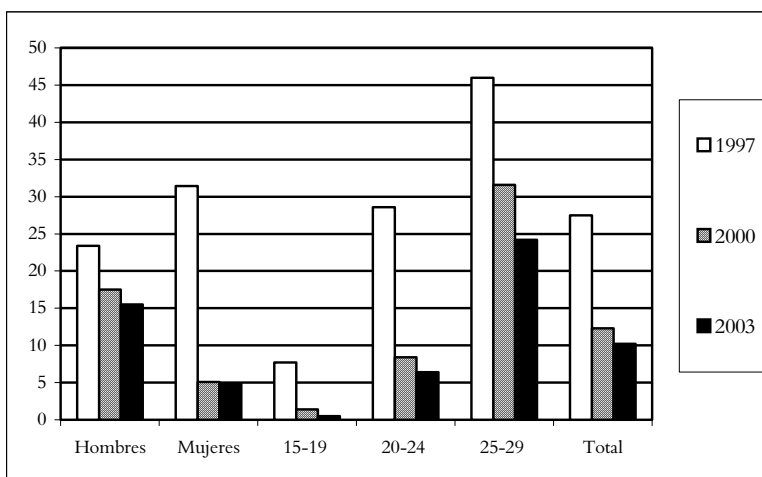
muy marginal, principalmente porque basaba su estrategia de reproducción en el trabajo —«yo tengo que trabajar no más»—, se han ido incorporando progresivamente a este campo y de paso han incorporado el ingreso a la escolarización como una «necesidad», como herramienta necesaria para la reproducción, como una disposición que es parte de su *habitus*. De ahí se entiende que sólo una fracción muy reducida de la población en edad escolar, que por lo general o vive en condiciones muy deprivadas o presenta alguna discapacidad, o ambas a la vez, se encuentra actualmente fuera del sistema. El resto, la gran mayoría, cursa algún nivel del sistema escolar primario o secundario, y en menor medida, del superior. En las dos últimas décadas esta tendencia es clara. Todos los niveles del sistema escolar muestran una lenta pero progresiva alza en sus tasas de cobertura. En el caso de la educación superior, por ejemplo, según datos de la encuesta Casen, entre 1990 y 2003 su cobertura creció 2,3 veces en toda la población —pasó del 16,% al 37,5%—, e incluso se triplicó entre los jóvenes del 40% de los hogares de menores ingresos: pasó del 4,4% al 14,5%, en el caso del primer quintil, y del 7,8% al 21,2%, en el segundo quintil (Mideplan, 2003).

Lo importante para nosotros en este momento es que la mayor permanencia en el sistema escolar en términos de años de estudio, generalmente implica el retraso de la incorporación al mundo del trabajo, casi siempre por la imposibilidad de compatibilizar ambas actividades.¹¹ De hecho esta es una de las principales razones por la que los jóvenes no buscan trabajo, y como ya vimos, también se asume como una de las principales causas del desempleo juvenil. Pero esta mayor permanencia en

11 Probablemente esta situación de dedicación más o menos exclusiva de los jóvenes a sus estudios, podría ser algo peculiar de la realidad chilena, donde en otras realidades la combinación de la actividad de estudio y trabajo alcanza una mayor presencia. Por ejemplo, para el caso brasileño, «el 70% de los jóvenes de 15 a 24 años de edad están ligados de alguna manera al mundo del trabajo, incluyendo a quienes se encuentran estudiando» (Novaes, 2008).

el sistema escolar también implica retrasar los otros hitos que van marcando la estructura de las transiciones. Para ver esto podemos citar varios antecedentes. Por ejemplo, en las últimas décadas se viene produciendo una tendencia generalizada entre la población joven a retrasar su autonomía y alargar su condición de dependencia en todos los tramos de edad y en ambos sexos, aunque más marcada aún en el caso de las mujeres.

Gráfico 2
Jóvenes y condición de jefes/as de hogar, según sexo y edad



Fuente: Segunda, Tercera y Cuarta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 1997, 2000, 2003).

Lo mismo ocurre con el estado civil, donde la condición de soltero experimenta un alza y disminuyen los casados y convivientes. Entre 1997, 2000 y 2003, los jóvenes solteros pasan del 69,5%, al 75,8%, y al 85%; los casados de 21,7%, al 16% y el 2003 al 12%, respectivamente (INJUV, 2002 y 2004). Hay una fuerte disminución en el número de matrimonios: en 1990 fueron 104.740, bajando a los 59.134 el año 2007 (Servicio de Registro Civil e Identificación de Chile, 2008). Paralelamente,

desde hace dos décadas que la edad promedio para contraer matrimonio se viene retrasando significativamente. Si en 1980 la edad promedio de nupcialidad era de 26,6 años para los hombres y de 23,8 años para las mujeres, en 1998, la edad de los matrimonios sube a los 28,9 años para los hombres y 26,3 años para las mujeres, un alza que es levemente superior en las mujeres que en los hombres (2,5 v/s 2,3 años, respectivamente). Por último, la tenencia de hijos también se retrasa. En 1997, el 70,6% de los jóvenes tenía un hijo, y en el año 2000, ese porcentaje bajaba al 68,7%. (INJUV, 1997, 2003).

Lo importante es que estas tendencias sólo se pueden entender teniendo en cuenta el efecto que produce la estructura de una transición sobre las posibilidades de trayectoria. Tomemos como ejemplo lo que sucede con la tenencia de hijos y los estudios. En esta relación se produce una clara diferencia entre el porcentaje de casos que estaba estudiando en quienes tienen hijos y en quienes no. Solamente el 10% de quienes tienen hijos estaba estudiando, un porcentaje considerablemente más bajo que el 55,5% de quienes no tenían hijos y estaban estudiando (INJUV, 2003). Pero además, si incorporamos el factor temporal, podemos notar el efecto que produce la edad a la que se tiene el primer hijo. En el cuadro 3 observamos una clara diferencia en el nivel de escolaridad dependiendo de la edad a la que se tuvo el primer hijo. Esto demuestra que la estructura que adquiere la transición de quienes son madres o padres a temprana edad no solamente conlleva un cambio de condición que puede arrastrar consigo otros cambios de condición anexos —pasar de la dependencia a la independencia o de la inactividad a la actividad laboral, por ejemplo—, sino también producir efectos sobre las trayectorias, limitando los años de estudio y el abanico de oficios a los que se puede acceder con esos años de estudio, y condicionar, en definitiva, las posibilidades de trayectoria, la posición posible de ser ocupada en la estructura social.

Cuadro 1
Nivel educacional del entrevistado por edad en que tuvo primer hijo
(en porcentajes)

NIVEL EDUCACIONAL	MENOS DE 18	19-24	25-29	TOTAL
Básica	29,2	13,1	11,0	18,2
Media Incompleta	33,5	23,3	23,7	26,7
Media Completa	26,1	41,9	32,9	35,4
Superior Incompleta	7,5	10,3	9,3	9,2
Superior Completa	3,6	11,4	23,1	10,5

Fuente: Elaboración propia con base en la IV Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2003).

Lo que complejiza la situación es que al desagregar los datos e introducir la variable socioeconómica, se observa que la magnitud de las tendencias se vuelven relativas. En efecto, si bien es sabido que los niveles de escolaridad en la población joven vienen en aumento, también se sabe que varían dependiendo del estrato socioeconómico del que se trate. La cobertura del sistema de educación superior favorece claramente a los estratos con mayores recursos. Mientras el 15% de los jóvenes del I Quintil (20% más pobre) de ingresos accede a algún tipo de educación superior, en el V Quintil (20% más rico) lo hace el 74%. En el plano laboral se da la relación inversa. Aquí los porcentajes van aumentando en la medida que decrecen los ingresos: pasan del 32,6% en el segmento de más altos recursos, al 53,4% en el de menores recursos (INJUV, 2003).

Lo importante de esto es que estas mismas diferencias entre sectores socioeconómicos tienen su correlato en la estructura de las transiciones. Hay suficiente evidencia que en los segmentos socioeconómicos de más altos ingresos no solamente es más alto el porcentaje de jóvenes estudiando, sino que su permanencia en el sistema escolar se prolonga hasta edades más avanzadas que en los segmentos de menores recursos. En el

tramo entre 20 y 24 años del segmento AB, el porcentaje de jóvenes estudiando llegaba al 62%, la mayor parte de ellos en estudios superiores, principalmente universitarios, un porcentaje muy superior al 7,5% de los jóvenes del segmento E que también estudiaba, que además de ser menos, estaba mayoritariamente todavía completando la educación media (INJUV, 2003).

Esta tendencia en los segmentos de mayores recursos tiene un claro nexo con una estrategia por intensificar sus inversiones en el campo escolar para mantener una posición que se ve amenazada por la ampliación de la cobertura en la educación superior y la entrada en competencia al campo de los capitales escolares de nuevos grupos que presionan a los que ya están en posiciones de privilegio. En este nuevo escenario, aquellos grupos tradicionalmente ligados a profesiones tradicionales, con dos o más generaciones dentro de una misma profesión, se ven enfrentados a la devaluación del título cuando se multiplican los titulados en el campo en que ha descansado su patrimonio y su posición. Y es justamente este efecto de trayectorias colectivas el que ha llevado en el último tiempo a una fracción cada vez más amplia de jóvenes, sobre todo de los que logran estudios universitarios, a alargar sus estudios hasta lograr postgrados, magíster o doctorados. De hecho, la cantidad de programas de estudios de postgrado y postítulo ha crecido notablemente en pocos años, y lo mismo ocurre con la cantidad de instituciones autorizadas para impartirlos y la cantidad de personas matriculadas. Si en 1983 el nivel de matrícula en estudios de postgrado era de 1.933 personas, ya el año 2004 el total de matriculados llegaba a los 15.317. La misma tendencia se observa en los niveles de matrícula en estudios de postítulo, que en el mismo período subieron de 151 a 9.623, solamente en el nivel universitario (Univeridad de Chile, 2004).

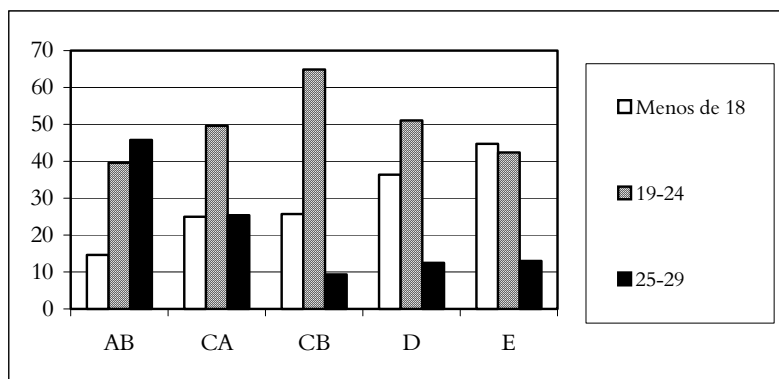
Por el lado del ingreso al trabajo, los datos muestran una diferencia notoria en las edades en que los jóvenes ingresan a trabajar por primera vez dependiendo del segmento socioeconómico del que se trate. Por señalar sólo un par de ejemplos,

en los segmentos D y E, que son los con más bajos ingresos, el 14,2% y el 17,5%, respectivamente, había ingresado a trabajar antes de los 15 años, mientras que en el segmento de más altos ingresos la misma experiencia la había vivido el 9,4%. Por otro lado, éste es el único segmento que muestra un porcentaje significativo de casos que tiene su primera experiencia laboral a los 22 años, con un 13%, un porcentaje notablemente más alto que el 1,8% y el 0,7% de los segmentos D y E, respectivamente (INJUV, 2003).

Diferencias que van en el mismo sentido aparecen si comparamos el porcentaje de jóvenes que es padre o madre entre los distintos segmentos socioeconómicos. La tendencia es que el porcentaje de casos que tiene hijos tiende a crecer en la medida que se pasa de los segmentos socioeconómicos altos a los medios y bajos. Pero no sólo eso. La misma tendencia se puede observar cuando comparamos la edad a la que tuvieron el primer hijo por nivel socioeconómico. En el gráfico 3 aparece claramente que en los segmentos de menores recursos se encuentran los más altos porcentajes de casos que tuvieron sus hijos antes de los 18 años, una situación que se va haciendo menos habitual en la medida que se pasa a los segmentos de mayores recursos. En los segmentos medios, la mayor parte de los jóvenes que tienen hijos los tuvieron entre los 19 y 24 años, mientras que en el segmento con más recursos se da la mayor proporción de casos que tuvo su primer hijo de los 25 años en adelante.

Pero si todo este conjunto de tendencias muestran estructuras de transición diferentes que dependen de la condición social, hay otras que muestran que estas diferencias también están relacionadas con la condición de género. En efecto, si comparamos el porcentaje de mujeres y de hombres que tienen hijos, podemos ver que el porcentaje es significativamente más alto entre las mujeres que entre los hombres. Esta es una diferencia que se observa en todos los segmentos socioeconómicos, pero es aún más marcada en los segmentos con menos recursos.

Gráfico 3
 Edad en que tuvo el primer hijo por nivel socioeconómico



Fuente: Elaboración propia con base en IV Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2003).

Con todo, creemos que queda clara la idea que queríamos ilustrar, que se resume en que los cambios en la estructura de las transiciones no se pueden comprender sin incorporar al análisis la trayectoria de la clase y del grupo al interior de una misma clase de la cual esa estructura de transición es característica o típica en un momento histórico dado. Sólo en su relación se puede ir tejiendo la madeja que permite comprender, si no totalmente, al menos en forma parcial la configuración de prácticas, la creación de aspiraciones, la formulación de expectativas y el despliegue de las diferentes estrategias que adoptan los jóvenes. Una relación que, por cierto, es compleja, y que pone el análisis frente a un tema difícil: la relación entre estructuras sociales, formaciones culturales y lógicas —o sentidos— de la acción.

CAPÍTULO IV
«QUÉ NOS HA PASADO»:
ELEMENTOS PARA RECONSTRUIR TRAYECTORIAS

**«QUÉ NOS HA PASADO»:
ELEMENTOS PARA RECONSTRUIR TRAYECTORIAS**

HASTA EL MOMENTO se ha hecho una referencia genérica a las tendencias que describen las grandes transformaciones en el mundo del trabajo y revisado un conjunto de conceptos y tendencias que ayudan a contextualizar el curso del trayecto que han seguido las generaciones jóvenes. Sin embargo, estas referencias no permiten seguir con mayor detalle el trayecto particular de la población objetivo del estudio —jóvenes entre 25 y 29 años que pertenecen a los segmentos medios y medio-bajo—. ¿Quiénes son estos jóvenes?, ¿qué han hecho de sus vidas?

Si viajamos por el espiral del tiempo y volvemos al punto en que todo comienza, hay que remontarse a los últimos tres años de los setenta y el primero de los ochenta. Ese es el período en que nacieron. Puede que haya algunas diferencias entre los extremos del tramo, pero es común a todos ellos una infancia bajo dictadura, en medio de crisis y transformación socio-política. Les correspondió ser niños y niñas mientras Chile se hundía en la crisis de los ochenta y se pasaba del *boom* al *plop*, como decía Rodrigo Baño, en medio de protesta, silencio y encierro hogareño que quizá pocos de ellos recuerden con nitidez, sólo por sensaciones e imágenes o por las sensaciones que producen las imágenes. El cambio de régimen y la caída de los «socialismos reales» los pilló a medio camino entre la infancia y la pubertad. Algunos tuvieron sus primeras experiencias laborales por esos mismos años, en época de vacaciones quizá. De mitad de década en adelante empezaron a terminar la se-

cundaria quienes la terminaron, a abandonarla quienes la abandonaron, o a buscar sus primeros trabajos más serio, en medio de un tiempo de consensos y apatía política, de auge económico y crisis asiática, de barras de fútbol y nuevas culturas juveniles, de carrete y temor a las drogas, de celulares ladrillo, la llegada de los primeros computadores personales y conexión telefónica a internet.

Pero la situación generacional no es sólo histórica. También tiene que relación con el lugar y el hogar en que se nace. La metáfora de «la cuna» adquiere aquí toda su potencia. A quienes se hace referencia no son todos los jóvenes de su generación: son los de sectores medios y medio-bajo, hijos de empleados administrativos del sector público y la empresa privada, de vendedores y secretarias, algunos de profesionales y técnicos, de obreros calificados y no calificados, de pequeños comerciantes y dueñas de casa. Todos estos grupos se mezclan y dan forma a estos dos sectores de la población, que a fin de cuentas son los que representan las situaciones más comunes de la población que habita en Chile y que han estado más expuestos a variaciones en sus condiciones sociales de existencia.

A partir de ahora nos vamos a adentrar en un análisis específico sobre esta población. Para eso usaremos un conjunto de datos producidos por las diferentes encuestas nacionales de juventud. El procedimiento fue el siguiente. Primero hubo que trazar una línea de separación entre estos grupos. Para eso se usó como referencia los datos de la variable *nivel socioeconómico*. Los sectores medios corresponderán a la agrupación de dos segmentos: el C2 y C3, que en la IV y V Encuesta Nacional de Juventud pasan a corresponder a los segmentos CA y CB. En el caso del estrato medio-bajo, utilizaremos como referencia analítica al segmento D de la misma variable. Lo que hay que tener en cuenta es que estos grupos son constructos analíticos que responden a la aplicación de una fórmula matemática elaborada a partir de un conjunto de datos finitos y objetivamente mensurables: nivel de educación de los jefes de hogar, su oficio o

profesión, los bienes que hay en el hogar, entre otros. De acuerdo a este criterio se pueden establecer ciertas diferencias entre los patrones de composición social de estos dos grupos. En el sector medio-bajo el grupo que es hijo de obreros no calificados y padres con bajos niveles de escolaridad es más amplio que en el sector medio. En el sector medio-bajo no hay hijos de gerentes ni de administrativos medios. En el sector medio sí, aunque son relativamente pocos. Además en los sectores medios es más frecuente encontrar padres y/o madres que cursaron estudios superiores. En el sector medio-bajo, en cambio, la mayor parte de las generaciones adultas son personas que solamente terminaron la secundaria. Sólo unos pocos intentaron estudios superiores, algunos los terminaron con éxito, pero la mayoría fue quedando a medio camino. Por eso no es extraño que muchos de quienes siguen estudios superiores en este segmento integren esos siete de cada diez jóvenes que en sus familias son primera generación que logra entrar a la universidad.

Definidos los criterios de agrupación socioeconómica, hubo que definir a la cohorte. Para eso se asumió como referencia el año 2006, en que se aplicó la V Encuesta Nacional de Juventud y hasta ahora última encuesta, se tomó al tramo entre 25 y 29 años, que es la edad que tiene la población objetivo, y se calculó el tramo de edad correspondiente para el momento en que se aplicó cada una de las tres encuestas anteriores. El resultado fue que para el año 1997, en que se aplica la II Encuesta, la cohorte corresponde al tramo entre 16 y 20 años; tres años más tarde, cuando se aplica la III Encuesta, corresponde al tramo entre 19 y 23 años; y el 2003, en que se aplica la IV Encuesta, la cohorte tenía entre 22 y 26 años.

Hecho esto tratamos de analizar el comportamiento de la población objetivo respecto a tres dimensiones fundamentalmente: estudios, trabajo y condiciones juveniles. La idea fue tratar de dibujar su trayectoria o su «evolución» en este período. Con este ejercicio pretendimos extraer un cúmulo de informa-

ción que sirviera para armarnos una imagen de la población con la que se está trabajando y para luego interpretar los discursos que se recogieron con los grupos de discusión y las entrevistas.

A modo de advertencia, debemos tener claro que aquí no estamos trabajando con un grupo experimental. Por las características mismas de las encuestas, que trabajan en base a muestras estadísticas, se hace imposible pensar en un seguimiento a un mismo conjunto de casos. De ahí que la validez de todos los resultados esté depositada en la representatividad de los respectivos procesos de muestreo.

1. LOS ESTUDIOS

Al analizar la trayectoria escolar, lo primero que se hizo fue ver la actividad social que realizaba la actual «juventud tardía» en 1997, cuando tenía entre 16 y 20 años. De acuerdo a los datos, en aquella época el 65,8% del total de la cohorte estaba estudiando. El problema que tenemos en este momento es que el rango de edades que incluía la cohorte es complejo, porque justo en medio están los 18 años de edad, que por lo general es la edad en la que se termina la secundaria. Eso puede producir una sobrerrepresentación de la población que estaba estudiando. Para salvar esta dificultad hicimos un corte a los 18 años y produjimos dos subtramos: el de los jóvenes que tenían entre 16 y 18 años, y el de los que tenían entre 19 y 20 años. El efecto de este procedimiento fue notorio. Al comparar las proporciones de estudiantes de uno y otro subtramo, resultó que en el que se agrupaba a los que tenían entre 16 y 18 años, el 80,4% estaba estudiando, mientras que al pasar al subtramo entre los 19 y 20 años, la proporción bajaba al 44%, casi la mitad que en el anterior. Esto demuestra que el alto porcentaje de casos que dijo estar estudiando en buena medida obedecía a que muchos todavía no terminaban la secundaria.

Detengámonos un momento a ver qué pasaba en el primer subtramo con los jóvenes de los segmentos que estamos estu-

diando. Para eso se incorporó la variable socioeconómica y se analizó su comportamiento con relación a los estudios. El resultado es que en el segmento C el porcentaje de jóvenes entre 16 y 18 años estudiando era de un 93,2%, un poco más bajo que el 100% que presentaba el segmento ABC1. En el nivel D la proporción muestra un descenso más o menos pronunciado y llega al 70%, un porcentaje de todos modos considerablemente más alto que el 46% del segmento E. Esta es una primera pista que sirve para esbozar posibles diferencias entre los jóvenes de los segmentos C y D. Al menos en este punto, el segmento C tiende a mostrar un patrón de comportamiento que se acerca más al segmento socioeconómico más alto que al D.

Ahora volvamos a considerar al total de la cohorte y veamos dos elementos que suelen traducirse en factores que luego inciden sobre el tipo de trayectoria: el tipo de establecimiento en el que habían cursado la educación básica y en el que estaban cursando o habían cursado la secundaria, y la modalidad de educación secundaria que habían seguido, si era Científico Humanista (en adelante CH) o Técnico Profesional (en adelante TP). Al procesar estos resultados nos topamos de frente con otra constatación: los datos muestran que si por un lado la mayor parte de estos jóvenes estaba cursando o había cursado su educación básica en un establecimiento municipalizado, hay claras diferencias que dependen del nivel socioeconómico. Estas diferencias son ya bastante conocidas y han sido verificadas por otras mediciones (cf. Mideplan 2000, 2002, 2004). Lo que nos interesa en este momento es ver las similitudes y diferencias que pudieran desprenderse al analizar el comportamiento de los grupos C y D.

Sin que implique un orden de importancia, lo primero que destaca es que en la educación básica, si bien la mayor parte de la población de ambos segmentos estudió en el sistema municipal, y pese a que la participación en el sistema particular subvencionado es pareja, hay una diferencia notoria entre el porcentaje de uno y otro segmento en el sistema privado. El se-

gundo punto es que al pasar a la educación media, el sistema municipalizado sigue siendo el que concentra a la mayor parte de la población de ambos segmentos, sin embargo, y pese a que en ambos disminuye el porcentaje de matrícula en este tipo de establecimientos, la «migración» varía levemente, no tanto por su magnitud, que es bastante similar, sino por el sistema de destino: mientras en el segmento C la migración se produce hacia el sistema particular pagado, en el caso del segmento D es solamente hacia el subvencionado.

Cuadro 1

Tipo de establecimiento en que cursó la educación básica y la educación media por nivel socioeconómico

Nivel	Tipo establecimiento	ABC1	C	D	E	Total
Básica	Municipal	5,4	50,3	75,0	87,0	61,8
	Particular Subvencionado	17,6	29,3	22,8	7,1	23,2
	Particular Pagado	77,0	20,4	1,7	5,8	14,7
Media	Municipal	17,6	47,1	68,6	76,8	57,3
	Particular Subvencionado	9,5	28,9	25,5	12,3	24,2
	Particular Pagado	71,6	23,4	1,7	0,0	15,1
	Nunca estudió	0,0	0,0	3,2	10,3	2,8

Fuente: Elaboración propia con base en la II Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 1997).

Estos datos ya marcan una diferencia entre estos dos segmentos que no podemos pasar por alto. Si consideramos que todos los estudios e informes con los resultados de mediciones en educación han demostrado la enorme distancia que separa a los establecimientos privados respecto a los sistemas subvencionados por el Estado, sobre todo al municipal, podemos ver que en el segmento C había una porción de población bastante más signi-

ficativa que en el D que estaba adquiriendo un nivel de «capital escolar», y por qué no, «capital social» —contactos, amistades— más alto. Lo otro interesante es que, al menos en términos educacionales, el segmento C presentaba una mayor diferenciación interna que el segmento D, que a diferencia del C, que tenía porcentajes importantes en todos los tipos de establecimientos, se distribuía solamente en dos tipos de establecimientos: los particulares subvencionados y los municipalizados, aunque con un claro predominio de estos últimos.

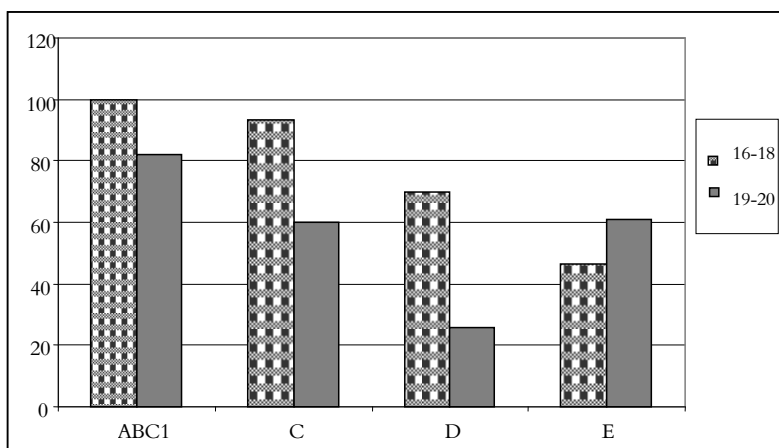
Eso por el lado del tipo de establecimiento. Al observar la distribución en términos de modalidad de estudios secundarios, aparece otra diferencia que también es importante. Si bien en términos de participación en la modalidad TP ambos segmentos presentan porcentajes considerablemente más altos que el segmento de mayores recursos, solamente en el segmento D representaba a la modalidad mayoritaria. En el C predomina por lejos la modalidad CH. La importancia de este dato tiene que ver con dos cosas: la primera, con el hecho que en el sistema escolar chileno, como ocurre en el de muchos otros países, la diferencia entre modalidades de estudios en la secundaria a la larga se traduce en una diferencia de destinos educativos y laborales. La segunda, que se conecta con la anterior, tiene que ver con el efecto subjetivo que produce seguir una u otra modalidad de estudios secundarios. Como pudimos observar en un estudio anterior en que exploramos las proyecciones que hacían los estudiantes de liceos municipalizados en términos de estudios y proyectos personales, cada una de las modalidades de educación secundaria suele asociarse a un modo particular de relación con los estudios y el trabajo, que a la vez implican modos y plazos diferentes de proyectar sus transiciones a la vida adulta.¹

1 Los resultados del estudio citado nos permitieron descubrir que quienes se encontraban estudiando en la modalidad CH, presentaban una tendencia mucho más fuerte que los TP a proyectar su camino futuro hacia los estudios superiores —principalmente universitarios—. Como

¿Qué podemos decir sobre la continuidad entre los estudios secundarios y superiores? En el análisis de las trayectorias este aspecto es sumamente importante. No es lo mismo ingresar a los estudios superiores inmediatamente después de terminada la educación secundaria que hacerlo algunos años después. Por el peso del factor escolar en la diferenciación social, es esperable que quienes logran mayores grados de continuidad en la carrera escolar corran con ventaja frente a quienes tienen trayectorias escolares desfasadas o intermitentes, que en Chile, como en otros países, se corresponden con los grupos y estratos peor posicionados. Para alumbrar sobre este punto vamos a ver qué pasa al comparar los porcentajes de estudiantes en estos dos subtramos de cada segmento socioeconómico. Ya vimos que al considerar a la cohorte en su conjunto bajaba considerablemente el porcentaje de estudiantes. Sin embargo, al observar el gráfico 1 se puede notar que el descenso más notorio se dio entre los jóvenes del segmento D. En el segmento C la tendencia es la misma, pero el porcentaje estaba bastante por sobre el que presenta el D, aunque a la vez bastante por debajo del ABC1. El único segmento en que se produce la tendencia contraria es el E: en vez de bajar, la proporción de estudiantes tiende a subir, y lo hace considerablemente.

contrapartida, entre quienes seguían la modalidad TP era bastante más frecuente el propósito de buscar un trabajo al salir de la secundaria y dejar como tope de escolarización la educación media completa. Trasladado al plano de los proyectos personales, la mayor orientación hacia los estudios superiores de quienes cursaban la modalidad CH implicaba, entre otras cosas, la planificación de la independencia económica a más largo plazo, la postergación de la vida en pareja y la maternidad o paternidad hasta edades más avanzadas que en el caso de quienes estudiaban en la modalidad TP, que pretendían entrar más rápidamente al mundo del trabajo, independizarse económicamente y formar una familia a edades más tempranas (cf. Dávila, Ghiardo y Medrano, 2006).

Gráfico 1
Población estudiando por subtramo etario



Fuente: Elaboración propia con base en II Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 1997).

La pregunta pertinente entonces es ver el tipo de estudios que en ese entonces cursaba el subtramo entre 19 y 20 años de cada segmento socioeconómico. Al dar este paso descubrimos algunas tendencias que diferencian a los jóvenes de sectores medios y medio-bajos respecto de los otros segmentos, pero también encontramos otros elementos que comienzan a diferenciarlos entre ellos. Lo que los asimila es que en estos dos segmentos se produce mayor diversificación que en los otros segmentos respecto de los tipos de estudios en los que se distribuía este tramo en específico. En el segmento ABC1 hay solamente dos tipos de estudiantes: los que todavía estaban terminando la secundaria, que representaban solamente a un 10%, y el 90% restante que correspondía solamente a estudiantes universitarios. En el segmento E, si bien podemos encontrar algún margen de población que estaba cursando estudios superiores, un mayoritario 89% todavía no completaba su escolaridad obligatoria. En los segmentos C y D también quedaba un porcentaje de jóve-

nes que a los 19 ó 20 años estaba terminando el ciclo obligatorio, pero también los había quienes ya entraron a la educación superior, tanto técnica como universitaria. Sin embargo, y aquí están las diferencias entre estos dos segmentos, en el segmento D son bastante más altos los porcentajes que todavía estaba terminando la básica o la secundaria que en el C; y si bien ambos segmentos presentaban un porcentaje muy similar que seguía estudios técnicos de nivel superior, se produce una diferencia considerable entre los porcentajes de estudiantes universitarios de uno y otro segmento: mientras que en el C concentraba a más del 55%, en el D representaba al 13%.

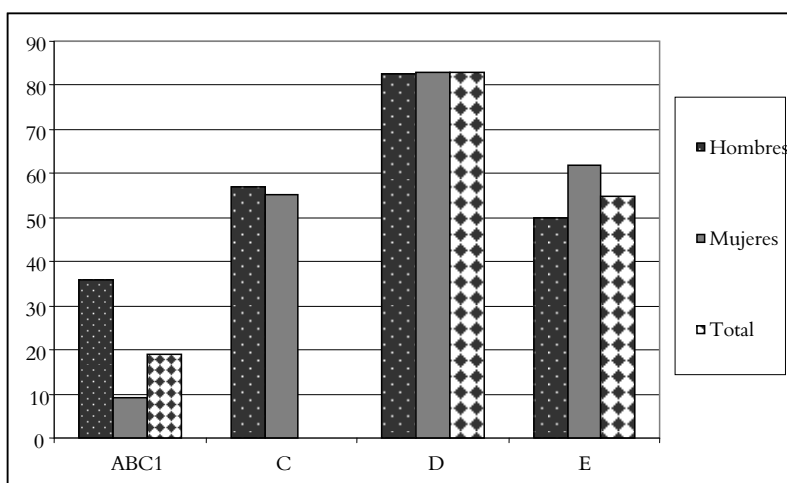
Hay otra diferencia que no queremos pasar por alto y tiene que ver con el género. Al comparar los porcentajes de participación que tenían hombres y mujeres de ambos segmentos en los estudios superiores, encontramos que mientras en el segmento D los hombres presentaban porcentajes mayores de participación tanto en los estudios técnicos superiores como en los universitarios, en el segmento C esa relación se da solamente en los técnicos superiores. En el nivel universitario la participación de las mujeres superaba la de los hombres, y es el único segmento en que se daba esta relación.

Para seguir nuestro ejercicio vamos a saltar al año 2000, en que se aplica la III Encuesta Nacional de Juventud. Ese año la cohorte tenía entre 19 y 23 años, una edad en que ya debieran haber terminado la educación secundaria y en que sus posibilidades de seguir una trayectoria por la vía de los estudios superiores estaba pasando por momentos decisivos, tanto en lo que respecta a ingreso como a permanencia. El primer dato relevante es que la actividad social predominante en el conjunto de la cohorte se había trasladado al campo del trabajo. No sólo porque el tamaño del grupo que estaba estudiando es un poco menor que el de quienes estaban trabajando, sino porque a este último hay que sumarle a quienes estaban cesantes, a los que buscaban trabajo y los que realizaban quehaceres del hogar, que en conjunto representaban a poco más del 62%, casi el doble

del 34% que estaba estudiando. Esto demuestra que ya a esas edades la condición de estudiante había dejado de predominar, y esto marca una diferencia importante sobre su situación tres años antes.

Los jóvenes de sectores medios y medio-bajos corren esta misma suerte. En ambos segmentos la trayectoria de la mayor parte de esta población comienza a desligarse de los estudios. Sin embargo, a pesar de compartir este patrón, hay diferencias importantes en términos de magnitudes.

Gráfico 2
*Población entre 19 y 23 años no estudiando
por nivel socioeconómico y sexo, año 2000*



Fuente: Elaboración propia con base en III Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2000).

En el gráfico 2 se puede observar claramente que la proporción de casos no estudiando es considerablemente más alta en el segmento D que en el C. De hecho el D es el segmento en que más se dio esta salida del sistema educativo. Pero hay algo que asimila la situación en estos segmentos y es que en ambos el

destino corre parejo tanto para hombres como para mujeres. En los segmentos ABC1 y E se puede observar una diferencia en la proporción de hombres y mujeres que no estaban estudiando; no obstante, mientras en el primero la proporción de hombres que no estaba estudiando es más alta que la de mujeres, en el segundo ocurre lo contrario.

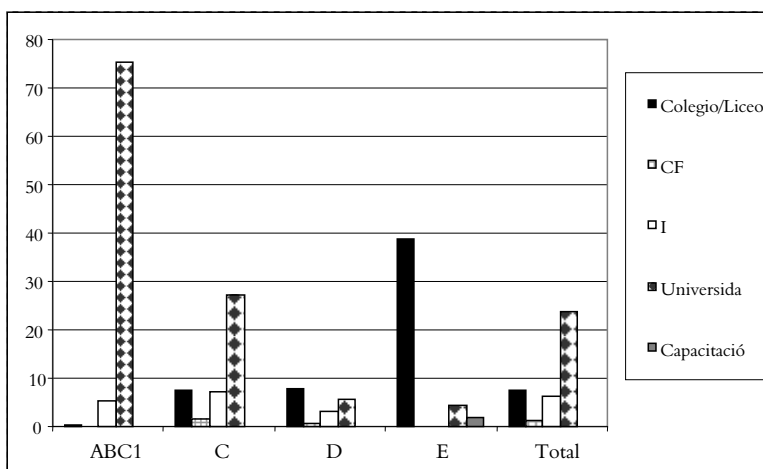
¿Cómo pasaba a distribuirse la población de la cohorte en los distintos tipos de estudios? Considerando al total de la cohorte, sin diferencias de ningún tipo, tenemos que del 34% que estaba estudiando, un 7,5% todavía estaba terminando el ciclo obligatorio, casi todos el secundario. El resto estaba en algún tipo de estudios superiores, entre los cuales eran los universitarios los que se llevaban la mayor porción de casos con un 23,8%, muy por sobre el 6,2% que estudiaba en un Instituto Profesional (en adelante IP) y el 1,3% que lo hacía en un Centro de Formación Técnica (en adelante, CFT).

¿Qué pasaba con los jóvenes de los segmentos C y D? En el gráfico 3 aparece un resumen con los datos que se producen al cruzar el tipo de estudios con el nivel socioeconómico. Al observarlo se pueden extraer varias tendencias que son relevantes. La primera es que en ambos segmentos las proporciones de casos que todavía estaban completando sus estudios obligatorios son prácticamente las mismas. La similitud se tiende a mantener en el caso de los CFT, en que ambos segmentos mostraban una participación bastante marginal, casi nula en el caso del D, pero al pasar a los estudios profesionales se comienza a producir una brecha a favor del segmento C, que se hace evidente en el caso de los estudios universitarios. Aquí la participación del segmento D es notoriamente más baja que la del C, pero la de este último mantenía a su vez una distancia considerable con el ABC1.

El comportamiento de ambos sexos no muestra diferencias relevantes. Considerando al total de la cohorte, la distribución de hombres y mujeres en cada nivel de estudios es bastante pareja. Solamente cuando se desagrega por nivel socioeconómico se producen algunas diferencias, pero en dos segmentos

específicos: en el ABC1, y en el E. En el primer caso la diferencia es en el tipo de estudios dominantes entre hombres y mujeres: mientras entre ellas había un claro dominio de los estudios universitarios, entre los hombres, aunque también eran los más frecuentes, su predominio se atenuaba por el mayor peso de los estudios técnicos superiores. En el caso del segmento E, la diferencia entre hombres y mujeres no tiene que ver tanto con el tipo de estudios, sino con el hecho que, si bien en ambos grupos la situación predominante es que no estaban estudiando, el porcentaje de mujeres en esa condición era mayor que el de los hombres, con un 61,8% y un 49,8%, respectivamente. Salvo estas dos situaciones puntuales, ni a nivel general ni en el resto de los segmentos la comparación entre hombres y mujeres muestra variaciones importantes, lo que permite afirmar que si bien es cierto no se puede hablar de una total independencia, el tipo de estudios y el género no estaban significativamente asociados.

Gráfico 3
Tipo de estudios por nivel socioeconómico



Fuente: Elaboración propia con base en la III Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2000).

Pasemos ahora a la IV Encuesta, que se aplicó el año 2003: ese año la cohorte tenía entre 22 y 26 años.² Al llegar a este momento sigue reduciéndose la población que estaba estudiando hasta convertirse en tendencia generalizada. En el lapso de estos tres años la proporción de casos que no estaba estudiando aumentó del 61% al 73,2%. Sin embargo, la intensidad del cambio es diferente en cada segmento socioeconómico. En los dos segmentos extremos, tanto en el AB como en el E, la tasa de crecimiento del número de casos que no estaba estudiando fue muy significativa: en el primero aumentó de un 19,1% a un 55,4%, mientras que en el E había pasado del 54,7% al 93,1%, lo que representaba a casi toda la población entre 22 y 26 años de este segmento. En el caso del segmento C la variación es mucho menos intensa —pasó del 56,2% al 61,6%—, mientras que el caso del segmento D es el único en que se dio la tendencia contraria: en vez de aumentar, la población que no estudiaba había bajado un 2%, aunque esto estaba lejos de evitar que el hecho de no estudiar siguiera siendo la situación más frecuente: representaba al 80,8% de su población.

Si consideramos solamente a quienes estaban efectivamente estudiando y los comparamos con la misma situación tres años antes, podemos ver las tendencias que se daban en cada tipo de estudios. Al comparar los datos de ambas mediciones se observa que el patrón de distribución por tipo de estudios tiende a mantenerse. Los universitarios siguen siendo mayoritarios, y sigue habiendo una clara segmentación socioeconómica a favor del segmento de más altos recursos. Pero hay un dato

2 El modo en que se construyeron las categorías para ver el tipo de estudios que estaban cursando en la IV Encuesta complica un poco el análisis porque los diferentes tipos de estudios superiores los dicotomiza en *completos* e *incompletos*, ignorando que si se «está estudiando» es precisamente porque los estudios no se habían completado. Por lo mismo llama la atención que hayan casos que estaban estudiando y que digan, por ejemplo, que estudiaban «estudios universitarios completos». Para salvar la inconsistencia, recodificamos las categorías de esa pregunta y las asimilamos a las que tenía la III Encuesta, que son más apropiadas.

interesante y es que mientras entre los jóvenes de los segmentos C, D, y también del E aumenta la proporción de universitarios, en el AB disminuye, seguramente porque su mayor grado de continuidad entre la secundaria y la universidad hacía que en ese entonces ya estuvieran cerrando sus estudios de pregrado. Sin ir más lejos, entre ese 90% de jóvenes del segmento AB que estaba estudiando en la universidad, más del 10% ya se encontraba realizando estudios de postgrado. Lo importante es que este aumento de universitarios en los segmentos C y D, aunque en términos porcentuales pueda no ser tan significativo, muestran que para los jóvenes de estos sectores el ingreso a los estudios universitarios tiende a ser más tardío que en los sectores de mayores recursos.

Cuadro 2
*Comparación del tipo de estudio por nivel socioeconómico
Serie 2000-2003*

Tipo de estudios actuales		Nivel Socioeconómico				Total
		AB	C	D	E	
Escolares	2000	0,3	17,0	44,8	85,7	19,3
	2003	0,1	7,8	31,4	52,5	15,1
Centro Formación Técnica	2000	0,0	3,7	3,2	0,0	3,3
	2003	1,5	5,2	9,1	6,5	5,9
Instituto Profesional	2000	6,6	16,6	18,8	0,0	15,8
	2003	8,3	18,4	22,2	10,5	18,1
Universidad	2000	93,1	62,2	33,2	10,0	61,1
	2003	90,0	68,6	37,3	30,4	60,8

Fuente: Elaboración propia con base a datos III y IV Encuesta Nacional de Juventud (INJUV; 2000, 2003).

Lo otro que podemos notar es que los estudios escolares habían dejado de secundar a los universitarios. En efecto, para el año 2003 el segundo tipo de estudios en importancia eran los impartidos por Institutos Profesionales, particularmente en los segmentos C y D. Sin embargo, y este es un factor de diferen-

cia importante entre estos dos segmentos, mientras en el primero de ellos la población que estaba terminando la secundaria ya estaba por debajo del 10%, en el caso del segmento D todavía quedaba un significativo 31% que aún no estaba cursando sus estudios obligatorios. La otra tendencia interesante es el aumento que se produce en los estudios técnicos en estos mismos segmentos, indicador que pese a no constituir un tipo de estudios estadísticamente relevante, los CFT se venían convirtiendo en una alternativa atractiva en la medida que iba pasando el tiempo, seguramente por su costo y duración.

Todas estas tendencias se refieren a la población que estaba estudiando, que por lo visto anteriormente ya representaba a una parte comparativamente reducida de la cohorte, sobre todo de los segmentos C y D. Pues bien, ¿qué pasaba con ellos?, ¿hay algo que nos ayude a explicar por qué se convirtieron en la población más significativa? Una primera respuesta la encontramos en la encuesta misma, cuando se pregunta por la principal razón para no estar estudiando. Esta pregunta también había sido incluida en las encuestas anteriores, pero preferimos reservarla para este momento debido principalmente a que es al llegar a estas edades en que el tiempo y las posibilidades de ingresar al sistema de educación superior entraban en sus últimos minutos.

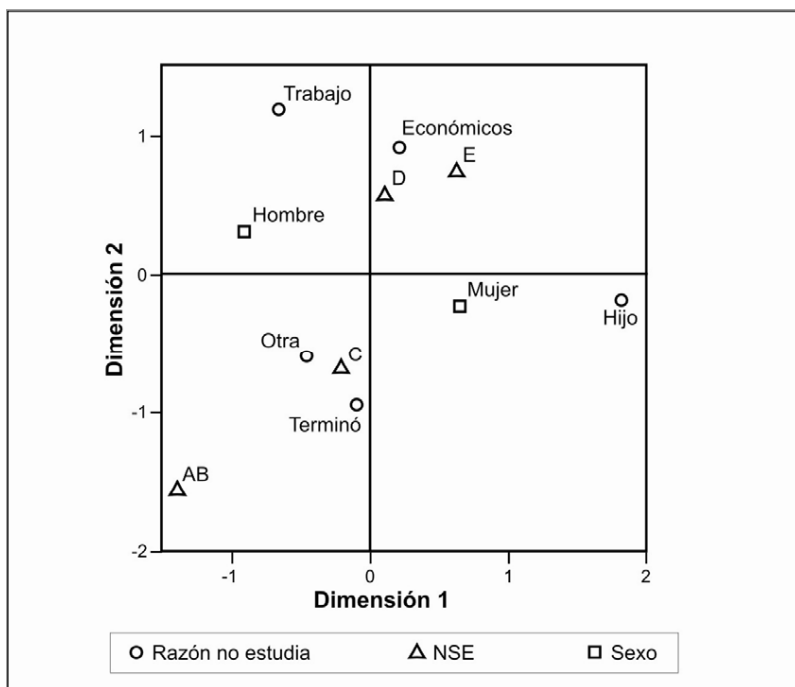
Digamos que, siempre de acuerdo a los datos disponibles, al llegar al período entre los 22 y los 26 años eran cuatro las principales razones para no estar estudiando. Las dos primeras correspondían a los problemas económicos y al hecho de trabajar, dos razones que probablemente estuvieran relacionadas si tenemos en cuenta que los problemas económicos suelen ser un motivo importante para decidirse a trabajar. Más abajo se encontraban el término de los estudios y el cuidado de los hijos. Esta estructura de distribución de las razones para no estar estudiando repite la de tres años antes. En la III Encuesta las principales razones para no estudiar eran las mismas y en el mismo orden de importancia. Lo que varía en algo son los por-

centajes: todos aumentan, aunque el de los problemas económicos, el hecho de trabajar y el cuidado de los hijos aumentan en mayor medida que el término de los estudios.

¿Cambia el orden si introducimos la variable socioeconómica? En términos generales, sí. Al cruzar ambas variables, los coeficientes que miden la fuerza de la relación muestran un grado de asociación relativamente fuerte. Las tendencias son todas más o menos esperables: los problemas económicos, el trabajo y el cuidado de los hijos como razones para no estar estudiando son más altas en los segmentos de población que cuentan con menos recursos; mientras que el término de los estudios es más frecuente en los de mayores recursos. Quizá el único dato llamativo sea que, contrario a lo que se podría haber esperado, en la III Encuesta era el segmento ABC1 el que más aduce los problemas económicos como razón para no estar estudiando. Sin embargo, esta situación no se sostiene en el tiempo y ya al pasar a la IV Encuesta baja o se «normaliza» para llegar a un nivel relativamente menor y comparativamente más bajo que en los segmentos que siguen en la escala.

¿Y con la variable sexo? Lo mismo: hay una relación relativamente fuerte entre el tipo de razón para no estar estudiando y el sexo, o lo que es lo mismo, las proporciones de hombres y mujeres en las distintas razones para no estudiar son diferentes. ¿Cómo se observan estas diferencias? El gráfico 4 presenta la salida de un análisis de correspondencias múltiples que analiza la asociación entre las distintas razones para no haber estado estudiando, con las categorías de las variables nivel socioeconómico y sexo. Para el procesamiento se mantuvo a las cuatro razones con mayor porcentaje y las restantes fueron agrupadas en la categoría «otra razón».

Gráfico 4
 Mapa perceptual correspondencias entre razón para no estudiar,
 sexo y nivel socioeconómico



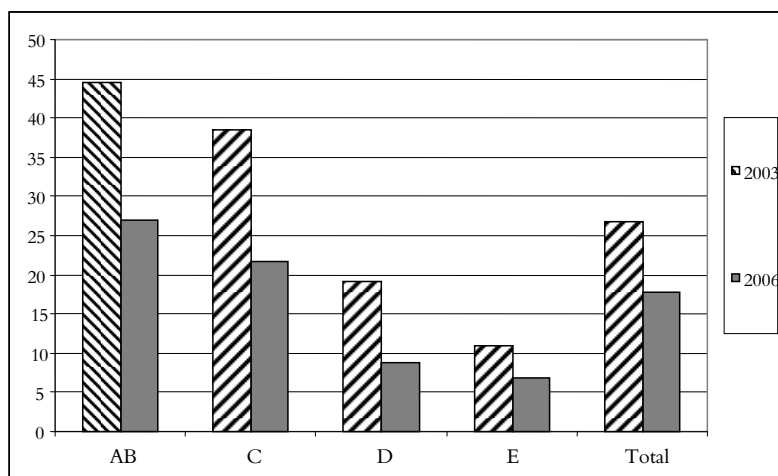
Fuente: Elaboración propia con base en IV Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2003).

El resultado de este procesamiento distribuye las categorías de las distintas variables en un gráfico de dos dimensiones. La *dimensión 1* nos informa sobre la relación entre las razones para no estar estudiando y el sexo, que es la relación más fuerte de todas las posibles entre estas tres variables. La cercanía o lejanía entre las categorías se mide a lo largo del eje horizontal (X). De acuerdo a esto podemos ver que hay una clara cercanía entre la población femenina y el cuidado de los hijos como razón para no estudiar, lo que sólo vendría a confirmar que ésta es una situación que limita fundamentalmente a las mujeres. El caso

de los hombres es diferente. Su principal razón para no estudiar es el trabajo y, un poco más lejos, el término de los estudios y los problemas económicos. Por su parte, la *dimensión 2* muestra la relación entre las categorías del nivel socioeconómico y las razones para no haber estado estudiando. Las variaciones se observan a lo largo del eje vertical (Y). Aquí se produce una variación interesante entre los segmentos C y D. Si observamos el cuadrante superior podemos ver que si entre los jóvenes del segmento C hay una relación más o menos estrecha con el término de los estudios como razón para no haber estado estudiando, lo que acerca su situación a la de los del segmento AB, en el caso de los jóvenes del segmento D las razones más cercanas eran los problemas económicos y el hecho de trabajar, muy similar a las razones que esgrimían los jóvenes del segmento E.

Finalmente llegamos a la V Encuesta Nacional de Juventud, que nos trae la situación más actualizada de nuestra población objetivo. Al llegar a este punto la tendencia al alza en la proporción de jóvenes que no estudia se acentúa hasta llegar a un 82,3% para el total de la cohorte. Si la comparamos con los tramos de menor edad en la misma encuesta, se observa que el tramo entre 25 y 29 años, que es la edad que tiene la cohorte al momento de la medición, es el que menor proporción de casos tiene estudiando. Es decir, dentro del conjunto de la población joven, nuestra cohorte se convierte en la con menos casos con la condición de estudiante. Esta tendencia se produce en todos los segmentos socioeconómicos, menos en el E. Este es el único en que la proporción de población estudiando sube en vez de bajar, debido a que hay una fracción de esta población que a esta edad intenta retomar sus estudios secundarios. De todos modos, sigue representando al segmento con menos casos estudiando, seguidos de cerca por el D en el que solamente un 8,8% estaba estudiando. En el caso del segmento C, el porcentaje en esta condición representa al 21,9%, similar al 26,9% del segmento AB.

Gráfico 5
 Porcentaje estudiando por nivel socioeconómico
 Serie 2003-2006



Fuente: Elaboración propia con base en IV y V Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2003, 2006).

Teniendo en cuenta estas tendencias, ¿qué pasa con las razones para no estudiar?, ¿cambian o se mantiene el patrón que se venía observando en las mediciones anteriores? De acuerdo a los datos, la respuesta es que efectivamente se produce un cambio. Si antes las razones más importantes para no estar estudiando que esgrimían los jóvenes de nuestra cohorte eran los problemas económicos y el trabajo, al llegar a este momento el primer lugar lo ocupa el término de los estudios: pasa del 12,8% al 29,6%. Esto estaría demostrando que es generalmente a estas edades en que el ciclo de los estudios se comienza a cerrar. De hecho en todos los segmentos socioeconómicos la importancia de esta razón aumenta si la comparamos con la situación que retrataban las anteriores encuestas, aunque no en todos los segmentos aumenta con la misma intensidad ni se convierte en la razón más importante para no estudiar. Los únicos dos seg-

mentos en que el término de los estudios se convierte en la razón más importante para no estar estudiando son el AB y el C, aunque en el caso de este último la situación es bastante particular, pues el predominio de esta razón no es tan claro y el grupo queda en una especie de equidistancia respecto a las distintas razones para no estudiar. El caso del segmento D es diferente. Si bien también aumenta en importancia el término de los estudios —el aumento es del orden del 10%—, no alcanza a relegar a los problemas económicos y convertirse en la razón de más peso.

Cuadro 3
Razones para no estar estudiando por tipo de estudio
Año 2006

Razones para no estudiar	Escolar	CFT	IP	Univer- sidad	Superior incompleta	Post- grado	Total
Terminó	21,6	58,4	80,8	74,6	5,2	47,1	29,7
Problemas económicos	26,5	11,5	8,1	0,3	23,4	0,0	20,3
Trabajo	23,0	11,2	4,5	7,9	5,0	3,4	14,8
Cuidado de hijos/ quehaceres hogar	12,9	0,6	3,6	0,2	5,1	0,0	8,2
Otra	16,0	18,3	2,9	17,0	61,3	49,5	27,1

Fuente: Elaboración propia con base a datos V Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006).

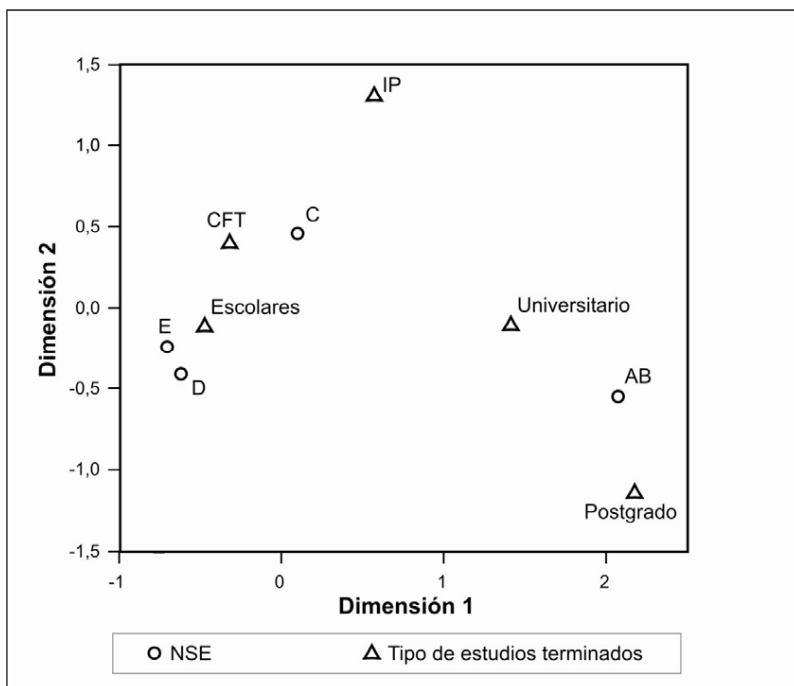
De todas formas, y al igual que en la anterior encuesta, la variable que más fuertemente se asocia a las razones para no estar estudiando no es el nivel socioeconómico ni el sexo, sino el nivel de escolaridad. La tendencia general es que mientras más alto es el tipo de estudios, hay más casos que consideran el término de los estudios como principal razón para no estar estudiando. Pero eso corre solamente para quienes completaron un determinado tipo de estudios superiores, pues se produce una diferencia muy notoria en el porcentaje de casos en la misma categoría de respuesta entre quienes no terminaron sus estudios, independiente de si éstos son técnicos, profesionales

o universitarios. En todos estos casos los problemas económicos se vuelven la razón que explica que no estén estudiando, o lo que es más adecuado para estos casos, que no hayan podido seguir estudiando.

La pregunta que queda rondando es la siguiente: si el término de los estudios se convierte en la principal razón para no estar estudiando, y si la variación de razones está fuertemente asociada a la escolaridad, ¿hay alguna diferencia en el tipo de estudios que se considera terminado entre los distintos segmentos socioeconómicos? Aclarar este punto es importante porque en el fondo nos ayuda a entender el modo en que los distintos grupos de jóvenes configuran sus aspiraciones y expectativas. No es lo mismo considerar que la etapa de estudiante se cerró al término de la secundaria que al terminar estudios profesionales o universitarios. Para tratar de resolver algo de este dilema vamos a considerar de la cohorte solamente al grupo que da como razón para no estudiar el hecho de haber terminado los estudios. De esta forma logramos aislar a este grupo y podemos revisar su relación con otras variables.

Los resultados indican que no se produce una relación muy estrecha entre el tipo de estudios que se considera terminado y el sexo, lo que estaría indicando que en general las metas de hombres y mujeres son bastante similares. Ahora, cuando el cruce lo hacemos con el nivel socioeconómico, aparece una relación más estrecha, lo que sugiere que el tipo de estudios que se considera terminado varía de un modo estadísticamente significativo dependiendo de la condición socioeconómica. Mediante un análisis de correspondencias simples podemos ver gráficamente el patrón de distribución entre el tipo de estudios que mayormente se considera terminados en cada segmento socioeconómico. Nótese que para el procesamiento consideramos solamente a los casos que tenían completos sus estudios en cada tipo. El mapa perceptual con los resultados del procesamiento lo podemos observar en el gráfico 6.

Gráfico 6
Correspondencia entre NSE y tipo de estudio entre quienes tienen como razón para no estudiar el término de los estudios



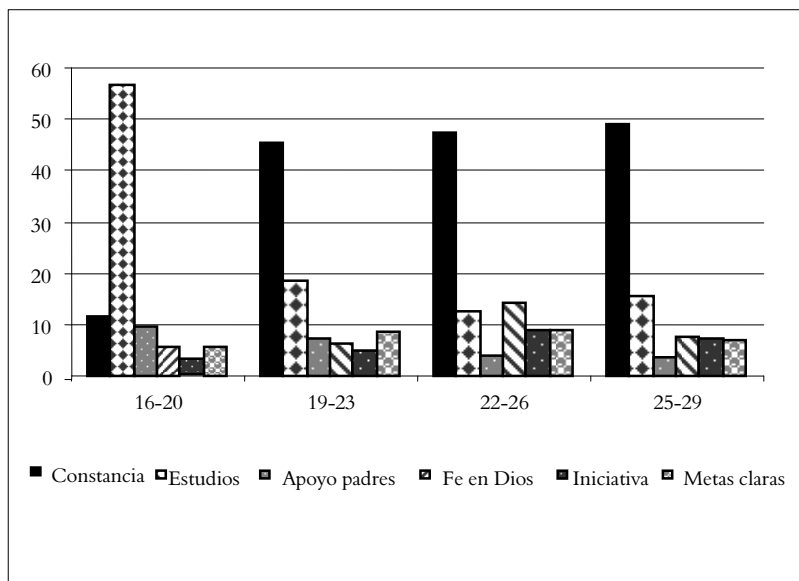
Fuente: Elaboración propia con base a datos V Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006).

Los resultados muestran asociaciones claras entre los distintos segmentos socioeconómicos y el tipo de estudios que se considera terminado. En el caso del segmento D y E, la mayor cercanía se produce con los estudios escolares, sean básicos o secundarios. El segmento C, por su parte, aparece cercano a los estudios técnicos de nivel superior y a los impartidos por institutos profesionales, mientras que el segmento de mayores recursos se asocia fuertemente a los estudios universitarios y de postgrado. *Lo interesante de estos datos es que en el fondo reflejan maneras socialmente diferenciadas de anclar los estudios en los proyectos de vida. Aquí hay un nexo muy fino y*

complejo entre posiciones estructurales y subjetividades sociales. No es casual que en los sectores de más altos ingresos el término de los estudios se asocie a los de nivel universitario. Alcanzar este nivel de estudios para los jóvenes de este sector de la población es «esperable», casi obvio. No así en los segmentos que están más abajo en la «escala social». Para los jóvenes de estos sectores, alcanzar estudios universitarios implica romper tendencias estructurales fuertes; por eso no parece una aberración que buena parte de los jóvenes de los segmentos D y E consideren que la etapa de los estudios se cerró al terminar la secundaria. Quizá por lo mismo la clausura de las posibilidades de acceder a los niveles más altos de graduación se convierte en una pérdida que se aprende a sobrellevar, pese a que en la práctica el nivel de escolaridad es uno de los factores que más determina la posición que se ocupa o puede llegar a ocupar en la estructura social. Por ahí se puede entender que los estudios vayan perdiendo su relevancia como «factor de éxito», que en las encuestas de juventud equivale a «factor de ascenso» o «movilidad social». Si seguimos la evolución de los resultados que produce esta pregunta en las distintas encuestas se puede observar esta tendencia, que aparece retratada en gráfico 7.

En la II Encuesta, cuando los jóvenes de la cohorte tenían entre 16 y 20 años, los estudios eran por lejos el primer factor de éxito. Entre las otras nueve categorías se repartían el 44% restante, todas con porcentajes que fluctuaban entre el 1% y el 9%. La única que superaba el 10% era la «constancia y el trabajo responsable», el segundo factor de éxito más importante. Había algunas diferencias que tenían que ver con el nivel socioeconómico y el género. Respecto a lo primero, aunque es la mayoritaria en todos los segmentos socioeconómicos, la adhesión a la vía escolar es más fuerte entre quienes pertenecían al de mayores recursos. Respecto a las variaciones relativas al género, se observa que la adhesión a los estudios es mayor entre las mujeres que entre los hombres, diferencia que se repite al descomponer por sexo cada uno de los distintos segmentos socioeconómicos.

Gráfico 7
Evolución principal factor de éxito
Serie 1997, 2000, 2003, 2006



Fuente: Elaboración propia con base a Encuestas Nacionales de Juventud, Serie 1997, 2000, 2003, 2006.

Tres años después la situación cambia. Ya no eran los estudios, sino la constancia y el trabajo el primer factor de éxito. Los estudios seguían siendo importantes, pero no con la misma fuerza. El único segmento en que los estudios siguen representando el factor de éxito más importante y en que la constancia y el trabajo no aparecen en el primer lugar de importancia es en el de mayores recursos, situación esperable si tenemos en cuenta el peso de los estudios en la conformación histórica de las trayectorias en estos sectores de la población. En todos los demás segmentos el discurso del ser constante y trabajar pasa al primer lugar en importancia. Las diferencias asociadas al género se mantienen: aunque entre las mujeres también prima la idea de la constancia y el trabajo como factor de éxito, siguen valoran-

do más la educación que los hombres, lo que no es más que la subjetivación de una evidencia ya comprobada: *que para las mujeres es la escolaridad el factor que más determina su incorporación al mundo del trabajo* (INJUV, 2006). Entre los hombres, por el contrario, predomina la idea que más importantes que los estudios son la constancia y el trabajo. Al pasar a la IV Encuesta, la primacía de la constancia y el trabajo se generaliza y se estabiliza el patrón de distribución de los distintos factores, manteniéndose prácticamente igual de estable hasta la última encuesta de 2006.

Lo interesante de todo esto es ver cómo en la medida que va pasando el tiempo y se avanza en edad, se repliega el discurso que pone a los estudios como primer factor de éxito trasladándolo a un plano netamente individual, ligado a lo que podríamos definir como una ética emprendedora con la constancia y la responsabilidad en el trabajo como categoría más destacada, pero acompañada de factores análogos como la claridad en las metas y la iniciativa y creatividad individual, que también van adquiriendo importancia. Lo otro interesante es ver cómo en los segmentos de menores recursos van aumentando en importancia factores que están fuera de los márgenes de acción de los sujetos como la suerte o la fe en Dios.

¿Será este discurso la expresión de un mecanismo subjetivo para sobrellevar el desencanto? Como sea, la pregunta importante es si esta pérdida de importancia de los estudios se explica por un cambio en los modos de procesar la realidad vinculada solamente a la edad o se inscribe más bien en un contexto «epocal» de cambios en los discursos sociales respecto a los estudios, o quizá en otro factor. Obviamente las respuestas a esta interrogante van a ser parciales y estarán sujetas a los datos que disponemos, pero por lo pronto podemos hacer tres cosas: observar la evolución de cada factor de éxito entre las diferentes encuestas, comparar los resultados por tramo de edad y los porcentajes de nuestra cohorte con los del resto de la muestra. Con esto ya podríamos tener una imagen más o menos cercana a lo que puede ser una respuesta a la interrogante. ¿Qué

nos dicen los resultados? Lo primero es que, en cada una de las mediciones, la comparación entre los tramos de edad *muestra que la importancia de los estudios como factor de éxito va descendiendo en la medida que aumenta la edad*. En ese sentido, el comportamiento de nuestra cohorte se ajusta a esta tendencia, pues efectivamente la importancia de los estudios fue bajando en la medida que pasó el tiempo y trasladaron la explicación del éxito a factores ligados a sus disposiciones individuales, fundamentalmente a la ética del trabajo. Sin embargo, y esto es lo que relativiza la respuesta, la tendencia en la opinión de nuestra cohorte no se despega de la tendencia general que presenta la muestra de cada encuesta.

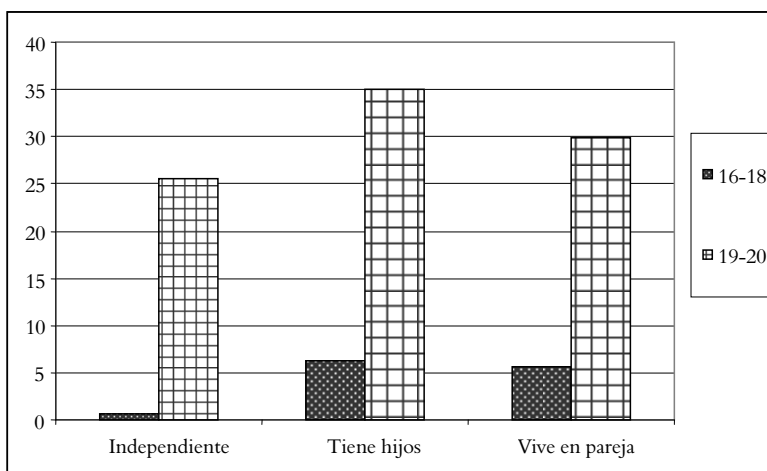
En la II Encuesta, cuando la cohorte tenía entre 16 y 20 años, la gran mayoría atribuyó el éxito a los estudios, y si bien lo hacía en un porcentaje más alto que los tramos que en ese momento tenían más edad, no había una diferencia muy significativa que se asociara a esta última variable. Además, el descenso en la importancia de los estudios y el aumento de los factores ligados a las disposiciones personales que muestra la cohorte es congruente con la evolución de las mismas razones en el conjunto de la población joven. Quizá el hecho que cada vez accedan más personas a la educación superior contribuya a reducir la importancia de los estudios y a trasladar el éxito a otros factores. Quizá la sobreoferta de egresados de algunas carreras y la consecuente mayor competencia por puestos de trabajo escasos han ayudado a generar un escenario en que las disposiciones individuales, la actitud, el apresto, el agenciaamiento se perciben y nombran como factores que son más importantes que el hecho mismo de estudiar, a pesar que comparativamente los estudios superiores, y sobre todo los universitarios, siguen siendo realidad sólo de una porción de jóvenes. ¿Cómo saberlo? Para eso necesitamos introducirnos al plano de la subjetividad, de los discursos sociales dominantes, y es lo que haremos cuando veamos los grupos de discusión y las entrevistas.

2. SITUACIONES DE VIDA

Tras revisar el trayecto que han recorrido los jóvenes de nuestra población objetivo en el plano de los estudios, nos vamos a detener un momento para ver qué ha venido pasando con sus vidas personales. Este ejercicio nos permitirá tratar de reconstruir la estructura de las transiciones de los jóvenes de estos dos segmentos y ver sus posibles similitudes y diferencias. De acuerdo a los datos, en 1997 la mayor parte de la cohorte vivía con su familia de origen, la mayoría con su madre, con su padre —aunque en un porcentaje un poco más bajo— y hermanos. Comparado con el resto de la población joven, eran los que más vivían en estas condiciones y los que menos casos presentaban viviendo en pareja y en una situación de independencia respecto al hogar de sus padres. Ahora bien, tal como ocurría en el plano de los estudios, en el paso del subtramo entre 16 y 18 años al subtramo entre 19 y 20, se produjo un cambio en las condiciones vitales que se expresa en todos los planos. En el gráfico 8 se nota claramente que si en el primer subtramo los porcentajes de casos que tenían hijos, que vivían en pareja y que eran independientes,³ son bajos y superan apenas el 5% de los casos, al pasar al siguiente subtramo se producen aumentos considerables en todos estos aspectos, pero sobre todo en la tenencia de hijos.

3 La categoría de los independientes la construimos recodificando la variable relación con el jefe de hogar en dos categorías: la de los independientes, que agrupa a quienes se declaran jefes de hogar y a quienes se declaran conyugue del jefe de hogar, y la categoría dependiente, que agrupa a todas las demás categorías de respuesta.

Gráfico 8
 Porcentaje de casos independientes, que tienen hijos
 y viven en pareja por subtramos, año 1997



Fuente: Elaboración propia con base en II Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 1997).

Estas son tendencias que consideran a la cohorte en su conjunto. Sin embargo, si comparamos las que se producen en cada uno de los segmentos socioeconómicos con el paso de un subtramo a otro, aparecen varias diferencias que debemos tener en cuenta. Los datos muestran que la trayectoria de la situación personal en los jóvenes del segmento C es claramente diferente de la tendencia que tuvieron los jóvenes del D. En el C, el porcentaje de casos que tiene hijos es bajísimo, y si bien crece al pasar de un subtramo a otro, el porcentaje de jóvenes con hijos del segundo subtramo sigue siendo relativamente bajo. En el plano de la independencia los porcentajes son aun más bajos y en este caso la situación ni siquiera se altera, lo que de paso muestra que en este segmento, para los pocos casos que tuvieron hijos, este hito no necesariamente les significó dar el paso hacia la independencia. Su situación se asemeja claramente a la

situación de los jóvenes del segmento de más altos recursos, tanto en términos de tendencias como de magnitudes, y se distancia de la situación del segmento D. En este último caso hay un notorio incremento en el porcentaje de casos que se convierte en madre o padre al pasar los 18 años de edad. De hecho es el segmento que muestra el cambio más pronunciado. Pero quizá la particularidad de estos jóvenes es que la similitud de los porcentajes en ambas variables permite sostener que el hito de la maternidad o paternidad se relaciona con el cambio en la condición de dependencia. Esta característica los diferenciaba de los jóvenes del sector con más bajos recursos, pues si en este caso el porcentaje con hijos en el subtramo entre 19 y 20 años es similar al del segmento D, hay una clara distancia en los porcentajes de casos que asumen su independencia.

Cuadro 4
*Tenencia de hijos e independencia por subtramo de edad
y nivel socioeconómico, 1997*

NSE	Tenencia hijos	16-18	19-20	Total
ABC1	Tiene Hijo	1,6	0,0	1,4
	Independiente	0,0	0,0	0,0
C	Tiene Hijo	2,7	7,9	4,5
	Independiente	0,6	0,6	0,6
D	Tiene Hijo	3,6	52,3	28,7
	Independiente	0,5	50,4	27,8
E	Tiene Hijo	28,4	54,2	38,3
	Independiente	2,5	3,6	2,9

Fuente: Elaboración propia con base a II Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 1997).

En la III Encuesta lamentablemente no se incluyó la tenencia de hijos como variable, lo que de alguna manera limita nuestras posibilidades de darle continuidad al análisis que estamos intentando realizar en esta dimensión. Habría sido interesante ver qué pasaba con ella, pues no la podemos reemplazar del todo por la independencia residencial, el estado civil o la vida

en pareja, pese a una hipotética relación entre estas condiciones y la tenencia de hijos. Aun así, si comparamos lo que sucedió con la independencia, vemos que efectivamente la tendencia general de la cohorte apunta hacia un incremento en los porcentajes de casos que asumen este cambio de condición.

En el segmento C en específico hay un aumento considerable: se pasa del 0,6 al 10,4%. Sin embargo, en el segmento D la comparación arroja un saldo negativo: en vez de aumentar la proporción de independientes, disminuye. Este dato no deja de ser curioso. Lo más lógico es pensar que la tendencia fuera la inversa. Nuestro parecer es que el muestreo que se aplicó para la anterior encuesta limita la representatividad de los datos principalmente en este segmento en específico. No obstante, también creemos que esa representatividad se remite a la fiabilidad de los porcentajes, no de las tendencias. Que en la segunda encuesta el segmento D presentara un mayor porcentaje de casos en condición de independencia es un dato que nos parece verosímil. De hecho la diferencia respecto al segmento C se mantiene, aunque no al mismo nivel.

Cuadro 5

Porcentaje de independientes y de jóvenes que viven en pareja por sexo para cada nivel socioeconómico, año 2000

NSE	Independencia	Hombre	Mujer	Total
ABC1	Independiente	0,0	4,1	2,6
	Vive en pareja	0,0	0,0	0,0
C	Independiente	4,7	16,3	10,4
	Vive en pareja	9,4	19,2	14,2
D	Independiente	22,0	15,4	18,7
	Vive en pareja	23,9	23,7	23,8
E	Independiente	23,8	33,0	27,6
	Vive en pareja	27,1	33,0	29,5

Fuente: Elaboración propia con base en III Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2000).

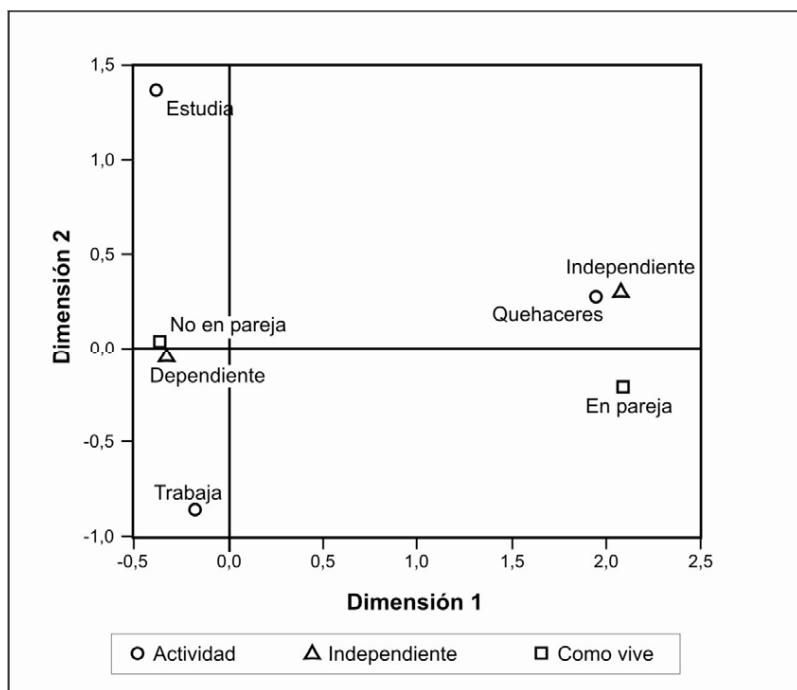
La situación de independencia y el porcentaje de casos que vivían en pareja cuando tenían entre 19 y 23 años aparece resumido en el cuadro 5. Más allá de la diferencia que comentamos recién entre los segmentos C y D, resulta interesante que en todos los segmentos se produzca una diferencia entre los porcentajes de casos que se declaran independientes y que viven en pareja. Pero lo más relevante es que si nos fijamos con detención en los datos del segmento ABC1 podemos ver que, si bien es cierto la magnitud del porcentaje de independientes es bajísimo, bastante menor que en los otros segmentos, lo interesante es que supera al porcentaje de casos que vive en pareja. De hecho, en ese momento este porcentaje era nulo, lo que permite suponer que eran casos que vivían solos o solas. En el resto de los segmentos la situación es la contraria: el porcentaje de casos que vive en pareja es mayor que el de los que se declara independiente, un indicador que en estos segmentos hubo jóvenes para quienes la vida en pareja no se tradujo necesariamente en independencia residencial, y les significó vivir en el hogar de los padres de uno de sus componentes o en el de un tercero.

En términos de género se producen variaciones en lo que respecta a la independencia y la vida en pareja entre las mujeres y los hombres. Considerando al conjunto de la cohorte, tanto en términos de independencia como de vida en pareja, el porcentaje de las mujeres superaba al de los hombres. Sin embargo, la comparación entre hombres y mujeres arroja una diferencia entre los segmentos C y D. Mientras en el primero las proporciones de mujeres independientes y que vivían en pareja son comparativamente mayores que en el caso de los hombres, en el segmento D ocurre lo contrario, principalmente en términos de independencia.

Con el propósito de ampliar el análisis realizamos una serie de procesamientos para ver cuál era el grupo de variables o el modelo que mejor explicaba la distribución de los casos. El resultado arrojó que el mejor modelo estaba compuesto por

tres variables: la principal actividad, la condición de independencia, y si vive o no en pareja.

Gráfico 9
Correspondencia entre actividad, sexo, independencia,
nivel socioeconómico y vida en pareja, año 2000



Fuente: Elaboración propia con base a III Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2000).

La *dimensión 1* del gráfico 9 es la que más aporta a la explicación de los datos. En ella la relación más significativa se da entre el cómo vivían —si era en pareja o no— y la condición de independencia. El gráfico muestra claramente que hay una estrecha cercanía entre quienes se declaraban como independientes y quienes vivían en pareja, y entre quienes no vivían en pareja y seguían en una condición de dependencia. En la *dimensión 2* se

gráfica la distribución de las categorías de la principal actividad. Lo que se observa es una clara cercanía entre quienes se dedicaban a los quehaceres del hogar con los independientes y que vivían en pareja, que como sabemos eran preferentemente mujeres. En el caso de los que estudiaban y de los que trabajaban, la cercanía se produce con la población que no vivía en pareja y que todavía no emigraba del hogar de origen. Lo interesante es que estas situaciones de vida no se asocian a una condición de actividad en específico, ni a los estudios ni al trabajo.

Pasados otros tres años la población que se había hecho independiente aumentó del 12% al 29%. Lo mismo ocurrió con los casados, que pasaron del 8,4% al 15,3%. Y la misma tendencia se observa en la proporción que ya tenía un hijo, que aumenta de un 29,4% en 1997 a un 42% en el 2003. En términos de género, tanto la condición de independencia como la tenencia de hijos seguían siendo mayores entre las mujeres que entre los hombres, lo que en el fondo era una reproducción del mismo patrón que en las dos etapas anteriores. Pero llegados a este punto de la trayectoria se producen algunas tendencias relevantes en lo que respecta al modo en que anteriormente se venían distribuyendo las situaciones de vida entre los jóvenes de los distintos segmentos socioeconómicos. Si por un lado la maternidad y la paternidad eran condiciones que seguían siendo más frecuentes entre los jóvenes de los sectores bajos y medio-bajos, con la independencia la situación era distinta. Continuaba estando asociada al nivel socioeconómico casi con la misma intensidad que tres años antes, pero ya no era más frecuente entre los jóvenes del sector medio-bajo, sino del medio y el alto.

El aumento de los independientes en este último segmento es notable: en tres años aumenta del 2,6% al 33,5%, más de un treinta por ciento. De todos modos, en este momento era en el segmento C donde se encontraba el porcentaje más alto de independientes (34,6%). En el segmento D, también se produce un aumento, pero no es tan intenso como en el segmento C —pasa del 18,7% al 26,7%—, en tres años pasa de superar por 8% a la

población independiente del segmento C, a quedar un 8% por debajo. Como tendencia general, la independencia sigue siendo mayor entre las mujeres, aunque la intensidad de la relación no era tan fuerte como la que se producía con la tenencia de hijos. En efecto, si consideramos al total de la cohorte se produce una estrecha relación entre la condición de maternidad o paternidad y la independencia: el 70% de quienes se declaraban independientes eran jóvenes que tenían hijos. Sin embargo, cuando hacemos el cruce y lo comparamos por segmento socioeconómico, resulta que mientras en el segmento AB la gran mayoría de los casos que tenía hijo vivía en forma independiente, el porcentaje iba bajando en la medida que se pasaba a los segmentos de menores recursos. En este punto la situación es pareja entre los que tienen hijos de los segmentos C y D; pero en el caso de quienes no tenían hijos, la situación difiere de forma notoria.

Cuadro 6
*Independientes para cada nivel socioeconómico
por sexo y tenencia de hijos, año 2003*

NSE	Tiene hijo		Sexo		Total
	Sí	No	Hombre	Mujer	
AB	84,8	22,4	30,2	39,7	33,5
C	52,7	23,3	28,6	40,4	34,6
D	52,0	4,9	19,1	32,7	26,7
E	26,7	7,1	8,5	27,4	17,7

Fuente: Elaboración propia con base a IV Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2000).

En el segmento D, el porcentaje de independientes entre los que no tienen hijos es bastante bajo y no alcanza a superar el 5%, un porcentaje notoriamente menor que el porcentaje de casos que viven en forma independiente aún sin ser madres o padres. Es decir, en los sectores medios, al igual que en el sector alto, no era estrictamente necesario tener hijos para hacerse independientes, a diferencia del segmento D, en que lo era en

mucho mayor grado. En términos de género, por su parte, los datos muestran que si bien en todos los segmentos socioeconómicos el porcentaje de mujeres independientes era mayor que el de los hombres, la distancia se acortaba en los segmentos de más altos recursos y se ampliaba en los sectores medio-bajo y bajo.

Finalmente, sobre el estado civil, si consideramos a la cohorte en su conjunto resulta que también estaba fuertemente asociado a la independencia y la tenencia de hijos, y que al comparar la situación de los distintos segmentos socioeconómicos, aparecen algunas diferencias que vale la pena hacer notar. En primer lugar, en todos los segmentos la independencia no se asociaba necesariamente al matrimonio; pero en segundo lugar, en la relación entre matrimonio e hijos sí se producían diferencias significativas entre los distintos segmentos. Entre los jóvenes del sector alto que a esa edad ya tenían hijos, el porcentaje de casados representaba al 62%, bajaba al 39,3% al pasar al segmento C, seguía bajando hasta el 30,6% en el D y llegaba al 17% en el E. La tendencia contraria se daba entre los solteros con hijo: los porcentajes eran mayores en el segmento de más escasos recursos y aumentaba en la medida que se pasaba a los sectores con más recursos.

Al llegar a la situación más actualizada de la cohorte —año 2006—, tienden a emparejarse las diferencias que existían en el plano de las situaciones de vida personales entre los jóvenes de los distintos sectores socioeconómicos. Los porcentajes de casos que tienen hijos son similares en todos los segmentos y se mueven entre el 38% y el 41%. Quizá el único que presenta un grado de diferencia es el E, en que el 25,7% es padre o madre, pero lo cierto es que la diferencia se acorta notoriamente respecto a la de etapas anteriores. También se acorta la diferencia entre las mujeres y los hombres con hijos. Hasta antes de llegar a este punto los casos de mujeres con hijos sobrepasaban largamente a la de los hombres en la misma condición, pero en la situación actual la diferencia se reduce a sólo un 3%. La misma tendencia se observa en las proporciones de jóvenes de cada

segmento que vive con su pareja, que en todos bordean el 35%, salvo en el segmento D, que llega al 47%. *En términos de independencia residencial, la gran mayoría de los casos todavía sigue viviendo en casa de sus padres y prácticamente no hay diferencias asociadas a la condición socioeconómica ni al sexo.* Los casos que podemos definir como independientes, que incluyen a quienes vivían en su propia casa y a quienes compartían casa con amigos, siguen siendo minoritarios y el porcentaje es prácticamente el mismo que en los otros tramos etarios. No varía demasiado entre los distintos segmentos socioeconómicos, aunque la tendencia describe un aumento en la medida que se pasa de los segmentos de menores a los de mayores recursos. En cuanto al estado civil, los casos de casados se tienden a emparejar entre los distintos segmentos, y salvo el 7,7% de casados del segmento E, en el resto de los segmentos bordeaban el veinte por ciento, y en el caso específico de los segmentos C y D, el porcentaje de casados es muy similar, con una leve diferencia de poco más de un 4% a favor del segmento D, que con el 21,5% es el que mayor porcentaje de jóvenes casados. Pero quizá más interesante es que un mayoritario 73% permanezca en la soltería, sin mayores diferencias que dependan del nivel socioeconómico.

En lo que sí se producen diferencias que se asocian a la condición socioeconómica es en la composición de quienes viven en pareja. Tanto en el segmento C como en el D, la población que vive en pareja está compuesta tanto por casados como por solteros. En el segmento C, el 42% de los que vive en pareja es soltero, casi al mismo nivel del 43,3% que es casado. En el D, la situación y los porcentajes son muy parecidos, aunque en este caso el porcentaje de solteros que viven en pareja supera al de casados: 47,2% son solteros y 41,7% son casados. Lo interesante de este dato es que muestra que en estos dos segmentos el requisito del matrimonio para la vida en pareja no es determinante, a diferencia del segmento AB, en que tiende a tener una mayor presencia si consideramos que el 55% de los que vive en pareja es casado y el 29% es soltero. Pero esta

relación en los segmentos C y D también se diferencia del patrón que se da en el segmento E, en que esa relación entre vida en pareja y matrimonio se diluye claramente: el 72,4% de los que vive en pareja son solteros y solamente el 19,9% es casado.

La comparación con la encuesta anterior produce algunas tendencias algo extrañas. Por ejemplo, si comparamos la proporción de casados en la IV y la V Encuesta, el resultado es que no se producen mayores diferencias. En el segmento C el porcentaje se mantiene prácticamente igual que en el 2003 y se estabiliza en torno al 17%. Incluso en el caso del segmento D la proporción de casados baja —pasa del 21,5% en 2003 al 15,2% en 2006—, lo que por cierto no deja de ser curioso. También es curioso que el porcentaje de casos que tiene hijos, en vez de aumentar, disminuya entre el 2003 y el 2006.

Lo importante en este minuto es que a lo largo de estas mediciones hemos podido dar cuenta que en todos los aspectos que componen esa estructura de transición en el plano de las situaciones personales de existencia, la población objetivo de este estudio —valga recordar: los jóvenes entre 25 y 29 años de los segmentos C y D— muestran tendencias similares y en porcentajes no muy diferentes. Como en cierta medida era de esperar, en ambos segmentos la tendencia es que en la medida que los jóvenes fueron creciendo en edad, los porcentajes de casos con hijos, que viven en pareja y que logran la independencia fueron creciendo paulatinamente.

3. EL TRABAJO

Hasta el momento hemos restringido nuestro análisis al plano de los estudios y el de las situaciones personales de existencia. Pero cuando empezamos este análisis vimos que ya en la primera encuesta que revisamos había un porcentaje importante de jóvenes que no estaba estudiando, y que al pasar a la III Encuesta ya no eran los estudios, sino el trabajo la situación más frecuente en la cohorte que estamos analizando. Pues bien,

¿qué se puede decir de la relación de estos jóvenes sobre el trabajo?, ¿es un tema marginal o, por el contrario, ha ocupado y ocupa un lugar importante en sus vidas?

Partamos por el principio. En 1997, cuando tenían entre 16 y 20 años y se les preguntó por cuál era su principal actividad, la respuesta más frecuente fue que eran los estudios. El resto se repartió en muchas otras actividades, desde hacer deporte, estar con la pareja, los amigos o ver televisión, y entre ellas, el trabajo. Esa vez solamente el 5,7% dijo que su principal actividad era trabajar. Nada relevante. Había varias otras actividades más importantes. ¿Un asunto de edad? En buena medida, sí. De acuerdo a los datos de la II Encuesta, la situación cambiaba claramente en la medida que se pasaba a los tramos de mayor edad, en que el trabajo sí representaba la actividad más importante. Es más, dentro de la misma cohorte se producían diferencias al comparar la situación laboral de los dos subtramos en que la habíamos dividido para salvar el problema que la cohorte incluyera la edad en que se suele terminar la educación secundaria. Si en el subtramo entre 16 y 18 años la proporción de estudiantes era bastante mayor que en el tramo entre 19 y 20 años, en el ámbito del trabajo la situación se invierte: mientras en el primero el 4,7% se dedicaba solamente a trabajar, en el segundo el porcentaje crecía hasta el 19%. La única categoría en que el porcentaje era mayor en el primer subtramo era la de los que estudiaban y trabajaban al mismo tiempo, aunque en ambos subtramos el porcentaje era bajo, y la diferencia, marginal. Pero lo que más llama la atención es el notorio aumento que se produce en la categoría de los que se dedicaban a las labores de casa: pasan del 5,5% al 25,8%, una condición que es absorbida prácticamente en su totalidad por mujeres.

¿Qué pasaba en los segmentos C y D? ¿Hay alguna tendencia importante al pasar de un subtramo a otro en estos segmentos? Los datos nos muestran que, a diferencia del segmento de mayores ingresos, en que el porcentaje de jóvenes trabajando era prácticamente nulo en ambos subtramos, principalmente

porque la mayor parte de su población estudiaba, en los segmentos C y D se da un porcentaje comparativamente mayor de casos que pasan a alguna de las categorías que implican una relación con el trabajo. Sin embargo, entre ellos hay diferencias que son importantes.

Cuadro 7

Condición de actividad por subtramos de edad y segmentos C y D

Actividad	Segmento/Edad			
	C		D	
	16-18	19-20	16-18	19-20
Estudia	87,6	54,1	57,0	20,6
Trabaja y estudia	3,7	5,4	13,0	5,1
Trabaja	2,8	15,9	9,1	20,6
Busca trabajo 1ª vez	0,8	5,6	3,5	0,9
Busca trabajo	0,7	7,9	7,5	1,9
No estudia ni trabaja	1,1	5,8	5,9	2,4
Dueña de casa	1,6	4,5	4,0	48,5

Fuente: Elaboración propia con base a datos II Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 1997).

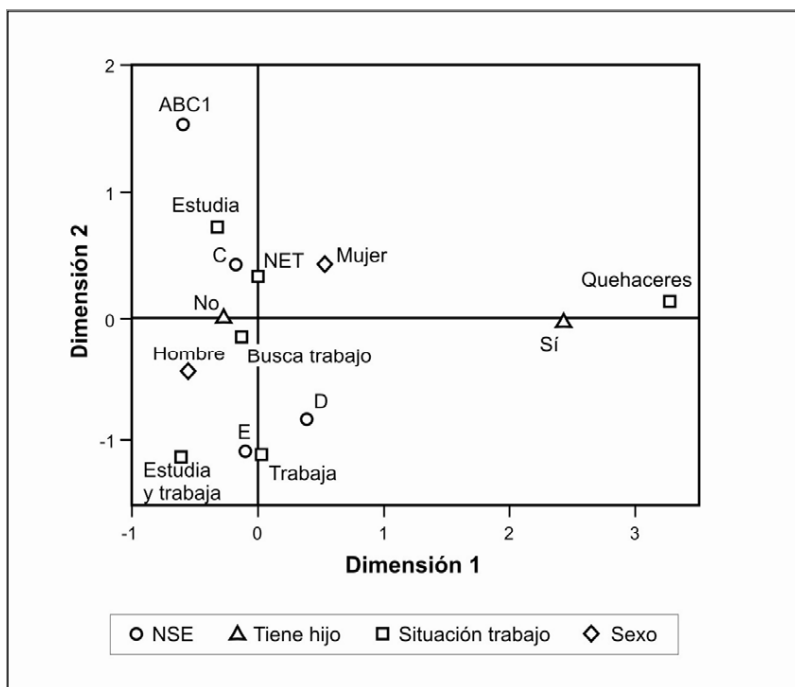
En el segmento C, suben poco, pero suben los que estudian y trabajan, los que buscan trabajo por primera vez y los que no trabajaban pero estaban buscando, suben un poco más los que se dedicaban a labores de hogar, y suben significativamente los que solamente trabajaban. Sin embargo, aunque bajan su porcentaje en cerca de un 30%, los que solamente estudian seguían representando la proporción más importante. En el segmento D, no. A diferencia del C, no sube sino que baja el porcentaje de los que estudiaban y trabajaban al mismo tiempo, de los desempleados y de los que ni estudiaban ni trabajaban. Pero son dos los puntos más relevantes que definen la particular situación del segmento D. El primero es que éste era el único segmento en que al pasar al tramo entre 19 y 20 años se producía un empate entre los que estudiaban y los que trabajaban. El segundo es que registra un notorio aumento en la categoría de

los que se dedicaban a labores de casa hasta convertirse en la situación con más alto porcentaje.

Estos datos son importantes porque nos ayudan a completar un cuadro que había quedado abierto desde cuando intentamos ver qué ocurría al terminar la secundaria. En ese momento, concentrados solamente en el tipo de estudios, pudimos ver que en los segmentos de más altos ingresos había mayor continuidad entre la secundaria y los estudios superiores, principalmente universitarios, y que esa continuidad se iba diluyendo en la medida que se pasaba a los segmentos de menos recursos. Ahora pudimos ver hacia dónde desembocaba esa población que no seguía estudiando. Aquí son dos cosas las importantes. La primera es solamente ratificar que para la mayor parte de los jóvenes de estos dos segmentos, más para los del D que del C, al pasar los 18 años se les produjo un quiebre en su trayectoria escolar, tendencia que domina incluso a pesar que en ambos segmentos quedara una proporción de casos que todavía a los 19 ó 20 años no terminaba la secundaria. La segunda es que ese mismo quiebre implicó que la población de estos segmentos se distribuyera en una variedad de nuevas condiciones, o parafraseando a Bourdieu, que se diversificaran sus *estrategias de reproducción*, a diferencia del segmento con mayores recursos, en que el dominio de los estudiantes es claro y prácticamente no hay población en otra categoría.

¿Bastaba solamente el factor socioeconómico para explicar estas diferencias o había otros elementos que también incidían? Veamos la información que arroja un análisis de correspondencias si consideremos la situación de actividad, el sexo, el nivel socioeconómico y la tenencia de hijos, y tomamos como referencia solamente a la población entre 19 y 20 años. El resultado de este procesamiento nos aporta un dato relevante: que la relación que más explica la distribución de los casos es la que se daba entre la situación de actividad y la tenencia de hijos.

Gráfico 10
Correspondencias múltiples entre condición de actividad,
tenencia de hijos, NSE y sexo. Población 19-20 años, 1997



Fuente: Elaboración propia con base a datos II Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 1997).

La relación se expresa en la *dimensión 1* del gráfico 10. Ahí podemos observar que la relación más estrecha y evidente se produce entre quienes tenían hijos con la categoría de dueña de casa, una situación que se asociaba fundamentalmente a las mujeres y al segmento D, que es el único que aparece en el cuadrante de la derecha. La situación de quienes no tenían hijos, por su parte, era mucho más variada y estaban relativamente cerca de las distintas categorías relacionadas con el trabajo y con los estudios. La *dimensión 2* grafica la relación entre las distintas categorías de situación de actividad, de nivel socioeco-

nómico y sexo, aunque fundamentalmente de las dos primeras variables. Aquí podemos ver una diferencia importante entre los segmentos C y D: mientras los jóvenes entre 19 y 20 años del primero presentaban una mayor cercanía respecto a las categorías de los que estudiaban y de los que no estudiaban ni trabajaban (NET), en el caso del segmento D la mayor cercanía es con los que trabajaban y los que trabajaban y estudiaban al mismo tiempo, en una posición que se acerca claramente al segmento E y que está lejos del C.

Estos últimos datos nos sirven para armarnos una idea de los elementos que estaban definiendo la situación de nuestra población objetivo en su relación con el trabajo. La trayectoria la podemos continuar con los datos de la siguiente encuesta. Valga la reiteración: es el año 2000 y la cohorte corresponde a la población entre 19 y 23 años. Al llegar a este punto de la trayectoria de la cohorte, lo primero es que la principal condición deja de ser la de estudiante y pasa a ser la de trabajador: de representar al 10,5%, los que trabajaban pasaron a representar al 37,7% de la cohorte, cuatro por ciento más que el 33,8% que declaraba que su principal actividad era la de estudiante. Y si a ese 37,7% le sumamos el 12,8% que se declaraba cesante, el 2,2% que buscaba trabajo por primera vez, y el 0,3% que trabajaba sin remuneración, llegamos a un 55% que estaba de una u otra manera ligado al trabajo. Eso sin contar el 10,5% que se dedicaba a labores del hogar.

¿Qué tendencias se pueden observar en los jóvenes de los segmentos C y D pasados estos tres años? La primera es que en ese momento éstos eran los dos sectores de la cohorte que presentaban las mayores proporciones de casos que venían ligando su trayectoria al trabajo, sobre todo en el D, en que casi la mitad de su población entre 19 y 23 años estaba ligada al trabajo, un 14% más que el segmento C en la misma condición.

En este último segmento, si bien la proporción de casos estudiando superaba a la que estaba efectivamente trabajando, si a esta última le sumamos la población que estaba cesante y la que buscaba trabajo por primera vez, resulta que también en este

segmento el trabajo se había convertido en el principal eje de actividad. Incluso en ambos segmentos había un porcentaje no menor de casos —21,8% en el C y 16,4% en el D— que aunque estaba estudiando, de todas formas consideraba al trabajo como su principal actividad, probablemente debido a que trabajaban de día y estudiaban en horario vespertino. De todos modos la mayoría de quienes estaban efectivamente trabajando de ambos segmentos lo hacía en un trabajo de tipo dependiente (asalariado), con un régimen de jornada completa y con contrato permanente o indefinido. Las diferencias son menores y se pueden resumir en que en términos de jornada laboral, el segmento D era el que presentaba la tasa más alta de jóvenes trabajando en jornada completa, pero que no pasaba lo mismo respecto a la tasa de trabajo dependiente y con el contrato permanente, que eran más frecuentes en el segmento C.

Con estos datos, ¿es posible afirmar que el trabajo no formaba parte de la vida de estos jóvenes? Nos parece que no, sobre todo para los del segmento D, que venían trabajando desde edades bastante tempranas, algunos desde antes de los 14 años de edad. De alguna manera es sintomático que el desempleo ya formara parte de sus principales preocupaciones y que de hecho fueran los jóvenes de estos dos segmentos quienes más lo nombraban como el principal problema que debía enfrentar la juventud chilena, por sobre otros fenómenos como la delincuencia o el consumo de drogas, por ejemplo. Ahora, para qué querían trabajar o qué sentido le entregaban al trabajo, eso ya es otra cosa. Algo de esto podemos saber viendo cuáles eran las razones que más pesaban para estar trabajando.⁴ ¿Eran las mismas para ambos segmentos? La respuesta es negativa. En ese momento al menos, presentaban algunos matices de dife-

4 También se preguntó por las razones para no estar trabajando, pero preferimos no incluirla en el análisis porque sucedió que pese a ofrecer nueve alternativas de respuesta diferentes, la que concentró el mayor porcentaje de respuesta fue la que indicaba «otra razón», que era la décima opción, lo que nos hace dudar acerca de su utilidad.

rencia. En el caso del segmento C, la razón para trabajar que representaba a más casos era el dinero para gastos personales, y más abajo estaban la mantención de la familia propia y la colaboración con los padres. En el caso del segmento D, la razón más importante era la mantención de la familia propia y luego venía el dinero para gastos personales.

De todos modos, no basta con el nivel socioeconómico para explicar las diferencias de razones para trabajar. Junto a este factor estructural había otras variables que eran tanto o más importantes, fundamentalmente las que se inscriben en el plano de las condiciones de vida personales de los jóvenes. El hecho que vivieran o no en pareja,⁵ y lo que se puede definir como «condición de dependencia», que en el fondo distingue entre aquellos que eran el jefe de hogar o su cónyuge —independientes— de aquellos que vivían en el hogar de sus padres o de otra persona —dependientes—, son dos variables que estaban fuertemente asociadas con el tipo de razón para trabajar, a diferencia del sexo, que no explicaba mayormente las variaciones en los porcentajes de las distintas razones.

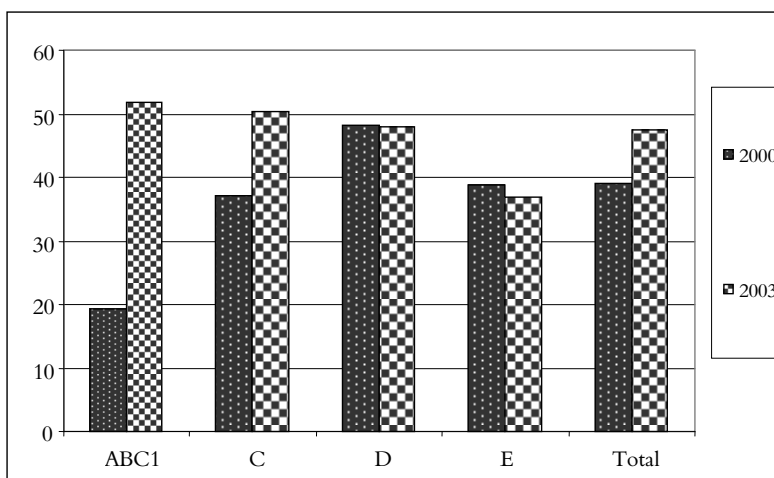
¿Eran estas situaciones que tenían que ver con proyectos personales, o en realidad habría que aceptar que en los segmentos que estamos estudiando ya se estaba produciendo una fisura entre los proyectos personales y la dirección que tomaban sus trayectorias? No nos olvidemos que si había algo que caracterizaba a la cohorte en 1997 era la creencia mayoritaria en que los estudios representaban el primer factor de éxito en la vida. Pues bien, a juzgar por las tendencias, en los segmentos C y D, pero más en el D que en el C, los que estaban logrando cumplir con ese principio no eran muchos. No es que al dejar los estudios dejaran de pensar lo mismo. Por el contrario, es sumamente ilustrativo que la mayoría de quienes se dedicaban a

5 Esta variable la construimos recodificando el estado civil en sólo dos categorías: los que vivían en pareja, que incluye a los casados y convivientes, y los que no vivían en pareja, que incluye solteros, separados, anulados y viudos.

las labores de casa, y que la mayor parte de quienes buscaban trabajo siguieran pensando que los estudios eran lo más importante para tener éxito en la vida. Los únicos grupos en que los estudios no estaban en el primer lugar de importancia era el de los que trabajaban y el de los que estudiaban y trabajaban al mismo tiempo. Para el primero, lo más importante era la constancia y responsabilidad en el trabajo, y para el segundo, la capacidad emprendedora, dos elementos que forman parte de lo que habíamos definido como una ética del trabajo y el emprendimiento.

Tres años después, cuando la cohorte tenía entre 22 y 26 años, el trabajo sigue siendo la principal actividad. No obstante, llegados a este momento ya no son los jóvenes de los segmentos C y D los que declaran en mayor proporción al trabajo como su principal actividad, sino los del E. Es más, si comparamos la tendencia entre las dos mediciones, se observa que los porcentajes de población vinculada al trabajo de los segmentos C y D, aunque aumenta como en todos, lo hace en una magnitud menor que en los segmentos E y AB. Pero lo más interesante es que si bien este último segmento presentaba un porcentaje de jóvenes algo más bajo que en el resto de los segmentos ligado al trabajo, donde se incluye tanto a los que trabajaban como a los que estaban buscando trabajo, era el que mayor porcentaje presentaba efectivamente trabajando. Esta tendencia no deja de ser interesante y se ilustra en el gráfico 11. En él se puede observar que a pesar que sigue siendo la situación más frecuente en los segmentos C y D, se produce una diferencia relevante: mientras la participación en el empleo efectivo del segmento C muestra un aumento, la del D se estanca e incluso baja levemente. Lo más interesante no está en el segmento de mayores recursos, en que la tasa de empleo aumenta notoriamente llegando a igualar o incluso a superar la de los segmentos con menores recursos, seguramente porque a esta edad muchos ya habían concluido sus estudios, que en el segmento de mayores recursos se concentraban en el nivel universitario.

Gráfico 11
 Porcentaje de jóvenes que trabaja por segmento socioeconómico.
 Comparación 2000-2003



Fuente: Elaboración propia con base a datos III y IV Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2000, 2003).

Lo interesante es que ahora que las tasas de jóvenes trabajando crecieron en todos los segmentos, podemos explorar otras dimensiones de la relación con el trabajo que habíamos pasado por alto hasta el momento. En la IV Encuesta se incluyeron varias preguntas que de algún modo entregaban una imagen de conjunto acerca de las condiciones laborales de los jóvenes que estaban trabajando, tanto por la situación laboral como por un conjunto de percepciones evaluativas acerca de sus condiciones de trabajo. En términos de relaciones laborales, la situación generalizada era que la mayoría trabajara en forma dependiente, con jornada completa y contrato indefinido. En estos aspectos la distribución de los segmentos C y D son relativamente similares a las que se daban en los otros segmentos socioeconómicos, y aunque se producen ciertas diferencias, no son muy significativas. Donde sí se notan diferencias significativas es cuando se compa-

ra el cambio entre estas dos encuestas. Si recién notamos que la tasa de empleo para los jóvenes de los segmentos C y D se mantenía relativamente pareja y sin mayores alteraciones entre el año 2000 y el 2003, sus relaciones laborales mostraban un curso similar. Tanto en términos de forma de trabajo como de jornada laboral y situación contractual, los porcentajes entre una y otra medición se mantienen estables, a diferencia del segmento de mayores recursos en que se observa un aumento sumamente notorio en los porcentajes de casos con trabajo dependiente, jornada completa y contrato indefinido, a tal punto que de ser el segmento con menores porcentajes en estos tres aspectos el año 2000, tres años después se había convertido en el que mayor porcentaje de casos presentaba trabajando de manera dependiente y en régimen de jornada completa, y por lejos el que menos casos trabajaba sin ningún tipo de contrato.

Todo parece indicar entonces que si por un lado el segmento AB entra con fuerza al mundo laboral, lo hace en condiciones bastante favorables, con mayor estabilidad y seguridad que estos otros segmentos que venían con una participación en el mundo del trabajo de más larga data. Por eso no es casualidad que la evaluación que hacen respecto de su trabajo sea más positiva que la de los demás segmentos socioeconómicos. En estos últimos el grado de satisfacción con su trabajo era menor que en el segmento de más altos ingresos, una diferencia que se expresa fundamentalmente en tres aspectos: el nivel de ingresos, las condiciones de trabajo y el tipo de trabajo que desempeñaban, pero sobre todo en el nivel de ingresos, en que el grado de satisfacción de los jóvenes del segmento AB que trabajaba superaba el 90%, muy por sobre el porcentaje de satisfechos de los segmentos C y D. Los únicos aspectos en que la diferencia tendía a desaparecer eran la relación con los compañeros de trabajo y la relación con los jefes, aunque esta última en menor grado. No es de extrañar entonces que esta menor satisfacción que sentían los jóvenes de los segmentos C y D se tradujera en una mayor disposición a cambiarse de trabajo, sobre todo en el segmento D.

Cuadro 8

Porcentaje de satisfacción con condiciones laborales e intención de cambiarse de trabajo por segmento socioeconómico, año 2003

Satisfacción laboral	AB	C	D	E
Condiciones laborales	96,8	82,4	74,1	79,8
Tipo de trabajo	99,8	81,2	77,7	72,0
Ingresos	90,7	49,4	44,3	41,7
Intención de cambiar	47,8	56,6	62,4	55,8

Fuente: Elaboración propia con base a IV Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2003)

El punto es que a pesar de estas diferencias, no permiten sostener que haya un grado de asociación estadísticamente fuerte entre el nivel socioeconómico y la intención de cambiarse de trabajo. De hecho el *coeficiente de contingencia*, que mide la fuerza de la relación entre las variables tiene un valor de 0,079, lo que en una escala de 0 a 1 es bastante bajo. Pero si era así, ¿qué otras variables ayudaban a generar este ánimo? Nuestra primera hipótesis fue pensar en las cargas de responsabilidad. Era probable que entre quienes tuvieran hijos, estuvieran casados y/o vivieran en forma independiente hubiera mayor cantidad de casos dispuestos a cambiarse de trabajo que entre quienes no tenía las mismas condiciones vitales. Sin embargo, el resultado de los procesamientos arrojó que no eran éstas las variables más importantes. Tampoco lo era el sexo. Y si no eran esas, ¿cuáles entonces? Finalmente tuvimos que volver a las relaciones estrictamente laborales. Ahí estaban las principales razones que explicaban la intención de cambiarse de trabajo. La primera y más importante era el grado de satisfacción con los ingresos percibidos. Aquí primaba la lógica: *quiénes más pensaban en cambiarse de trabajo eran los insatisfechos con su nivel de ingresos*, que como vimos era una variable asociada al nivel socioeconómico. Le seguían el grado de satisfacción con la jornada laboral, con la relación que tenían con los jefes y con el tipo de jornada laboral. La situación de esta última es curiosa: quienes más querían

cambiarse no eran quienes trabajaban menos, fuera en régimen de media jornada o de otro tipo, sino quienes trabajaban jornada completa. Agrupando los datos y a modo de resumen se puede decir que tras la intención de cambiarse de trabajo estaba la idea de buscar uno que satisficiera mejor las aspiraciones de ingresos, con jornadas más cortas y mejores relaciones al interior del lugar de trabajo.

El problema es que este análisis trabaja con la cohorte en su conjunto y nos arroja información acerca de las variables que influían en la intención de cambiarse o no de trabajo para esa población. Para afinar el análisis conviene que veamos cómo se distribuyen las razones en cada segmento socioeconómico. El cruce entre estas variables nos muestra que en los segmentos C y D, el patrón es prácticamente el mismo. En ambos la razón que más pesaba era buscar un trabajo con mejores ingresos y también en ambos la segunda razón en importancia era la búsqueda de un trabajo compatible con los estudios. En esta razón en específico estos dos segmentos eran los que presentaban más casos, lo que en el fondo refleja la subjetividad de un sector de la juventud que trabajaba y estudiaba al mismo tiempo o que trabajaba, pero que guardaba el anhelo de continuar estudios superiores de algún tipo. De hecho, había una clara relación entre las razones para cambiarse de trabajo y las razones para trabajar, que en este caso específico se traducía en que la intención de cambiarse de trabajo para poder compatibilizarlo de mejor manera con los estudios fuera una respuesta más frecuente entre quienes efectivamente tenían esa necesidad, principalmente los que estudiaban y trabajan al mismo tiempo.

Al comparar las magnitudes de ambos segmentos en las distintas categorías no se observan mayores diferencias, aunque no deja de ser relevante que en el segmento D fuera más alto el porcentaje de casos que se quería cambiar de trabajo para mejorar sus ingresos y para lograr mayor estabilidad, pues en el fondo refleja condiciones laborales algo menos satisfactorias que en el segmento C. También es interesante que en este último

fuera más alto el porcentaje de casos que pensaba cambiarse de trabajo para buscar uno que estuviera más relacionado con sus estudios, una tendencia que seguramente se asocia a la mayor cantidad de jóvenes con estudios superiores en este segmento.

Cuadro 9
*Principal razón por la que le gustaría cambiarse de trabajo
por nivel socioeconómico*

Razones	AB	C	D	E	Total
Mejorar ingresos	20,0	42,9	48,2	52,5	44,9
Más estabilidad	0,0	9,1	14,0	25,6	12,5
Mejor grupo de compañeros	0,0	1,1	0,0	0,0	0,5
Mejor trato por parte del jefe	0,0	1,9	1,0	2,2	1,5
Jornada más corta	23,1	3,4	1,9	0,0	3,5
Más oportunidades de ascender	0,0	6,8	6,1	4,4	5,9
Un trabajo más interesante	0,0	6,5	3,4	3,1	4,5
Conciliar estudio y trabajo	0,0	16,1	17,5	6,1	14,7
Trabajar en lo que estudió	56,9	10,0	4,1	6,0	9,7
Otra razón	0,0	2,1	3,8	0,0	2,5

Fuente: Elaboración propia con base a IV Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2003).

Si contrastamos la distribución de las razones para cambiarse de trabajo que tenían los jóvenes de estos dos segmentos con las del resto de la cohorte, vemos que al menos con el segmento E coincidían en que la primera razón de importancia fuera la mejora de los ingresos, aunque el porcentaje en este caso es aún más alto. Pero respecto del segmento AB la situación era diferente. Entre los jóvenes de este sector la mejora de los ingresos era la razón con menos peso entre las tres que tienen casos. De hecho esa es una de las particularidades de este segmento: solamente tres razones concentran a todos los casos. La más importante de todas, por lejos más que en el resto de los segmentos, era cambiar de trabajo por uno que tuviera más que ver con los estudios, un claro indicador de la diferencia de escolaridad entre

éste y los demás segmentos. También hay una clara diferencia entre el porcentaje de éste y los demás segmentos que se cambiaría de trabajo buscando una jornada laboral más corta.

Todo esto sucedía con los que estaban trabajando. Pero, ¿qué pasaba con los que no estaban trabajando?, ¿cuántos eran?, ¿cuál era su perfil?, ¿por qué no trabajaban? Para empezar tenemos que hacer la diferencia entre los tres grupos en que se reparten quienes no estaban trabajando. El primero es el de los desempleados, que corresponde a quienes no estaban trabajando pero habían trabajado y estaban buscando trabajo. Este grupo representaba al 24,7% de la cohorte, y aunque no presenta un perfil muy claro, sí podemos decir que eran más entre los jóvenes de los segmentos E y D, entre quienes no estudiaban que entre quienes sí, y entre quienes tenían niveles de educación iguales o inferiores a la secundaria completa. No se observa mayor diferencia entre las proporciones de hombres y mujeres, salvo en el caso del segmento D, en que al contrario de los demás segmentos, el porcentaje de mujeres desempleadas superaba al de los hombres. El segundo grupo en que hay casos que no estaban trabajando corresponde a los que habían trabajado alguna vez, pero no estaban trabajando ni pensaban buscar un trabajo. El problema con este grupo —que representaba al 16,6% del total de la cohorte— es que no sabemos con qué frecuencia había trabajado ni hace cuánto tiempo estaba sin trabajo. Sí podemos saber que estaba compuesto principalmente por jóvenes que habían empezado a trabajar estando en edad escolar, personas casadas, principalmente mujeres, aunque sin mayores diferencias entre los segmentos socioeconómicos. El tercer grupo corresponde a los que nunca habían trabajado y tampoco pensaban hacerlo. A esta edad éste era el grupo que a menos población representaba —solamente al 8,3% de la cohorte—, y estaba compuesto principalmente por jóvenes solteros, dependientes residencialmente de sus padres, que estaban cursando estudios superiores y que pertenecían al segmento de más altos recursos.

Hasta cierto punto el hecho que la falta de interés por buscar un trabajo fuera mayor entre los estudiantes y entre los jóvenes de más altos recursos podía ser esperable, más si consideramos que el camino de los estudios suele ser antagónico al del trabajo. Y en efecto así era. Cuando se preguntó por las razones para no buscar trabajo, se producía una diferencia bastante notoria entre los jóvenes de los distintos segmentos socioeconómicos. En el de mayores recursos hay un claro predominio de la imposibilidad de compatibilizar trabajos y estudios como razón para no buscar trabajo. Además, en este segmento había un grupo comparativamente significativo de casos que no buscaba trabajo porque consideraba que no tenía necesidad de hacerlo, una razón que en el resto de los segmentos era bastante más baja. En el caso del segmento C, el peso de los estudios como límite para la búsqueda de trabajo sigue siendo el más importante, pero no tiene la misma potencia que en el anterior segmento, principalmente por la importancia que empieza a adquirir el cuidado de los hijos.

Esta era la razón más determinante para no buscar trabajo en toda la cohorte, pero su peso aumentaba en la medida que se pasaba a los segmentos de menores recursos y era significativamente mayor en los segmentos D y E. Tres años antes la situación era diferente, y el cuidado de los hijos tenía un peso sustantivamente menor para todos los segmentos, sobre todo para el C, en el que pasa de un 4,1% a un 27,8%, mientras que en el D crece de un 14,9% a un 37,3%.

Considerando estos dos puntos, no resulta extraño que los factores que más influían sobre la razón para no buscar trabajo fueran el factor escolar —que incluye el nivel de escolaridad, el hecho de estar o no estudiando y el tipo de estudio que cursaban en ese momento— y la maternidad o paternidad. Lo más lógico sería pensar que por su misma «naturaleza» tuvieran repercusiones diferentes para hombres y mujeres. Y efectivamente así ocurría. Aunque era un poco menos intensa que la relación con el nivel socioeconómico, la razón para no buscar tra-

bajo también mostraba una relación estadísticamente bastante significativa con respecto al sexo.

Cuadro 10
Razones para no buscar trabajo por sexo y nivel socioeconómico

NSE	Razones no buscar trabajo	Hombre	Mujer	Total
AB	Cansado, busca y no encuentra	0,0	0,0	0,0
	No tengo con quien dejar hijos	0,0	39,7	15,4
	Quehaceres del hogar	0,0	1,4	0,5
	No tengo interés en trabajar	16,0	14,6	15,4
	No tengo necesidad de trabajar	21,4	2,6	14,1
	Incompatibilidad estudio/trabajo	62,6	41,7	54,5
C	Cansado, busca y no encuentra	0,2	0,8	0,6
	No tengo con quien dejar hijos	6,5	39,0	27,8
	Quehaceres del hogar	0,0	7,8	5,1
	No tengo interés en trabajar	17,5	21,4	20,0
	No tengo necesidad de trabajar	10,7	6,0	7,6
	Incompatibilidad estudio/trabajo	59,1	20,1	33,5
D	Cansado, busca y no encuentra	0,0	3,7	3,1
	No tengo con quien dejar hijos	4,1	44,8	37,3
	Quehaceres del hogar	12,9	20,3	19,0
	No tengo interés en trabajar	24,7	7,7	10,8
	No tengo necesidad de trabajar	0,0	1,8	1,5
	Incompatibilidad estudio/trabajo	57,7	19,8	26,8
E	Cansado, busca y no encuentra	32,9	3,9	7,7
	No tengo con quien dejar hijos	0,0	49,9	43,3
	Quehaceres del hogar	31,5	22,6	23,8
	No tengo interés en trabajar	0,0	6,5	5,6
	No tengo necesidad de trabajar	0,0	3,9	3,4
	Incompatibilidad estudio/trabajo	27,0	7,3	9,9

Fuente: Elaboración propia con base en IV Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2003).

En el caso de los hombres, la principal razón era la incompatibilidad entre estudios y trabajo seguida por la falta de interés por trabajar, a diferencia de las mujeres, para quienes sus dos principales razones eran no tener a quien delegar el cuidado de sus hijos y los quehaceres del hogar, lo que simplemente servi-

ría para corroborar que ya a esta altura de sus vidas el destino de una parte importante de las mujeres se estaba jugando fuera del trabajo y fuertemente ligado a la vida del hogar, lo que se suele nombrar como el «rol tradicional» de la mujer, que pese al avance de los discursos críticos, se sigue reproduciendo.

La pregunta es si esta diferencia entre hombres y mujeres se daba en todos los segmentos socioeconómicos de la misma forma o si, por el contrario, era posible encontrar algunas diferencias. Si observamos el comportamiento tanto de hombres como de mujeres asoma una tendencia que marca una diferencia importante, y es que mientras en los segmentos C y D —también en el E—, la principal razón para que las mujeres no buscaran trabajo se ajustaba a la tendencia general de la cohorte, con el cuidado de los hijos como primera en importancia y los quehaceres del hogar como complemento, en el segmento con mayores recursos la situación era algo diferente. Este es el único en que las mujeres no buscaban trabajo principalmente por su incompatibilidad con los estudios, lo que de algún modo ayudaba a emparejar su situación con la de los hombres en un grado bastante mayor que en los demás segmentos, en los que esta razón era marcadamente «masculina». De todos modos, los porcentajes de mujeres de los distintos segmentos que no buscaban trabajo por cuidar a sus hijos son bastante similares, con un rango que se mueve entre el 49% —en el segmento E—, y el 39% en el AB, y en todos es claramente superior que el porcentaje de los hombres. La diferencia es que mientras en las mujeres de los sectores medios, medio-bajos y bajos, los quehaceres del hogar también eran una razón importante para no buscar trabajo, en el caso de las mujeres del segmento AB era prácticamente nula. Entre los hombres, por su parte, como ya dijéramos, la principal razón para no buscar trabajo era la incompatibilidad entre trabajo y estudios. Esta tendencia se da en todos los segmentos y en todos es más alta entre los hombres que entre las mujeres, sobre todo en los segmentos C y D. En el segmento de más bajos recursos también se daba esta dife-

rencia, pero en este caso hay una tendencia interesante en su población masculina, que es el alto porcentaje que alcanza el hecho de no buscar trabajo por estar cansado de buscar y no encontrar, al punto que se convierte en la razón de más peso. También es interesante el alto porcentaje que alcanza entre los hombres de este mismo segmento las actividades ligadas al hogar, que en los demás segmentos es comparativamente marginal, un buen reflejo de las dificultades de inserción laboral de estos jóvenes que se ven forzados a permanecer en el hogar ante la inactividad. De hecho es entre los jóvenes de estos sectores que había menos casos que no buscaban trabajo por falta de necesidad o desinterés.

Llegamos finalmente a la situación más actualizada de la cohorte. Es el año 2006 y la cohorte tiene entre 25 y 29 años. A esta altura de sus vidas la mayor parte de los jóvenes de la cohorte se encuentran trabajando. Queda solamente un 6,5% que nunca ha trabajado, principalmente mujeres de los segmentos D y E. En todos los demás segmentos la gran mayoría cuenta con experiencia laboral. De hecho, si comparamos la situación de la cohorte con la de los tramos etarios de menor edad, podemos ver que es el sector de la juventud con la mayor proporción de casos trabajando. Sin embargo, hay un dato que llama la atención y es que si bien la mayoría se dedica a trabajar, entre los jóvenes de la cohorte también se da el mayor porcentaje de casos que no estudia ni trabaja, la segunda situación más común después del trabajo, lo que significó un incremento de un 3% respecto a tres años antes, y a la vez un cambio en el patrón de distribución si tenemos en cuenta que la segunda en importancia en ese entonces era estar trabajando y estudiando al mismo tiempo.

Cuadro 11
Situación de actividad por segmento socioeconómico, año 2006

Actividad	AB	C	D	E	Total
Estudia y trabaja	12,6	14,6	6,2	5,8	11,3
Estudia	15,1	7,0	2,7	5,1	6,5
Trabaja	63,1	66,1	65,1	65,8	65,5
No estudia ni trabaja	9,2	12,2	26,1	23,3	16,7

Fuente: Elaboración propia con base en V Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006).

Respecto a los segmentos C y D, si bien en ambos la proporción de casos que se dedica al trabajo como principal actividad tiene niveles prácticamente iguales, hay dos categorías en las que se diferencian. La primera corresponde a la de quienes estudian y trabajan al mismo tiempo, en que hay una diferencia cercana al 8% a favor del segmento C. La segunda se produce en la categoría de quienes no estudian ni trabajan, que es poco más del doble más alta en el segmento D que en el C. De hecho la distribución en esta categoría muestra un incremento bastante evidente en la medida que se pasa de los segmentos de mayores a los de menores recursos, lo que estaría indicando una situación de inactividad que en el fondo reflejaría el movimiento de un sector de la población joven que emprende una retirada ante las dificultades para insertarse o quizá mantenerse en el mundo del trabajo, una afirmación que queda en evidencia al comparar los porcentajes en esta misma categoría pero de tres años antes: mientras en los segmentos AB y C prácticamente no se alteran, en el segmento D y el E se incrementan notoriamente: pasan del 14,1% al 26,1 en el D, y del 18,1% al 23,3% en el E.

¿Qué otras características ayudan a definir el perfil de este grupo específico? Los resultados de un conjunto de procesamientos nos señalan al menos dos características más. La primera es que se trata fundamentalmente de mujeres. En todos los segmentos, incluso en los de mayores recursos, la proporción de mujeres inactivas supera largamente al porcentaje de

hombres en la misma categoría. Lo más lógico sería pensar que las diferencias se debieran a la maternidad, pero los datos muestran que a diferencia de lo que sucedía anteriormente, llegados a este momento la inactividad no guarda mayor relación con la tenencia o no de hijos, ni siquiera entre las mujeres, pues el porcentaje de mujeres inactivas que son madres es prácticamente igual al de las inactivas que no tienen hijos.

Otra característica que aporta un rasgo al perfil de los inactivos es el nivel de escolaridad. Se produce una relación estadísticamente significativa entre el tipo de estudios y el tipo de actividad entre los jóvenes de la cohorte, que en el caso específico del grupo de inactivos permitiría ver que se trata mayoritariamente de jóvenes que solamente completaron y/o dejaron incompletos sus doce años de escolaridad. Esto no significa que la población con escolaridad secundaria o más baja no trabaje; por el contrario, en este grupo la proporción de casos que declara al trabajo como su principal actividad llega al 70%, un porcentaje que supera el 66% de quienes tienen estudios profesionales y al 52,6% de quienes tienen estudios universitarios. Pero tan cierto como lo anterior es que entre quienes tienen menos escolaridad es significativamente más alto el porcentaje de casos que no estudia ni trabaja.

¿Qué pasaba con la trayectoria laboral de los jóvenes de los segmentos C y D? Si los consideramos en su conjunto, hay un hecho importante que marca una diferencia entre las trayectorias colectivas de estos dos segmentos. El cuadro nos muestra que en las dos primeras mediciones los segmentos C y D mostraban tendencias más o menos similares: eran los que más población tenían trabajando, sobre todo el segmento D. Pero al llegar al 2003 se producía una diferencia que ya vimos anteriormente: mientras en el segmento C seguía creciendo la población con trabajo y su situación en términos de empleo se comienza a asimilar a la del segmento con mayores recursos, en el D se producía un estancamiento e incluso era sobrepasada por la irrupción de los jóvenes de los segmentos C y AB. La

situación actual no es más que la extensión de esas tendencias. Si nos fijamos en el segmento C, podemos ver que el incremento en su proporción de jóvenes con trabajo sigue creciendo, mientras que en el segmento D la situación sigue estancada. De hecho, de representar el sector de la cohorte que mayor participación tenía en el trabajo, pasa a quedar relegado a una situación muy similar a la del segmento con menores recursos, y eso pese a que su tasa de casos desempleados y que buscan trabajo sigue la misma tendencia a la baja que caracteriza al conjunto de la cohorte.

Cuadro 12
Tasa de empleo y desempleo por nivel socioeconómico
Serie 1997,2000, 2003, 2006

Actividad	Año	AB	C	D	E	Total
Trabaja	1997	0,0	7,4	15,0	12,2	10,5
	2000	19,2	37,1	48,1	38,8	39,0
	2003	51,8	50,3	47,9	36,8	47,4
	2006	66,0	65,1	48,9	44,6	59,0
Desempleado/ busca trabajo	1997	1,4	5,4	6,8	9,1	6,2
	2000	3,3	15,9	21,5	6,9	16,6
	2003	13,7	20,5	29,6	39,5	24,7
	2006	7,4	15,4	22,3	26,8	17,4

Fuente: Elaboración propia con base en Serie de Encuestas Nacionales de Juventud, años 1997, 2000, 2003, 2006.

¿A qué se puede deber esta diferencia que adquiere la trayectoria laboral de los jóvenes de los segmentos C y D? Responder a esta pregunta no es nada fácil. Tras convertir las distintas categorías de respuesta de la situación laboral en una variable dicotómica que diferencia a los que están trabajando de los que no, y luego de programar un conjunto de cruces entre esta nueva variable y distintas variables de caracterización, no encontramos ninguna variable que guardara una relación realmente significativa con la situación laboral. Si en un momento el hecho de

tener hijos guardaba una estrecha relación con la situación laboral, llegados a este momento pierde toda relevancia.

Tampoco influyen el estado civil, el nivel de escolaridad ni el tipo de estudios. Y es que el hecho mismo de estar trabajando sea la situación más extendida diluye el peso que pudieran tener todas estas variables. La única que en este momento guarda una relación algo más significativa con el hecho de estar o no trabajando es el sexo. Ya vimos que en la población inactiva había una diferencia importante entre hombres y mujeres. Pues bien, esa diferencia tiene su correlato en una menor participación de la mujer en el mundo del trabajo. Si bien llegados a este punto el porcentaje de casos con trabajo sube en hombres y mujeres, y si bien en la población femenina representa la condición más extendida, se mantiene e incluso aumenta la brecha de participación en el empleo entre estos grupos. En el 2003, el porcentaje de hombres efectivamente trabajando representaba al 60,2%, frente al 35,4% de las mujeres, lo que significaba una diferencia de 24,8%. En el 2006, mientras el porcentaje de hombres trabajando aumenta al 73,2%, el de las mujeres llega al 44,7%, lo que se traduce en una brecha de 28,5%.

¿Había una diferencia entre la situación de hombres y mujeres que dependiera de la situación socioeconómica? La respuesta es que sí la había. Si revisamos los datos que aparecen en el cuadro 13, vemos que en todos los segmentos hay una diferencia en el porcentaje de hombres y mujeres que están trabajando, pero su magnitud y la significación estadística de esa diferencia se va haciendo más marcada en la medida que se pasa de los segmentos con más a los con menos recursos. En el caso del segmento de mayores recursos, prácticamente no hay diferencia en los porcentajes de hombres y mujeres que están trabajando. La diferencia se comienza a hacer notar a partir del segmento C, aunque en este caso todavía la mayor parte de las mujeres está con trabajo. Pero ya al pasar al segmento D, la diferencia se hace significativa y se profundiza al llegar al sector de más bajos recursos. La diferencia entre los segmentos so-

cioeconómicos también se nota en la evolución de la tasa de empleo de estos dos grupos de población en cada segmento. Si comparamos el movimiento de la tasa de empleo del segmento C entre las últimas dos mediciones, podemos ver que tanto la proporción de hombres como de mujeres trabajando crece notoriamente y en un grado bastante similar. Pero en el segmento D, el porcentaje de hombres trabajando aumenta levemente y el de mujeres experimenta un retroceso de un 1,1%.

Cuadro 13
Población trabajando por sexo y nivel socioeconómico
Serie 2003-2006

NSE	Año	Hombre	Mujer	Total
AB	2003	54,9	46,1	51,8
	2006	64,4	68,1	70,2
C	2003	59,4	41,5	50,3
	2006	76,4	53,6	65,3
D	2003	67,9	32,2	47,9
	2006	69,6	31,2	48,9
E	2003	48,9	24,2	36,8
	2006	76,4	24,2	45,2

Fuente: Elaboración propia con base a IV y V Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2003, 2006).

¿Qué pasaba con las razones para trabajar? Si consideramos al total de la cohorte, encontramos que al igual que tres años antes, las dos principales razones para trabajar eran la mantención de la familia propia y el hecho de tener dinero para los gastos personales. Lo relevante es que mientras esta última mantiene o incluso pierde relevancia, la mantención de la familia propia la incrementa, y lo hace en todos los segmentos al punto que adquiere una transversalidad que no tiene ninguna otra razón para trabajar. Otra razón que aumenta su importancia es el mantenerse a sí mismo, pero aquí se produce una diferencia importante entre los segmentos socioeconómicos: mientras en

el segmento C y D el porcentaje en esta razón desciende, en el E y sobre todo en el AB, se produce un incremento significativo. De hecho en este último se convierte en la segunda razón en importancia, en un claro indicador que en este segmento hay una mayor cantidad de jóvenes que emigra de su hogar para vivir solo. Para los jóvenes del segmento D la situación es diferente si tenemos en cuenta que tienen como segunda razón para trabajar la colaboración con los gastos de mantención del hogar de sus padres.

Lo complejo es que este estancamiento en los niveles de participación laboral de los jóvenes del segmento D está lejos de expresar una falta de interés por el trabajo. De hecho, en este segmento había un porcentaje bastante importante de casos que está buscando trabajo, incluyendo casos de desempleados y de otros que buscan trabajo por primera vez. Al mismo tiempo, si revisamos las razones para que no estén trabajando resulta que, si bien la principal razón para no buscar trabajo sigue siendo el cuidado de los hijos, solamente un 6,3% de los jóvenes de este segmento dice que no busca trabajo porque en realidad no le interesa trabajar, un porcentaje que está bastante por debajo del 15,8% del segmento C que se ubica en esta misma categoría, y más distante todavía del 22,9% del AB. Además, a diferencia del segmento C, en que el porcentaje se mantiene e incluso aumenta, este 6,3% implica una pérdida de importancia del orden del 3,5% respecto a la posición que habían mostrado los jóvenes del mismo segmento D en la anterior medición. Tampoco se trata que en este segmento el trabajo sea incompatible con los estudios. De hecho solamente un 8,8% está estudiando, y de ellos casi todos tratan de completar su educación obligatoria, lo que generalmente se realiza en horarios que son compatibles con el trabajo. Y por último, tampoco se trata que no necesiten trabajar. Al contrario, sólo un 2,5% dice que no busca trabajo porque no lo necesita. Incluso más, junto a los jóvenes del segmento E, los del segmento D son los que presentan el porcentaje más alto de casos que al leer varias

frases relacionadas con el trabajo, la que más los identifica es que se encuentran tan necesitados que estarían dispuestos a trabajar en cualquier cosa. Las diferencias en este punto respecto a los jóvenes del segmento C son varias. En este caso la frase que más los representa es que están esperando un trabajo con un buen sueldo, aunque también es importante el porcentaje del grupo que espera encontrar un trabajo que le guste y del grupo que necesita trabajar para seguir estudiando, una respuesta que en el segmento D es la que menos parte de su población representa.

Este último punto nos parece importante pues en el fondo expresa que en su trayectoria los jóvenes de los distintos sectores de la sociedad han venido construyendo formas de ver el mundo del trabajo que son diferentes y que se encuentran socialmente determinadas. No es casual que la frase que más identifica a los jóvenes del segmento AB es que esperan encontrar un trabajo relacionado con sus estudios, y que también presenten el más alto porcentaje de casos que espera encontrar un trabajo que sea de su gusto. Y eso a pesar que cuando se les pregunta por la relación entre su trabajo y el tipo de estudios que siguió, las respuestas afirmativas los ubican a una distancia considerable respecto de los segmentos C y D. Tampoco es casual que la principal razón para cambiarse de trabajo que esgrimen los jóvenes de los segmentos C y D sea por lejos la posibilidad de conseguir un mejor ingreso, con un 67,7% y un 73,7%, respectivamente. De hecho, cuando se les pregunta por el grado de satisfacción de su trabajo y se toca el factor ingresos, el grado de satisfacción es menor que en el segmento de mayores recursos. También es menor la satisfacción de estos segmentos en lo que concierne al tipo de trabajo y las condiciones laborales si la comparamos con la satisfacción que muestran los jóvenes del segmento de mayores recursos. Estas son las mismas diferencias que se daban tres años antes, lo que demuestra que en líneas generales las condiciones laborales siguen siendo las mismas para los jóvenes de todos los sectores. Lo curioso es

que a pesar que en líneas generales su satisfacción con el empleo es menor, a pesar que la mayoría trabaja en algo que no tiene nada que ver con lo que estudió, a pesar que los que consiguieron niveles de estudios superiores representan una fracción relativamente pequeña y comparativamente bastante menor que en el segmento de mayores recursos, cuando se les pregunta por cómo creen que van a estar en cinco años más, que en el fondo equivale a preguntar por la visión sobre el futuro, los jóvenes de estos segmentos muestran un grado de optimismo tan alto como el de los jóvenes de los segmentos de mayores recursos.

CAPÍTULO V
LOS TRAYECTOS:
DISTINTOS CAMINOS, DISTINTAS MIRADAS

LOS TRAYECTOS: DISTINTOS CAMINOS, DISTINTAS MIRADAS

TODO LO INCLUIDO en la revisión de las encuestas nacionales de juventud es solamente un intento de aproximación a lo que ha sido el trayecto de la población objetivo de este estudio. Asumiendo todas las limitaciones que implica trabajar en base a encuestas, este ejercicio aportó varios antecedentes para armar una imagen sobre los jóvenes de estos dos segmentos socioeconómicos. En el recorrido se pudo observar que en varios puntos de su trayectoria los jóvenes del segmento C y D mostraban porcentajes y tendencias parecidas; pero también que en la medida que avanzaban en edad se iban produciendo diferencias que terminaban distanciando el sentido de las trayectorias colectivas en todos los ámbitos: los estudios, el trabajo y las situaciones personales de vida.

El límite de este análisis es que impide captar de manera más fina las razones que han venido articulando los trayectos. Dicho de otro modo, el análisis de los datos de las encuestas permite aproximaciones estadísticas basadas en la frecuencia de respuesta a cada una de las categorías que el propio investigador incluye en cada ítem. El sujeto habla sólo a través de lo que el investigador supone y propone como alternativas de respuesta posible, pero el sentido de su argumento queda mudo.

Para resolver en parte estos límites se realizó una serie de entrevistas en profundidad. Las entrevistas en profundidad son una técnica de investigación social que permite reconstruir las historias de vida de los entrevistados por medio de su propio

relato. Con esas historias se pudo acceder a las razones que llevan a decidir un camino, el sentido de las búsquedas que han emprendido, los límites que han encontrado y sus múltiples conexiones con las situaciones particulares que cada uno ha venido enfrentando en su vida. Pero también a los sueños y planes para el futuro, y los sentimientos que genera.

1. CÉSAR, SANTIAGO

Mi nombre es César. Vivo en Recoleta. Tengo 26 años. Trabajo como informático. Estudié técnico en programación en el liceo. Eso fue un gran apoyo para mí. Es como la gran base que tuve para llegar donde estoy. Lástima que la carrera la sacaron. Ahora no está y hay que meterse en un instituto y se pierde más tiempo. Antes no. De la escuela uno ya salía con ese título de técnico y se afirmaba bien en cualquier trabajo.

Si me preguntan por qué elegí esa carrera, la verdad diría que por esas campañas que hacen los liceos, que llegan cuando uno está en octavo año básico y te llevan a hacer visitas y cosas así. Cuando fui, mi carrera fue como la que más me llamó la atención. Al'tiro me interesaron los computadores. Yo soñaba con tener un computador enfrente, y lo primero que te muestran en ese instituto son las salas, los laboratorios. Lo otro era mecánica. Pero no, preferí programación.

Yo tenía que elegir en ese momento, porque mis papás no me podían dar la posibilidad de seguir estudios superiores. Para eso tenía que trabajar. Por eso siempre tuve en mente los estudios técnicos. Es que es mejor tener una base para salir al campo laboral. El científico es más para la gente que quiere estudiar en la universidad, y como yo no tenía los medios ¿qué sacaba? La decisión la tomé yo. Mis papás nunca me dijeron lo que estudiar. Siempre mi papá me dice que es analfabeto, que él no sabe mucho, entonces no se mete mucho en estas cosas. Tiene un taller de calzado, ahí está su cuento. No cacha mucho del sistema. Lo que sí tiene muy claro es que la persona tiene que

estudiar. Siempre me dijo: *si quieres ser otro, tener un buen futuro y cosas así, tienes que estudiar y estudiar*. Sobre qué estudiar, de eso no tiene idea.

Cuando estaba en la enseñanza media con mis compañeros del liceo siempre trabajamos en los supermercados. Típico, de empaquetador. Habré tenido unos 16 años. De todas maneras nunca pensé dejar de estudiar. Siempre valorábamos más los estudios. Igual era complicado. Llegaba del trabajo y a estudiar. Tenía que andar corriendo, llegaba cansado, todo sudado, de repente no alcanzaba a estudiar para las pruebas, todo se complicaba, pero con un poquito de esfuerzo se puede. Soñaba con llegar a ser gerente y tener tremenda oficina, trabajar en una gran empresa. Era como el sueño de todos: ser uno de los mejores en programación. Pero para eso se necesitan hartos estudios. Ser ingeniero. En ese momento tenía muchos sueños, pero al momento de salir no fue tan así la cosa. Me di cuenta que con suerte uno encuentra un buen trabajo donde paguen bien. Con mis compañeros pensábamos que iba a ser súper fácil encontrar trabajo, que en una empresa uno iba a estar bien catalogado y que iba a hacer hartas cosas. Pero al final nunca fue así, porque a los que salen del liceo siempre los tienen de ayudantes de algo. Ése era en realidad el futuro. Al final siempre hay que empezar de abajo. Aparte que siempre uno anda como medio atrasado en la tecnología, le enseñan una cuestión que ya pasó de moda y cuando sale recién del cuarto año medio a buscar trabajo los sistemas que están trabajando ya son otros. Se empieza como de cero de nuevo. Por eso cuando salí de cuarto medio supe que tenía que seguir actualizándome. Entonces mi idea era entrar a trabajar y poder estudiar. Si hubiera tenido la suerte de solamente estudiar, feliz, pero no se pudo. Si quería, había que trabajar y estudiar no más. Yo lo tenía bien claro desde un principio.

El último año de la enseñanza media me puse a trabajar en la construcción. Veía que la remuneración era mucho más alta ahí, por eso me interesó. Eso era lo mejor: la plata. Después,

cuando salí de la enseñanza media, mi ingreso al mundo del trabajo fue como un poco tenebroso. Yo salí el 1998, teniendo 18 ó 19, por ahí. Ahí me di un año sabático. En realidad no estuve descansando; estuve trabajando en otras leseras. Es que tenía la idea de meterme a la fuerza aérea. Estaba interesado en irme por ese camino. En ese año estuve haciendo las postulaciones y leseras raras, pero tanto que lesí para meterme a esa cuestión que me tiraron el cable a tierra y vi que no era posible. Por eso perdí ese año. Después de eso busqué la práctica y empecé a trabajar. Eso fue como a los 19, 20 años.

La práctica fue como ir a la guillotina porque no sabía a qué me iba a enfrentar. Cuando fui a pedir al primer trabajo estaban usando unos sistemas de computación que jamás había visto, entonces el apoyo de los jefes igual fue súper bueno, bien estricto eso sí. La enseñanza media te da como la base, la cosa pequeña, pero cuando sales, es todo distinto. En informática, la base es la misma para todos, lo que cambian son los medios con los que tú trabajas. A nosotros nos enseñaron a trabajar a puro comando, y cuando llegas al trabajo son puras ventanitas bonitas que te alivianan la pega. Es complicado, aunque la gente igual te ayuda.

Tuve una práctica de 6 meses que me tocó en el ejército. Ahí aprendí muchísimo. Aparte de programar, aprendí a arreglar computadores, ver todo lo que son las redes, toda el área de la informática que uno desconocía. Después de terminar esa práctica, estuve cesante como dos semanas, pero las mismas personas con quienes estuve trabajando en el ejército me dieron un dato de un servicio técnico. Como ya sabía algo de eso y como para ese taller no se requerían tantos conocimientos, me llevaron a mí. Ahí estuve como dos años trabajando. También aprendí bastante. En el servicio técnico trabajaban con la tecnología al día. Eso era lo mejor. Los últimos computadores estaban ahí. Armaba lo último que había salido al mercado. A veces me pasaba que no tenía idea cómo se hacía. Por eso al principio trabajaba con un técnico para que me fuera enseñando, pero ya

después se fue haciendo común para mí, como un poco monótono porque ya aunque fueran muy nuevos, se configuran igual.

Mientras estaba en el servicio técnico me metí a estudiar en el DUOC. De ahí me ofrecieron volver a trabajar al ejército. Me llamaron y me fui al tiro. Me pagaban más y yo necesitaba más remuneración porque ahí también estaba estudiando y no me alcanzaba. Y si te ofrecen más, ahí hay que puro ir. Lo malo es que cuando entré a trabajar al ejército tuve que terminar mi carrera en el DUOC. Todo cambio tiene sus dificultades y el cambio de irme al ejército era el que me salía más caro, porque no alcanzaba a llegar al instituto, así que me tuve que retirar. Estuve seis meses y de ahí volví a otro lugar ¡Lesié como 4 meses entre pruebas y leseras para entrar al ejército y estuve seis meses y me fui! Es que me ofrecieron otro trabajo. He tenido suerte en ese aspecto. En los mismos lugares en que he trabajado me han dado los datos. No sé, será que soy empeñoso, la gente lo nota y... qué sé yo, les gusta como trabajo. Así me han salido todos los trabajos. Lo bueno que han sido de menor a mayor. Ojalá que no sea al revés.

Ese nuevo trabajo era en el instituto francés. Aquí estoy hoy día. Me dan la posibilidad de poder estudiar también una carrera nueva, y eso es lo que estoy haciendo ahora. Empecé desde cero. Antes estudiaba administración de redes y ahora estoy en ingeniería en informática. Igual es para mejor. Administración de redes eran dos años, pero no era una carrera tan interesante monetariamente. En cambio ingeniería... Todo el mundo habla que ingeniería es lo mejor, por eso estoy ahí. Si me dijeran que capacitarse sería lo mejor, me metería por capacitación. No me interesa mucho tener un título. Lo veo más por la parte monetaria. *La plata me mueve, esa es la verdad.* No saco nada con querer tener tantos títulos si al final las remuneraciones a futuro no van a ser muy buenas. Por eso escogí ingeniería. Todas las veces que me he cambiado de trabajo siempre ha sido por más dinero... Bueno, por más trabajo también, porque aquí en el instituto ser informático cubre todo, y ese

era un desafío también. Antes yo solamente hacía mantenciones de PC, revisar equipos y ver las redes, pero ahora no, ahora tengo que ver páginas WEB, servidores, equipo, ayudar al usuario, hartas cosas. Entonces, aparte del dinero que me pagan, que es bueno, fue interesante poder hacer de todo un poco, algo que desconocía. Páginas WEB nunca había visto y ahora las veo constantemente, y esto también me puede servir para otro trabajo en caso de que me ofrezcan.

El trabajo en el que estoy ahora es bien flexible. Si llego tarde, no me molestan. Lo que sí, no me pagan horas extras. Pero no me quejo. El trato es bueno, los jefes no me hinchan tanto, me dejan trabajar tranquilo, si tengo que comprar algo que necesito, no me cuestionan tanto y eso me gusta.

La gente está conforme con lo que hago. Todo lo que me han pedido lo he hecho. Nada me ha quedado grande. Entonces más me valoran, porque mi disponibilidad está en todo momento. Siempre me quedo, siempre hago trabajos, hago cosas que a veces no me corresponden. Pienso que estoy bien catalogado. A parte que ahora estoy estudiando, la gente dice ise está capacitando! Me ven con otra cara. Además que no puedo darme el lujo de buscar otro lugar para después estar empezando con meses de prueba, estar adaptándome, aprendiendo cosas nuevas que vamos a ver si al jefe le gusta como lo hago, qué se yo. Creo que estoy bien, hasta el momento creo que estoy bien estable y cambiarme no lo veo como muy pronto. Por el momento el sentido de mi trabajo es mantenerme económicamente no más, no ser feliz en lo que hago. Más me interesa ganar más que estar feliz con lo que hago. Tal vez estar feliz sería trabajar en el campo, trabajando la tierra, pero a lo mejor no me daría el dinero que necesito ahora. Más el dinero que estar capacitándome y ser feliz con lo que hago.

Lo primero que quiero hacer es estudiar mi carrera de ingeniería para tener un desahogo, y no tener tanto problema cuando busque algo nuevo. Ya al terminar tal vez empezaría a buscar lo que me dejaría conforme, pero prefiero primero te-

ner algo estable, un título que me dé confianza. *Después me pongo a investigar qué es lo que me hace feliz.* Capaz que siendo *barman* sea feliz, pero no estoy dispuesto en estos momentos a averiguarlo. Lo que pienso es que tengo que terminar de estudiar primero para buscar otro trabajo. Todavía estoy estudiando, lo que me pagan es bueno, lo que hago es interesante y si me cambiara de trabajo con las capacitaciones y los estudios que tengo es difícil que me paguen lo que me pagan ahora y no creo que pueda hacer tampoco lo que estoy haciendo. Por eso cambiarme lo veo difícil. Me gustaría, pero lo veo difícil. Más adelante igual me gustaría cambiarme. Es que la verdad veo que en el lugar que estoy ya no puedo crecer más de lo que soy ahora. A mí me gustaría, no sé, tener más responsabilidades, trabajar con cosas más actualizadas, con personas que sepan mucho más. Y es raro, porque ahora, más que por el dinero, me gustaría cambiarme para aprender más, porque en lo que hago ya sé harto, pero me gustaría conocer herramientas nuevas, cosas que desconozco. Uno va a otros trabajos donde tienen millones de servidores o cuestiones raras que te nombran y uno no sabe nada de eso porque donde estoy tengo dos servidores, un computador y listo, cuestiones muy básicas. Entonces la idea ahora es que me gustaría cambiarme a otro trabajo.

Lo que no sé es si seguir estudiando después de terminar la ingeniería. Voy a salir como con 31 años y no veo que las posibilidades de trabajo a los 30 sean muy buenas, entonces no habría para qué seguir estudiando tanto. Aunque siempre te dicen que es bueno, pero yo no lo veo así. Si agarro un buen trabajo haría capacitaciones cortas, pero estudios de postgrados y cosas así lo veo más difícil. He hecho varias capacitaciones que me han servido bastante para estar donde estoy por las herramientas que me han dado. Por eso me iría por ese lado. En ingeniería llevo tres semestres y lo que he aprendido veo que no me sirve de nada para mi trabajo. Entonces a veces me cuestiono ¿por qué estoy haciendo algo que no me sirve? Si hiciera una capacitación de un año aprendería algo que podría

aplicarlo al tiro al trabajo. Pero de ingeniería todavía tengo la duda para qué me sirve. Lo único bueno de la ingeniería es el título, que te da para que te paguen más y puedas encontrar otros trabajos que a lo mejor van a ser distintos a lo que hago ahora. Es lo único. Es por buscar un trabajo más simple. La gente de ingeniería es como más floja por lo que he visto, pero si me dijeran que las capacitaciones son mejores y en el futuro me podrían pagar más, me voy por capacitación, lejos, más que por título de porquería de ingeniería.

De todas maneras cuando pienso en el futuro lo veo difícil. Ahora que estoy estudiando me doy cuenta que hay tantos profesionales, que si no saco ingeniería la veo medio imposible. Siempre hay alguien mejor que tú, entonces tengo que estar actualizándome siempre. Si me quedo ahí, difícil que pueda llegar a un trabajo mejor. Lo bueno quizá es que todas las empresas, sea pequeña, mediana o grande, están adquiriendo tecnología, y eso es más trabajo para los informáticos. Lo complicado es la cantidad de informáticos que hay. Uno levanta una piedra y salen como 500 informáticos y hacen millones de cosas, y uno tiene que estar a la par, no se puede quedar.

Hace poco estaba pensando en armar una empresa pequeña, no sé, entrar con algo propio, un cibercafé o un servicio técnico, impresión de cuestionarios, ésa era como mi idea y la mantengo firme hasta fin de año. Tengo que empezar a ver cómo se hace, porque empiezas a consultar y aparece una serie de requisitos. Esta cuestión de servicio de impuestos internos, que boleta, que la contabilidad, todo eso como que te enreda. Capaz que sea súper simple, pero te meten tanto miedo que al final uno no sabe si arriesgarte o no. Tengo compañeros que están estudiando otras áreas de la informática y cuando les comenté si podríamos armar algo, a varios se les iluminó y **querían**, pero la base a mí me gustaría hacerla solo, porque dicen que los trabajos a medias siempre salen complicados. Lo primero sería probar. A fin de año pretendo tener un fondo y lo primero que quiero hacer es buscar un lugar donde poner un ci-

bercafé. Quiero empezar con algo simple y que sea paralelo a mi trabajo. ¡Tampoco voy a dejar mi trabajo para dedicarme de lleno al cibercafé! Ahí pongo a alguien, tengo unos familiares que quieren trabajar, y si la cosa marcha bien, sería ir poniendo nuevas áreas. Aparte que como sé algo de páginas WEB, podría poner publicidad. Sería como algo llamativo. Además que se pueden aprender cosas. En todos los trabajos siempre se aprenden cosas nuevas. Eso rescato de los distintos trabajos: la experiencia. Pero de todos mis trabajos, lejos el que más me ha gustado es el servicio técnico. Me encantaba ese trabajo. Si no hubiera sido que pagaban poco, no me hubiera ido nunca. Era muy divertido. Iba a terreno, conocía empresas que jamás habría conocido de otra forma, de esas que uno escucha por la tele no más. Era impresionante para mí.

También he ido aprendiendo cosas sobre el mundo del trabajo y la importancia del contrato, cosas así. En el servicio técnico estuve boleteando un tiempo y como a los seis meses ahí recién me contrataron. Después en el ejército entré en septiembre y me ofrecieron trabajar hasta fin de año. De ahí era como «vamos a ver si te podemos contratar», entonces me arriesgué. Igual no sabía si me iban a contratar o no, pero en ese momento yo necesitaba ganar más. Llegamos a enero y ahí recién me contrataron. Me pagaban con boleta y todo eso iba directo al bolsillo, nada de descuento y cuestiones raras, y eso cuando uno está joven uno lo ve interesante porque te dan har- to dinero. Pero después cuando te contratan, te descuentan por esto y esto otro, te dicen que te pagan 250 y al final te pagan 200. Con boleta no pasa eso. Al final a uno le gusta la idea de boletear, pero también uno es dejado porque tiene que pagarse AFP, Fonasa, qué se yo. Ahora donde estoy me contrataron al tiro. O sea igual estuve tres meses a prueba, eso lo hacen todas las empresas, pero ya después me contrataron indefinido. Prefiero ese contrato, nada de boletas y cuestiones raras. Es que ahora uno se va poniendo viejo, y ya que la empresa te paga todo.... A parte que donde estoy tenemos seguro y cuestiones

raras que si estuviera con boletas a lo mejor no lo tendría, así que me gusta más el tema de tener contrato. Lo veo en mis compañeros, mis compañeros no tienen seguro, hay un sindicato y los que están con boletas no están integrados. Con boleta se gana más pero está como más aislado; en cambio con contrato lo tienen asumido a sus seguros y millones de cuestiones que hay, entonces es mucho mejor. Es un gasto bueno. Quizá cuando uno está joven da lo mismo, pero ya después cuando uno tiene carga familiar, mejor estar contratado.

Yo vivo con mi papá y mi sobrino. En cierta parte eso es bueno. Me ayuda para andar más tranquilo con cosas como el arriendo, cosas básicas que en caso de ser independiente no podría. Igual me encantaría tener un departamento para mí, ser independiente, tener mis cosas, valorar lo que he ido teniendo de a poco, pero todavía no se ha podido. Me da lata dejar solo a mi papá. Mi sobrino también está estudiando, pasa solo casi todo el día, entonces eso como que me retiene. Como vivo con mi papá soy un pilar más de la casa, tengo que aportar, ayudar. Si se fuera a vivir una hermana con mi papá, yo me iría feliz; pero ahora no puedo, *ni siquiera sé si a los 30 quiero estar independiente*.

Lo complicado, a parte de los tiempos, es que con tanta actividad como que se pone fome la vida. Trabajar y estudiar quita mucho tiempo. El fin de semana lo único que quiero es descansar. Eso complica hacer cualquier otra cosa. A veces tengo que estudiar para pruebas y al final el tiempo de ser joven y salir a divertirse es con suerte. Salgo una vez a las quinientas. He estado como los viejos fome, un poco apagado, ando como siempre cansado. Mis compañeros en cambio estudian solamente y andan en carrete. Disfrutan más lo que tienen, andan con energía, van a fiestas y cuestiones, y uno no, para nada. Más encima como mis horarios me topan, tengo media hora para llegar a la universidad, entonces no puedo decir *¡ah hoy día me voy a tomar un trago y de ahí me voy al instituto!* No puedo. Salgo del trabajo a las seis en punto, tengo que salir corriendo al metro y tomar el metro y llegar a la universidad, y de ahí salgo a las 11, lle-

go tarde a mi casa, entonces eso de ser joven se deja para las vacaciones no más. Ahí ando más relajado, puedo salir, compartir.

Todavía no me ha tocado pensar en constituirme con una familia. Ahora que estaba pololeando me hacía la idea de irme a vivir fuera, pero no me gustaba mucho la idea. Es que no sé, estoy acostumbrado. Si bien soy dependiente de mi familia, me gusta más ser como independiente en lo que es tener pareja, me gusta salir solo, con amigos, lesiar, y ahí andar con pareja se hace medio complicado. Siempre me he visto como el Felipe Camiroaga, soltero a los 40. Antes, cuando tenía 20 años, pensaba que me gustaría tener un hijo antes de los 25, pero como no se pudo, no sé, no llegó alguien a mi corazón... o porque me inserté tanto en el trabajo y en los estudios, al final se me pasó la vieja. Ahora con el trabajo que tengo me puedo dar mis gustos, prefiero disfrutar. No me veo con hijos y con señora. Ahora quiero disfrutar lo poco y nada que puedo.

Es que el trabajo me gasta mucho tiempo. Yo siempre he pensado que si tuviera una pareja me gustaría salir, compartir, pasar hartos ratos, pero el trabajo en que estoy me tiene muy copado. Las mujeres siempre quieren su tiempo, su espacio, quieren salir, y uno no puede darles esos gustos. Dicen que todo es posible, pero yo veo que no, que los estudios y el trabajo como que quitan mucho tiempo. Quizá cuando esté terminando los estudios ahí estaré más relajado como para tener alguien, pero ahora no. A parte que estoy bien.

En los estudios y el trabajo me he sentido apoyado solamente por mi trabajo. Si no tuviera ese trabajo quizá no podría estudiar. Pero apoyado por alguien... no, por nadie. Una vez fui a la Municipalidad de Recoleta a inscribirme en una oficina, y yo puse «trabajar en lo que fuese». ¡Nunca me llamaron! Hasta el día de hoy. Más allá de eso no sé. Ni he consultado las posibilidades que hay. En el instituto donde estoy ahora te enteras de cosas como ir a estudiar a Francia, que uno nunca hubiese sabido, jamás me hubiese enterado. Tal vez en las municipalidades pasa lo mismo, tengo que ir a ver de qué manera

me pudiesen ayudar, no sé. Igual yo creo que es necesario que el Estado ayude. Si los cabros están haciendo protestas, piden ayuda al Estado y cosas así, es porque lo necesitan. Siempre se dice que aquí el Estado se despreocupa demasiado por el estudio y por la salud. Si tuviéramos más ayuda capaz que estuviéramos mucho mejor. *Cuesta mucho estudiar. Sale súper caro*, por eso ahora recién puedo estudiar algo bueno. Ingeniería es una carrera buena, pero antes era difícil. En los trabajos que he tenido no te pagan tanto, y con los estudios que están tan caros está difícil. Los baratos son las carreras técnicas, pero hasta por ahí no más. Los institutos que no son muy conocidos cobran más barato y los otros van subiendo, entonces los estudios ahí quedan. Y el Estado y las municipalidades y cuestiones así te enseñan ¿qué?: puras leseras, cursos de capacitaciones, pero son cosas tan básicas que las aprendes solo. El Estado podría, no sé, como en otros países que los estudios son casi gratis, podrían hacer una cosa así. Ya el pase escolar te ayuda bastante, pero eso es como lo único, es una ayuda, pero súper básica. Una pensión a los que trabajan, a los que estudian, a los más jóvenes, sería como genial. O que bajaran las mensualidades de los estudios. Eso es lo que te impide estudiar. La gente no estudia porque son caros los estudios buenos. Puedes estudiar cualquier lesera, pero tal vez no te sirva o no te gusta. Los cursos baratos son pura basura encuentro.

2. JHONATAN, SANTIAGO

Mi nombre es Jhonatan. Estudié electricidad industrial en el Colegio José Miguel Carrera. Eso era lo que quería hacer. Llegué a tercer año medio y de ahí me fui al servicio militar y saqué el cuarto año medio. Eso fue el año 2000. Durante la enseñanza media no recuerdo haber trabajado de manera remunerada. Le ayudaba a mi papá no más, a hacer trabajos por aquí, por allá. En ese tiempo pensaba en terminar mi carrera y trabajar no más. Quería tener mi plata, empezar a independizarme y

comprarme lo que yo quisiera, tener mis cosas, mis pantalones, mis zapatillas, mi tele en la pieza, plata en el bolsillo, era más eso porque no era muy bueno para carretear, no salía mucho. Tenía todo el sábado ocupado. El domingo me juntaba con amigos, íbamos a jugar a la pelota, era una vida sana, sin alcohol ni carrete. En mi caso siempre estuvo el bichito de dejar los estudios y retirarme. Es que uno empieza a perder el gusto por el colegio. Mucha rutina. Levantarse temprano un año, después el otro cambiarse a la jornada de la tarde. Aburre tanto colegio, tanto estudiar, y dejar las cosas que a uno le gusta hacer, jugar fútbol, andar por ahí. Más encima ahora están hasta las cinco y media de la tarde. Yo creo que eso los mata, como que los presionan mucho en cuanto al aprendizaje. ¿Qué pensaba hacer si dejaba el liceo? ¡Trabajar, trabajar! Me gustaba estar activo, hacer cosas. Si no dejé mis estudios fue por miedo a tomar esa decisión, aunque si lo hubiera hecho no creo que me hubieran dicho mucho mis papás. Hubiera sido decisión netamente mía.

Mi papá trabaja en lo que es fibra de vidrio. Entregó los pulmones muchos años en la empresa donde trabajaba. La empresa quebró y le quedaron debiendo no sé cuantos años. Antes de eso trabajaba en el fisco, pero con el tema del golpe militar cerraron todas las empresas estatales. Ahí quedó sin pega. Y la fibra de vidrio, el polvillo, toda esa cosa que jode los pulmones, durante 20, 30 años trabajando en eso y ahora tiene asma crónica y trabaja en lo mismo, pero ya de forma particular, en menos cantidad, pero siempre en forma particular, siempre dentro de lo que se puede «cuidar» porque no es mucho lo que puede porque en cualquier momento llegan las crisis de asma y se tiene que ir al hospital. Cada día que pasa, el inhalador le hace menos efecto. Y mi mamá, ella es dueña de casa. Siempre se ha dedicado a nosotros. Un tiempo, cuando estaba chico, creo que trabajó, pero no tengo idea en qué. Ahora está dedicada a mi hermano, a mis sobrinos y a mi papá.

Trabajando con mi papá aprendí el concepto del trabajo. Con él hacía mis pololos por aquí y por allá. Cuando mi papá

iba para la costa, siempre me llevaba a ayudarlo. Yo tenía 10 u 11 años y él siempre nos llevaba a mí y a mi hermano a trabajar. Andaba para arriba y para abajo con mi papá. Tendría 15 años y ya sabía lo que era el trabajo, lo que era tener las manos rotas por estar paleando, estar todo el día y al otro día igual, que había que esforzarse para ganar lo de uno en lo que fuera. Si era sentado en un escritorio o a todo sol, tenía claro lo que era el trabajo, que hay que seguir trabajando y no queda otra.

Empecé trabajando en una tienda Din. Fue un trabajo como de verano, de diciembre hasta marzo, para tener mi plata, pero me aburrió al mes. Era todo el día, todos los días, me daban un día libre a la semana... mucho tiempo. Después entré a la Coca Cola, estuve 1 año 8 meses trabajando ahí en lo que eran eventos especiales, de lunes a lunes, con uno, máximo dos domingos libres al mes. Entré ahí porque era relajada la pega, pero me terminó absorbiendo mucho tiempo. Cero familia, cero hermanas. De las 24 horas del día yo creo que debo haber estado 18 trabajando y al otro día lo mismo. Rutina también. No podía hacer planes porque no sabía si trabajaba el fin de semana ni hasta qué hora. Pero era por querer trabajar no más. Por probar. Un primo me dijo que entrara a trabajar con él y así fue pasando el tiempo y como que el cuerpo se me fue acostumbrando a un *training* de trabajo. Me salí porque justo para ese año nuevo del 2005 me enfermé de apendicitis. Me operaron y después de esa licencia me retiré. Yo creo que si no me hubiera enfermado de apendicitis habría estado unos 6 ó 7 meses más.

Ese mismo verano, en febrero, entré a trabajar al Metro de ayudante eléctrico, lo que es proyecto de alumbrado y fuerza en la Línea 4 y 4A. El trabajo fue por un pituto. Un amigo que estaba trabajando me dijo que fuera a hablar. Llegué y al tiro, ningún problema. Ahí estuve alrededor de 10 meses más o menos. Después de eso seguí en el Metro como tres meses más haciendo circuito cerrado con otra empresa. Después de eso hice varias pegas por aquí y por allá, trabajé en una obra, en instalaciones domiciliarias en unos edificios, hasta que estuve

como seis meses haciendo un proyecto eléctrico en el hospital militar. Lo bueno es que trabajé en lo que me gustaba a mí, que es instalación eléctrica. Lo malo es que es agotador trabajar en la construcción. Traté de trabajar lo más posible en lo que yo estudié. Ahora trabajo en el Ministerio de Transporte en lo que es fiscalización del Transantiago. Voy a cumplir un mes. También entré por pituto, por un dato que me dio la amiga de mi señora. Salió una publicación en el diario que necesitaban un técnico mecánico para trabajar en lo que es fiscalización de transporte público. Yo creo que debe haber sido porque no llegaron muchos y necesitaban mucha gente y no todos son técnicos mecánicos, por eso se vieron en la obligación de contratar la gente que tuviera un poco más de experiencia en cualquier trabajo, creo yo, porque ese trabajo lo puede hacer cualquier persona. Se aprende en el terreno. Lo que me gusta de mi actual trabajo es que es relajado y no ando estresado como en el otro trabajo. Haciendo lo que a uno le mandan y dando el informe que me piden no hay problemas.

Lo único es el turno que me toca. Voy desde las tres y media de la mañana hasta las nueve de la mañana. No son tantas horas, pero estoy durmiendo mal. Ando como desprogramado con el sueño, pero es cosa de acostumbrarse. Lo otro malo es que no me gusta mucho el trabajo en sí. Por eso sólo espero la plata para terminar de estudiar. Es buena la paga. Quizá incluso pueda juntar un poco.

A veces uno tiene que irse por lo que manda la plata, no es solamente lo que a uno le guste. Si todos trabajáramos en el trabajo que nos gusta, el mundo sería perfecto, y nunca va a ser así. Además, estoy con contrato y un seguro de accidente. Yo creo que de aquí a fin de año voy a trabajar en esto, hasta que termine de estudiar, y si se da la posibilidad de quedarse un poco más, lo veré a su tiempo, según las necesidades que uno tenga. ¿Cambiarle? Tendría que ver el tema de la plata. Si me ofrecen menos, obvio que no me voy a ir. Es que pienso en el dinero para terminar mis estudios.

Si hiciera una revisión de las cosas que he hecho, una de las cosas que rescato de trabajar es que me ayudó a asumir responsabilidades. Cuando trabajé en la Coca Cola, armábamos un stand donde habían promotoras y regalábamos bebidas, supervisábamos a las promotoras, entonces era como tener algo como de jefe, y eso te lleva a tener responsabilidad. Hacer esa instalación eléctrica en el hospital militar y en todos esos edificios y casas me enseñó que esos trabajos no son llegar y hacerlos. Tienes que saber las normas y regirte por ellas. Hay un reglamento y hay que cumplirlo como se debe, trabajar bien, como corresponde, bien detallista, tratando de minimizar los errores, llegar temprano, mantener el vocabulario, cosas así. Porque la construcción se presta mucho para hablar con garabatos, por eso hay que marcar la diferencia entre el que estudió y el que no tiene estudio.

Ahora hace poco me dieron ganas de estudiar. Me interesó porque agarré unos libros y me empezó a gustar leer. Siempre he tenido el pensamiento que estudiar y leer hacen bien para la mente. También influyó en mi decisión el hecho que varios amigos míos están estudiando, tengo primos que están estudiando, mi socio, mi compadre está estudiando. Mis papás también me dijeron que estudiara y ahí uno empieza a pensar en ser más, no ser un simple empleado, tratar de superarse estudiando, independiente de la cosa que sea. No sé si a veces uno no estudia por el tema del dinero, pero ése no es el mayor problema de la gente que no puede estudiar. Yo creo que no quiere hacerlo no más, que no está ni ahí, que quiere ser un empleado más, tener un sueldo que no es mucho, y tener lo estable. Prefiere la estabilidad antes de dejar parte del sueldo para estudiar un par de años aunque a veces no alcanza y se ven obligados a no hacerlo por eso. Otros ya tienen familia, tienen hijos, entonces el gasto es mayor. A mí se me dio la posibilidad de destinar entre un 10% y un 50% del sueldo para estudiar, y es como loco porque lo hice estando casado, que se supone que es un gasto mayor. Estuve cuánto, ¿4, 5 años sin estudiar, puro

trabajar aquí y allá? Lo podría haber hecho perfectamente ahí, pero lo hice ahora que estoy casado y tengo más responsabilidades. Lo bueno es que me alcanza y lo estoy haciendo. Hay que tratar de terminar, porque a veces es difícil trabajar y estudiar, uno piensa en congelar, uno piensa y lo hace. Hay que tratar de no pensar en congelar. ¡Hacerlo, hacerlo, hacerlo!, que capaz que de tanto pensar las cosas las termine haciendo. A veces es malo pensar mucho.

La carrera que elegí fue electrónica, porque va dentro de la electricidad. Son paralelas. No puedes hacer una cosa sin saber de la otra. Eso me llevó a tomar la decisión. Quería estudiar otras cosas, pero al final habría significado salirme de lo que había estudiado en la educación media. No habría tenido sentido haber estudiado electricidad si, por ejemplo, ahora estudiara para ser un técnico jurídico. Como que no pega. Así que averigüé en institutos, vi las mallas curriculares, el formato de estudios, los años de duración, se lo presenté a un amigo que está estudiando ingeniería en electricidad, me dijo que era bueno, lo comenté con mi señora y me fui a matricular. La carrera dura dos años y me queda hasta fin de año y termino. No es mucho. Ya no quiero pensar mucho en mirar para atrás. Prefiero tratar de mirar para adelante no más sabiendo que el tiempo se va acortando, que cada día que pasa va quedando menos para terminar. Cuando termine, pienso echar mano a mis contactos. Tengo compañeros del instituto que trabajan en empresas grandes, entonces ahí uno empieza a hacer amistades, empieza a tirar currículum, a conversar con la gente, oye, *¿no necesitan gente aquí? Oye muéveme aquí*, gente que me pueda meter por aquí por allá. Ahí uno empieza a hacer la base para buscar trabajo. De ahí en adelante me concentro netamente en lo que estudié, y después tratar de ser un poquito más, aunque cuadrado en lo que estudio. No quiero salirme de esos parámetros, porque ya con el título de técnico uno empieza a buscar trabajos específicos y a buscar la plata que uno quiere. Puedes hacer valer lo que uno estudió, que valga la pena el sacrificio. Uno decide si le sirve o

no lo que le van a pagar, aunque tengo que ser sincero y asumir que los estudios no me aseguran mucho. Conozco gente que ha estudiado y está haciendo cualquier cosa. Pero igual... teniendo suerte y siendo constante, siempre va a salir algo. Pueden pasar meses, días, semanas y uno siempre va a encontrar un trabajo en lo que uno estudió. Si postulo a un trabajo en lo que estudié y me lo dan, tengo que aprovecharlo y aplicar mis conocimientos. No sé si se podrá lograr, pero hay que lograrlo, hay que ser constante en buscar las cosas que uno quiere. He tenido suerte en cuanto al trabajo, así que esperar que me siga la suerte.

Es que la cosa está difícil. Para una empresa a veces contratar un profesional representa un gasto mayor, y si pueden meter a otra persona que puede aprender lo mismo que va a hacer un profesional, lo van a hacer. Porque hay cosas que las puede aprender cualquier persona, por eso yo creo que hay mucha gente que estudió y que no está trabajando en lo que estudió, o que trabaja en lo suyo pero por menos plata. Así las empresas abaratan costos. ¡Si ahora está colapsado! ¡Ingenieros hay por todos lados!

Hace dos años y cuatro meses que vivo con mi señora. Vivo en la casa de mis suegros. Mi idea es salir de ahí a fin de año, tener nuestra casa y poder independizarnos, tener nuestro espacio, nuestras cosas, decidir nosotros dos como pareja y tener hijos. Lo principal es lo físico, la casa propia, independiente de que tenga una pura cosa, pero que tenga una casa. Pero todo a su tiempo, eso sí. Es que estar con los suegros afecta mi relación con mi señora, porque, no sé, estando en el techo de otra persona uno tiene que regirse por las reglas de la casa donde está y hay que estar acatando lo que dicen los dueños de casa. Pero igual buena experiencia, con mis suegros me llevo la raja, no tengo problemas con ninguno de ellos, compartimos todo, el almuerzo, el desayuno cuando estamos el fin de semana. A veces falta espacio, pero la carga se arregla en el camino.

Muchos amigos me cuestionaron que me casara, me decían, *no seas tonto, para qué te vas a casar, eres joven, piénsalo*. Puede que

haya gente que te lo dice por su experiencia, porque si tú te separas, obvio que le van a decir a tu amigo «no, huevón para que te vas a casar, si te vas a separar». Pero si uno no vive la experiencia ¿cómo va a saber si es bueno o malo? Una experiencia uno tiene que vivirla para saber si es buena o mala, lo mismo el trabajo: uno tiene que trabajar para saber si es bueno o malo. Yo lo que quiero es hacer las cosas, trabajar, sacarme la mugre, estudiar, ¿para qué? Para mi familia, para darle tranquilidad a mi familia. Lo que uno siempre espera es ser independiente, valérselas por sí mismo, no depender de los papás o de terceras personas, porque no te desarrollas como persona, y no sabes lo que es sacarse la mugre para tener sus cosas. Mientras te estén dando te quedas ahí, y la independencia te lleva a tú buscar tus cosas, tu futuro como se dice, tu camino, lo que uno quiere hacer, y todo eso es fundamental para una persona.

En todo esto es fundamental el trabajo. Sin trabajo, tú no tienes. Puede que te alcance, pero no para estar cómodo como uno quisiera. Si trabajan los dos pueden hacer, no sé, 220 ó 230 mil pesos que alcanza para tener, pero no para llenarte como uno quisiera, y si no tienes plata, no tienes nada. Yo creo que es primordial el tema del dinero porque sin dinero te deprimas, porque no haces nada, no puedes comprar un paquete de galletas de cien pesos, es primordial. *El dinero mueve a las personas, mueve al mundo, el dinero es el que te hace levantarte temprano*, el dinero es el que te hace estar hasta las tantas de la noche trabajando, dormir poco, es el dinero, y sin eso no haces nada, es primordial para poder estar estable como familia. Yo creo que es la primera cosa que uno piensa en cuanto al trabajo. De los que van a ver un trabajo y salen seleccionados el 40% se preocupa más de lo que le van pagar que de los términos de un contrato. De ahí recién uno empieza a ver qué horario va a tener, si ofrecen colación, cuantas horas voy a trabajar.

Así que espero que en un futuro pueda trabajar en una empresa que tenga un buen grupo, un buen ambiente, que pague de acuerdo a lo que esté haciendo, que se rija por los

contratos, una empresa sólida en el mercado que me dé estabilidad 4 ó 5 años ganando un buen sueldo. Es que la estabilidad es importante. Para mí lo principal es estar estable trabajando en lo que estudié y con un sueldo que me permita estar tranquilo, y si puedo ascender, mejor todavía, porque eso me llevaría a ganar más. Además que teniendo estudios podría trabajar por fuera también, podría arreglar equipos de música o programar máquinas electrónicas para empresas chicas que lo necesiten.

Lo malo es que aquí en Chile los empresarios son lo más sinvergüenzas que hay. ¡Te cagan! Lo digo porque lo he vivido. Cuando se trata de los trabajadores en su calculadora la suma no existe; puros menos. Las horas extras, bonos, cosas así. Uno falta un día y descuentan cuatro. ¡Te cagan, sinceramente te cagan! Y todo es por plata. ¡Y anda a reclamar! Reclamas y te echan. Ahora creo que están un poquito más rigurosos en la inspección del trabajo, pero hasta por ahí no más. Porque si tú vas solo, no te pescan. Pueden dejar la constancia, pero nada más. Ahora, si vas con más gente, ahí se preocupan, porque ya está afectando directamente a la empresa.

En los temas laborales el Estado ha puesto puros parches curitas no más. Si aquí los que mandan son los empresarios, las grandes empresas. Una empresa grande no tiene problema en cagar a un trabajador. Si aquí el gobierno trabaja para los empresarios no más. Dicen que el país está bien económicamente a nivel de Sudamérica, que el cobre, los tratados de libre comercio que hay con los países de afuera, con China, EE.UU., y ¿quién ve eso? El trabajador, el del pueblo, como se dice, de la clase media para abajo, no la ve mucho, no la ve porque suben las cosas, suben los impuestos, pero no suben el sueldo. Cada vez hay que estirarlo más. Hay gente que a la segunda semana ya no tiene plata. Que el país esté bien económicamente... eso es para los que tienen inversiones, los que trabajan en la bolsa, los que tienen empresas, pero uno no lo ve. Hace poco salió la ministra de defensa diciendo que Chile quería comprar un satélite. ¡Teniendo tanta pobreza se pone a hablar cuestiones!,

¿para qué?, ¿con qué fin?, si hay problemas de educación, de vivienda, ¿dónde está esa plata del cobre? ¿Y dicen que el país está bien económicamente?

3. MARCO, VALPARAÍSO

Mi nombre es Marco. Vivo en Valparaíso. A los 14 años empecé a trabajar en un supermercado. Trabajaba y estudiaba al mismo tiempo. No pude terminar mis estudios porque mi familia no me podía dar para estudiar y a mí no me alcanzaba con el supermercado. Vivía con varios familiares. Con mi tío, que trabajaba en un trabajo que no es muy bien remunerado, con mi tía que es auxiliar de párvulos, con mi mamá que trabajaba de asesora del hogar, y con mi abuelita. Mi mamá no alcanzó a terminar el colegio. Ella dejó el colegio porque tenía que ayudar a mi abuela y cuando a mi abuelita le dio diabetes, mi mamá tuvo que dejar de trabajar y dedicarse a cuidarla. Eso ya era una entrada menos. La enfermedad de mi abuela requería de mucho gasto. Había que comprarle pañales y cosas así, porque ella estaba postrada en la cama. Por eso tuve que trabajar, porque con lo de mi tío y mi tía no alcanzaba para darme una calidad de estudios normal. Claro, yo iba a liceo municipalizado, pero ¿y los cuadernos, la ropa de colegio? Todas esas cosas también son gastos, y para mí era complicado. A esa edad yo tuve que asumirme como hombre de la casa, trabajar y estudiar, pero al poco tiempo ya no pude más y dejé de estudiar. Me dediqué a trabajar. Trabajé y trabajé todos esos años. Trabajaba con mi tío en una bodega, siempre en trabajos físicos, pero sin contrato.

Cuando tenía 21 años me casé, tuve a mi primera hija. Desde ahí retomé los estudios. Hice dos años en uno, pero llegué hasta ahí no más. Ya con una hija y una señora era complicado poder entrar a una universidad o a un instituto. Tenía que dedicarme a mi familia. Ahora quisiera seguir estudiando. Siento que tengo que recuperar el tiempo perdido. Fueron tan-

tos años... *A veces me da la impresión que no tuve una juventud normal.* De los 14 a los 17 uno sabe que tiene que estudiar enseñanza media y a los 18 seguir en la universidad. Es como todo por etapas. Yo me salté esa etapa. De los 14 a los 17 no seguí en la universidad. Seguí en el mundo laboral. Avancé muy rápido. No fui etapa por etapa y obviamente me produce un quiebre. A mi me hubiese gustado haber hecho todo normal, haber salido a la edad que corresponde de la enseñanza media, haber intentado tener estudios superiores a la edad que me correspondía, etapa por etapa y no haberme saltado períodos en los cuales yo tenía que trabajar. Me hubiese gustado haber completado las etapas normales de un joven normal: estudiar, llegar a la universidad y trabajar, que yo pienso que ésa es como una trayectoria normal. Pero yo tuve que estudiar y trabajar, trabajar, estudiar y ahora trabajar, o sea, prácticamente me he dado vuelta durante los últimos años entre estudiar y trabajar, y más encima familia.

En todo este tiempo he hecho varios trabajos. Trabajé en el terminal de buses haciendo aseo. Esa fue la primera vez que tuve un trabajo con contrato. Aunque haya sido por tres meses y haya sido un pollito, yo me decía «chuta, en este trabajo tengo que hacer el aseo, tengo que compartir con personas mucho más mayores que yo». Desde el primer momento no me acomodé. Me decía, «¡por qué estoy acá!, tengo que hacer el aseo, ¡uh, tengo que hacer el aseo!» Jamás lo habría pensado. Me acuerdo que las condiciones eran precarias. Nosotros teníamos un lugar para vestarnos que estaba asqueroso. Nuestros sueldos eran bajísimos. No se daban las condiciones para trabajar, pero la necesidad te hace tomar ese tipo de trabajos. Eso es lo que te lleva a sostenerlos. Ahí aprendí que lo digno es trabajar, estar trabajando y no estar parado, aunque sea de barrendero. Yo fácilmente me podría haber quedado en la casa y que mi suegro o que mi mamá alimentaran a mi hija; pero no, yo tomé la decisión de salir a trabajar por mi hija y por mi señora, aunque desde el primer momento yo sabía a lo que iba. Cuando dije,

«¿me dan trabajo?», yo sabía que estaba expuesto a tener que barrer, a tener que soportar a gente que es discriminatoria, que porque tienen más recursos te miran a huevo, te tratan como una mierda. Tú para ellos eres una mierda. Por eso pienso que digno es trabajar; indignas son las condiciones de trabajo. El trabajo te dignifica, claro, pero hay personas que no te hacen sentir que eres digno. Eso me ayudó harto, porque me enseñó valores. ¡Tanta gente que no piensa que hay una persona que trabaja para que ellos tengan un lugar limpio! No piensan en eso. También me sirvió para darme cuenta sobre lo importante que es trabajar. Yo aunque tuviera harta plata y pudiera no trabajar, igual trabajaría, porque no podría estar sentado en mi casa viendo tele. Aunque tuviera mucha plata, no podría vivir como rico. No me gusta. Yo vengo de una familia esforzada y no puedo no trabajar. En cualquier cosa, pero igual trabajaría. Si tuviera plata, la invertiría en algo, tendría otra clase de vida, pero igual dentro del mundo laboral.

Ahora llevo dos años trabajando de conserje. Gracias a dios quedé. Es que para un joven es difícil quedar. *Ser joven es un punto en contra para las empresas.* A veces prefieren la experiencia antes que una persona joven que te pueda dar problemas de irresponsabilidad, o que al no tener experiencia se puede mandar cualquier embarrada, que pierden el tiempo enseñándole y todo. Van a preferir siempre a la sandía caladita. Eso pasa con hartos jóvenes. Por ejemplo en el trabajo de los conserjes, si van a tomar a un joven, comparándolo con una persona mayor, retirada de carabineros, retirada de las fuerzas armadas, con un joven de 20 ó 21 años, recién saliendo del colegio, te van a tomar siempre a la persona mayor porque ya tiene experiencia, es una persona que ya ha conocido el mundo laboral, viene con una base sólida. Cuando postulé hubo 300 personas que postularon a este trabajo. De esas 300 quedamos 3 y de los 3 salimos 2 jóvenes. En esta empresa nos dieron la oportunidad a 2 jóvenes. Uno renunció y quedé yo. En la misma entrevista de trabajo el caballero nos comentó que él no contrataba jóvenes

porque los jóvenes eran irresponsables. Un joven que trabaje los fines de semana, de 12 horas de noche no se va a quedar en el trabajo, se va a ir a carretear, o le va a doler estar aquí. Pero no se puede generalizar. Hay otros jóvenes que son responsables que también trabajan, y por ese grupito de jóvenes se nos mezcla a todos dentro de un mismo saco.

Si reviso mi historia puedo decir que he ido escalando. Empecé en lo más bajo, haciendo aseo en un edificio. De ahí pasé a conserje. Hace poco reemplacé a mi jefe. Yo podría pensar que en un tiempo más puedo llegar a ser un mayordomo, que dentro de los conserjes es como el jefe, y luego ser supervisor, y por qué no estudiar algo de administración de condominios, y formar después mi empresa de conserjes. Ya tengo la experiencia y conozco más o menos lo que es el mundo de los conserjes. Pero no. Mis expectativas no son esas. Lo que yo quiero hacer es estudiar, salir adelante, estudiar, cambiar mi ambiente laboral, no vivir de esto, porque para mí esto es como un apoyo, como un impulso que me va a dar la posibilidad de estudiar y hacer lo que yo quiero, estudiar lo que yo quiero, y no decirme más adelante, «pucha perdí 20 años de mi vida pensando en la posibilidad de estudiar, y ahora lo que soy: un conserje». No es por desmerecer el trabajo, para nada. Este trabajo es digno, es súper digno y se aprende hartito. Se trata con el público, con gente. Pero es que yo quiero otro tipo de vida para mí. El venir de mamá soltera, tener una familia en la cual no me pudieron dar todo y todas esas cosas influyen en mí y me hacen querer ser profesional, porque yo les quiero demostrar a ellos que yo también puedo, que puedo salir adelante y que puedo trabajar.

Quiero estudiar algo que me llene. Me gusta servicio social, me gusta concretar proyectos, ayudar a la gente. Esa carrera no es muy cara, por lo menos yo he consultado en algunos institutos y en la universidad también. Bueno, ahí es carito también, pero hay institutos que tienen esa carrera y que no son muy caros. Además que me he informado que igual tiene

su campo laboral. Se puede trabajar de asistente social y estar en un consultorio, en los hospitales, en una empresa. La otra carrera que también me gusta y que también me agradaría poder estudiar sería algo más menos técnico, por ejemplo que tenga que ver con construcción. Puede ser la topografía, construcción, pero no... No es lo que me llena. Yo estoy buscando una cuestión que me llene, y la parte de servicio social me llena, y sé que puedo llegar a inventar algo, a hacer proyectos, y eso, estudiando y esforzándome, ¿por qué no? Aparte en servicio social la mayoría son mujeres, ver a un hombre sería distinto, y por ahí va también la parte ¿no? Aparte es bonito interactuar con gente. Eso es lo que me gusta: sentirme útil al público, sentir que las personas confían en mí, poder ayudarlas. Es gratificante poder ayudar a una familia, ayudar a niños, trabajar con niños, a mí me encantaría ayudar a niños de escasos recursos. Sería feliz, lo juro.

Lo que yo quiero es surgir, tener otra condición laboral y otra remuneración. *Porque para qué andamos con cosas, si aquí la plata también importa y al final te vas a quedar donde paguen más y donde tengas mejor calidad de vida.* También es importante la estabilidad, porque si el trabajo es bien pagado pero es sin un contrato indefinido, no me quedo. Prefiero ganar menos pero que me ofrezcan un contrato indefinido, algo más duradero. Yo estoy aquí porque tengo un contrato indefinido. Si me hubieran ofrecido un contrato de 2 ó 3 meses, yo no hubiese firmado. Hubiese tratado de buscar algo más estable. Ya venía del terminal donde estuve 3 meses, ya venía de hacer un reemplazo en otro edificio y no quería seguir haciendo reemplazos. Yo tengo familia y quería estabilidad, un contrato indefinido, algo mucho más seguro, no andar dando botes de reemplazo en reemplazo. Tener un contrato indefinido me hace sentir que estoy sólido acá y me permite pensar que puedo optar a algo más. Si estuviera en otras circunstancias, quizá no pensaría en estudiar, porque no estarían las condiciones dadas como para que yo pudiera estudiar. La estabilidad es lo principal. Es clave.

Si no estoy seguro en mi trabajo, me pongo a estudiar y en cualquier momento me puedo quedar sin pega y ahí quedo amarrado con el instituto, ¿cómo lo pago, y al final para qué voy a estudiar si no voy a poder terminar? No es que yo diga: soy imprescindible, pero sí estoy sólido en este trabajo, me considero sólido, estable.

Ahora yo estoy expectante. Mi idea es quedarme aquí y seguir luchando, pensar en el futuro, tener la posibilidad de poder entrar a estudiar y poder tener un título, poder trabajar ese título, aunque sé que eso no me garantiza 100% que voy a tener trabajo. Estoy dispuesto a todo. Si no es acá, será en otro lado. Donde estén dadas las condiciones para trabajar. Igual aquí en Valparaíso no están las condiciones. Hay hartos jóvenes que tienen título y que están buscando pega. Al mismo lugar donde yo trabajo llegan todos los días dejando currículum. Jóvenes de mi misma edad pidiendo trabajo, pidiendo por favor la oportunidad aunque sea para un reemplazo. Ahí uno se da cuenta que está complicado y eso igual es difícil, sobre todo para gente que tiene familia. O sea los jóvenes como yo que tienen familia y que no tienen pega, es complicado. A veces me siento casi un afortunado por tener trabajo y esa es una presión extra, porque detrás de mí hay mucha gente que está esperando mi cabeza. Esto es igual que una carnicería. Hay mucha gente que está esperando mi cabeza, que yo quede sin pega. Después viene otro y otro y así sucesivamente. Esa es una presión extra, la presión de venir a trabajar y a la vez sostener el trabajo, porque yo sé que si quedo sin pega va a venir otro detrás de mí y va a ganar la pega.

Hasta el momento no puedo decir que no estoy a gusto en mi trabajo. No son mis expectativas seguir en este trabajo, eso está claro, pero sí me siento a gusto. La gente se ha portado muy bien conmigo. Es gratificante cuando tú llegas a tu trabajo y te preguntan cómo estás o te dicen que lo hiciste bien, que les gusta como tú trabajas. Si fuera diferente, si llegara al trabajo y me dijeran que no les gusta como trabajo o que mi jefe me es-

tuviera mirando para cortarme, o que llegara a mi casa y mi señora me diga que no le gusta donde trabajo porque me pagan poco, ahí me sentiría mal. Por lo menos es gratificante para mí llegar y sentirme cómodo aquí donde trabajo, sentir que mi familia me apoya, que quizá no se sienten así orgullosos pero que por lo menos sientan que yo estoy a gusto. *Lo malo es que con lo que gano no me alcanza para estudiar.* Yo gano 180 mil pesos. No puedo darme ningún gustito en el mes. Tengo dos hijos, una señora. Es difícil. La vida es cada vez más cara en este mundo. Y la calidad de vida, los sueldos, son bajos. Imagínate si quiero estudiar, ¡mucho más complicado! Tú ves las universidades, los institutos, y otro tipo de estudios que hay por ahí, te premian con becas, te premian con créditos, *pero igual no están dadas las posibilidades de estudiar para un pobre.* Esa es la verdad. Piensa tú que una persona humilde, un joven humilde, que no tenga mucha plata y que tenga conocimientos o que sea estudioso, no puede entrar a la universidad porque hay algunas universidades —por ejemplo las privadas— que su mensualidad y su matrícula son muy caras. Yo mismo, si tuviera que pagar el 100% de la matrícula, no podría. Las condiciones para estudiar están dadas para la clase media, no para los pobres, y yo me considero una persona humilde, no sé si pobre, pero humilde. Entonces para mí las condiciones son difícilísimas. Pagar una matrícula me puede costar hasta dejar de comer por un mes, o dejar de mandar a mi hija al colegio por un mes. Para mí es difícil, complicado, y pagar mensualidades altísimas en una universidad privada o en una pública me costaría mucho. Los institutos profesionales también son carísimos. El DUOC y el INACAP son carísimos. ¡Si por lo menos bajaran las cuotas! Ahí yo creo que cambiaría la perspectiva. O que no hubiese que endeudarse con créditos por 10, 15 ó 20 años. Porque yo no estoy dispuesto a tirarme con un crédito CORFO. A mí me gustaría pagar así, al contado, como sea, porque yo sé que a la corta y a la larga voy a quedar encalillado y voy a tener que pagar más. Preferiría estudiar algo cortito, no con mucha plata, y

que esté a mi alcance. Esa sería como mi perspectiva, porque sé que no puedo estudiar algo más alto que me va a requerir mucho más ingresos. Prefiero sacrificarme de una y esperar 2 ó 3 años, aunque me tenga que apretar para poder estudiar. Obviamente necesito el apoyo de mi señora y de la familia, aunque ellos me apoyan hartito.

Yo pienso que a mi edad, con el pensamiento que yo tengo, si me comparo con otros jóvenes de mi misma edad, no me siento superior, pero sí me siento responsable y un poco más maduro. El haber sido criado sin papá, haber estado en una familia chica y haber tenido que salir a trabajar a corta edad, me hizo crearme un espíritu de independencia, de no depender de nadie, depender de mí solamente, y eso me hizo crecer. El hecho de que muchos vivan en la casa de los papás los libera de la responsabilidad de trabajar. Yo tengo hartos amigos que viven con los papás y le pagan los estudios y todo. Mi mismo cuñado vive con los papás y le pagan los estudios, un curso de inglés, y después si entra a la universidad o si entra a un instituto se lo van a pagar igual. ¡No le trabaja un día a nadie! Yo todos los pesitos que he podido juntar gracias a mi trabajo son para la familia, para poder estudiar, para poder surgir. Ese es como mi pensamiento: surgir, no quedarme ahí, no quedarme ahí tirado.

4. PILAR, CONCEPCIÓN

Mi nombre es Pilar. Soy psicóloga. Trabajo desde el año 2003. Ya van cuatro años. Mi primera pega la tuve a los 23-24 años, cuando salí de la universidad. Igual antes había trabajado en trabajos súper chicos. Trabajé de mesera, hice los inventarios en las empresas grandes, pero casi siempre los fines de semana no más. De repente necesitaba plata para comprarme mis cosas y hacía ese tipo de pegas, pero no porque lo necesitara, sino porque ya me daba lata pedir plata para algunas cuestiones personales: para carretear, para salir, para comprarme cosas. Pero

la que considero mi primera pega fue después de salir de la universidad. Coincidió que yo hice mi última práctica en el área educacional y un profesor que me evaluaba me ofreció la pega. Así fue que entré a un liceo. Me sirvió para aprender. Cuando supieron que tenía el título me miraron de manera diferente y me exigieron otras cosas. Al final fui encontrando algunos problemas entre la teoría y la práctica que se sumaron a problemas de equipamiento para hacer la pega como yo quería, cosas así y me fui.

Entremedio estuve un tiempo sin pega. Ahí viajé a Puerto Montt. Un día dije ya, voy a ver qué encuentro allá, a ver si encuentro algunos proyectos. Y viajé no más. Sentía que igual podía encontrar cosas entretenidas, quería aprovechar las libertades que tenía para ir probando, haciendo investigación, documentales. Por suerte tuve el apoyo de mi familia. Me arrendaban una casa, yo cooperaba con algunas cosas, pero no tenía urgencias, no tenía necesidades que cubrir ni nada que satisfacer inmediatamente. Si pudiera me iría de nuevo. Además que me da la posibilidad de conocer lugares que yo nunca los pude conocer antes, porque no estaban los medios.

Actualmente trabajo en un servicio público. Ahí los programas tienen mucha rotación. Hay gente que está como más apenada, pero hay otros que están siempre rotando. Se trabaja con proyectos, muchos son por dos o tres años, hay poca seguridad porque los contratos son a honorarios. Por eso siempre tengo que estar pensando «o me sigo especializando para tener algo más seguro, o voy a andar siempre como itinerando de aquí para allá». Eso me afecta. Por ejemplo, quería pedir un crédito hipotecario, pero me decían «no, porque no tienes contrato, pero ve si te pueden hacer un contrato por último de dos a tres años, que como vas a estar trabajando así a honorarios, nosotros no podemos confiar en ti», más o menos me decían, «qué pasa si el día de mañana te quedas sin pega, cómo nos vas a responder a nosotros». ¡Poco menos que yo soy inestable, que soy un riesgo! No puedo realizar mi proyecto de tener mi casa,

de tener mi campo, de poder optar a otra forma de vida también. En este momento estoy arrendando, estoy gastando caleta de plata en luz, agua, arriendo, mientras que podría estar invirtiendo en algo propio. Lo que he hecho es aprender a ser ordenada en cuanto a las finanzas, a ahorrar, de repente restringirme en algunas cosas que quiero, no sé. A lo mejor soy súper apretada y demasiado planificadora. Si me llega un poco más de plata, la junto; si no, hago un esfuerzo. Vengo de una familia que ha tenido que hacer mucho esfuerzo para obtener lo que tiene y se han demorado demasiado. Mi mamá recién cuando yo estaba en la universidad se compró su casa. Siempre tuvimos que arrendar, que vivir con la abuela, que atrás, que la casa interior; entonces yo cuando salí quería al tiro tener mi auto, pero más que por darme un lujo, por sentirme cómoda, poder hacer en mi espacio lo que yo quiero, y me lo he podido hacer hasta el momento, aunque llevo poco tiempo.

Yo no sé si a otras mujeres les pasa, pero yo no he tenido dificultades de trabajo por ser mujer. Será porque estudié una carrera en que hay más mujeres que hombres. *Lo que sí siento es que el tema de ser mujer y trabajar es como para ser libre y no depender de otro.* Eso es lo importante del trabajo, que eres independiente y que puedes conseguir las cosas sola, que no te tienes que aliar con un hombre. Pero me he dado cuenta de que es súper agotador, porque sales con la idea de la *superwoman*, y que puedo hacer todo sola, pero necesito ayuda en muchas cosas, en gastos, en lo cotidiano, en el compartir. No alcanza ni el tiempo, ni la fuerza, ni la plata.

En la pega disfruto caleta con los niños, con las señoras, me río, puedo ver cosas súper positivas también, puedo rescatar un montón de cosas, puedo contar cosas entretenidas, en las noches hacer un recuento y sacar cosas a favor. Lo malo es que el trabajo me absorbe mucho tiempo. He tenido que aprender a compatibilizar mi vida personal, equilibrar responsabilidades, cumplir bien con eso que dentro de lo que haces tienes que hacerlo lo mejor posible, ser bueno en eso, seguir capacitán-

dome. En los momentos que me canso a veces me dan ganas de abandonar todo. ¡Si total, qué tanto! El trabajo es parte de la vida, y voy a darme permiso para hacer esto, esto y esto otro, descansar, pero después hay momentos en que me viene el urgimiento y como todo el peso social y las exigencias. *¡Qué lata darme cuenta que el trabajo no lo asocio a disfrutar!* Aún no veo el trabajo así como un espacio que me pueda producir como un espacio de desarrollo personal. Para que llegue a ser así me imagino que tendría que ser independiente, con un grupo de personas, no depender de una institución, de algo político, no depender de un organismo superior. Me gustaría un grupo o un centro que trabaje con niños, pero que yo sea mi propia jefa, que no me tenga que autoimponer criterios o argumentaciones que no van conmigo o que de repente son difíciles de aterrizar en la realidad. No quiero tener organismos superiores que me estén dando lineamientos o diciendo cosas que de repente me parecen inconsecuentes o que son incompatibles con mi forma de pensar. Quiero trabajar acá, tener una pareja, aprender a no darle tanta importancia al trabajo o que el trabajo se convierta en el lugar de desarrollo, en un lugar donde me sienta súper cómoda. No lo veo imposible. Tengo confianza en eso. Para mí la calidez del ambiente de trabajo es más importante que la plata. Yo no podría trabajar en un lugar en el que termino todos los días con dolor de guata. No. Yo renuncio. Una vez salí corriendo de un trabajo. Salí corriendo. Al director le tenía que decir «capitán». Fue en el ejercito de salvación. Hubo un minuto en que me quedé craneándome cómo se hace esto y le dije «sabe qué, hay cosas que a mí no me parecen». Además, el tema de la plata era poca, le dije que no me alcanzaba y salí corriendo. Todos tenían jerarquías raras, y se trataban de manera como súper extraña, entonces era un mundo súper distinto. El mundo del trabajo es un mundo aparte creo yo. Es como que las relaciones son distintas, el tema de la jerarquía, es como aprender a relacionarse de manera distinta, distinto a la universidad, distinto al liceo, distinto a la escuela, distinta a la familia.

Tiene normas diferentes, normas de convivencia distintas, conceptos diferentes, acercamientos distintos también, es como un aprendizaje desde el primer trabajo. Hay que tener cuidado. Es raro pero me pasó en un trabajo que sin que nadie dijera nada, todos andábamos con la mejor pinta. Yo llegué con blusa, el otro llegó con su terno, pero no fue necesario que nos pusiéramos de acuerdo, sino que estratégicamente nos tuvimos que ir adaptando al otro lado.

Igual las relaciones dependen de donde uno está. Yo creo que este mundo laboral se puede transformar en un lugar bien acogedor dependiendo de si los equipos están comprometidos y si están yendo como a un mismo lado. Se puede hacer súper llevadero, rico estar ahí, pero cuando no es así, se transforma en algo agresivo, porque también hay pegas en que me levanto en la mañana y no quiero llegar.

Yo creo que podría encontrar un trabajo como el que busco, con colaboración de otros pares o compañeros. Creo que así se podría hacer algo entretenido. Crear algo propio, salir de los cánones establecidos, de las instituciones formales. Lo que necesito es capital y un lugar físico. Ahora, si no me sale no tendría problemas en trabajar en lo que sea, no importa que no sea de psicóloga. Trabajar en otra cosa, crear algo. No lo vería como una frustración. Creo que incluso me daría la libertad de hacer algo distinto. Es como la tendencia de mi círculo cercano, no de mi familia. Mi familia es como muy tradicional y hay que cumplir con las etapas del desarrollo, hay que casarse, hay que tener hijos, pero sí mis amigas. Yo creo que eso me ha dado el respaldo para creer en esto. Depende harto de uno, de la actitud que tenga, de lo que quiera transmitir, de cuanto pueda también... no ir adaptándose a lo que hay sino tratando de transformar lo que existe, intentar con otras ideas, de a poquito. Paso a paso. Queda mucho tiempo, como si la vida fuera eterna. Yo he tenido la posibilidad de tomarme el trabajo como una experiencia y no como algo obligatorio de tener que trabajar para mantener a mis hijos, la familia, entonces eso también

me da más libertad. Como lo que hice esa vez de salir corriendo si no me agradaba el trabajo sin que tuviera consecuencias tan adversas, porque lo que hago me repercute a mí no más en este momento. Mi mamá, mi papá no pueden llegar y renunciar porque el jefe los trató mal, porque primero tienen que pensar en la familia, que la comida, la subsistencia, los hijos. En cambio yo sí lo puedo hacer, *lo que he hecho me permite jugar, explorar, me permite equivocarme.*

Me gustaría ser mamá, pero no todavía. Me falta hartoo... bueno, no tanto tampoco. Antes quiero más experiencia en lo laboral, en lo personal, desarrollarme, viajar, y sé que con una guagua no lo voy a poder hacer. Lo veo complicado por lo mismo. Lo primero es cómo lo voy a mantener. Si ya se me hace poca la plata, sé que hay mayores gastos. No quiero dejarlo solo. Tengo otras amigas que tienen guagua y a los dos meses lo tienen que dejar solito, ¡y me da una pena! Es que tienen otras exigencias sociales también. Tienen que volver a funcionar de una forma distinta, adaptarse a otro ser. Siento que tener hijos es una responsabilidad, es volcar mis energías en otro, es querer ofrecerle lo mejor y en este minuto no puedo. Me encantaría, pero no puedo. Tendría que generar yo misma otras condiciones. Imagínate. Toda la gente estresada, todo el mundo peleando, en la tarde cuando toda la gente se va a sus casas cansada, desgastada... es una cuestión natural.

Igual eso me hace pensar que hay como una tendencia a aceptar. Es como que el trabajo es trabajo y tienes que aceptar esas condiciones no más y agradece porque tienes trabajo, porque si tú no estás vienen otros que quieren ocupar tu puesto. La culpa es compartida. El gobierno establece las políticas laborales y todo el tema, y *las generaciones anteriores aceptaron muchas cosas*, entonces si ellos aceptaron esas condiciones, nosotros también. Pero igual creo que mi generación podría hacer algo, levantar la voz o empezar a mostrar lo difícil que es trabajar así. Yo creo que es posible que pase algo porque no se puede seguir viviendo así. Nuestra generación tiene mucho que hacer para

que esto cambie. Hay un gran grupo que sigue aceptando lo que le ofrecen, aceptando abusos, aceptando maltrato, pero también creo que hay otro grupo que está siendo súper crítico, y está teniendo herramientas que pueden permitir ese cambio. En conversaciones, en diálogos que se dan, en la fuerza que tienen para plantear sus ideas, sus posturas, sus formas de ser, sus estilos, hacen que los demás los valoren no solamente en lo académico sino que los que tienen grupos de rock, de baile, hiphop, más en lo creativo. Igual yo sé que alguna vez a esos cabros los voy a ver con terno y no me va a sorprender.

CAPÍTULO VI
DISCURSOS SOBRE EL TRABAJO

DISCURSOS SOBRE EL TRABAJO

EL ANÁLISIS DE las entrevistas muestra que la estructura que ha tenido el trayecto de los sujetos configura discursos con algunos matices de diferencia. Al decir esto estamos asumiendo una noción de discurso que incluye el habla —lo que se dice—, pero que también considera aspectos vinculados a las prácticas mismas —lo que se ha hecho—, dos dimensiones que se funden en el relato de la historia de vida personal. La sensación que queda es que la relación entre estudios, trabajo y situaciones personales de vida es fundamental para la configuración de los cursos de vida y los discursos sobre el trabajo. De ello depende en buena medida las expectativas que se cifran sobre el futuro, los pasos que se piensan dar, los tiempos que se le asignan a cada uno y los temores o las preocupaciones que despierta el mundo del trabajo.

En este momento se pasará a revisar los elementos que dieron forma a las conversaciones grupales sobre el trabajo. Estas dinámicas permiten capturar los elementos comunes del discurso de los sujetos —los *tópicos*— y también aquellos puntos donde se perciben discordancias en los significados que se atribuyen a algún objeto de conversación. A continuación se exponen resumidos los elementos que configuran la conversación sobre estos distintos temas. La manera en que se presentan intenta reconstruir la conversación en un nuevo relato que en este caso elaboramos. En ese sentido, el relato que sigue representa sólo una forma de interpretar los discursos y por lo mismo están abiertos a nuevas interpretaciones.

1. EL CAMBIO DE ESCENARIO

Hablar sobre el trabajo necesitó describir el contexto histórico para poder desplegarse y adquirir sentido. Con el desarrollo de la conversación se fue armando la imagen de un mundo del trabajo que tendría elementos que lo harían «nuevo». En el relato se compara lo que habría sido el mundo del trabajo de antes y el de ahora. Una de las primeras referencias para ilustrar este cambio es el tipo de relaciones laborales. Hay una imagen sobre las relaciones laborales de «antes» que se funden en un relato sobre abusos y malos tratos, historias de inestabilidad y sacrificio, que hasta cierto punto han sido reguladas con disposiciones legales y mayores cuotas de fiscalización. Sin embargo, la referencia a estos avances se diluye cuando se verifica una tendencia paralela que sofisticada las estrategias de control y abuso por parte del empleador.

Obviamente estamos más protegidos, pero a la vez los dueños de las empresas también están más vivos. O sea, todo va evolucionando. Todo, todo.

—Saben cómo meter el dedito (Grupo D, Santiago).

En el nuevo escenario coexistirían la gran empresa, las grandes cadenas de supermercados, las transnacionales, con la panadería, la pequeña imprenta, el restaurante. Aquí notan una diferencia: el cambio en la relación entre el propietario y el trabajador. En el mundo de la gran empresa no habría relación directa con el empleador: es un desconocido, tiene representantes, se siente esa distancia que es física y subjetiva a la vez. En el mundo de la pequeña empresa, no. Ahí persiste esa relación personal con el empleador que le imprime cuotas de humanidad que se han ido perdiendo con las lógicas actuales de trabajo y sobre todo con las nuevas lógicas de productividad y de control al interior de los espacios laborales.

En el Líder tú no ves al cabeza de serie, al que la lleva. En cambio yo hice la práctica en una imprenta y yo veía al dueño de la imprenta, lo

veía y hacía trato con él, con el que tenía el poder, me decía «oye, ándate temprano». En el Líder no. Y si claro, si tú necesitas un permiso para irte temprano por enfermedad no más, el de más allá lo va a cortar al otro (Hombre Grupo D, Valparaíso).

Es que yo creo que es un tema de los profesionales nuevos que están llevando los hilos de la parte laboral, es así, porque yo trabajé en una oficina donde había un señor, un profesional, debe tener como setenta años ahora, y él era el jefe de la oficina. Llegaba, teníamos un cierto horario y todo el asunto, pero era comprensivo, mantenía contenta a la gente, no sé, cualquier emergencia, él estaba dispuesto a conceder ciertos permisos con tal que la gente después cumpliera, entonces la gente, frente a eso, se esforzaba por cumplir bien para tener los beneficios. Este señor está jubilando y dejó a los hijos a cargo de la oficina, y se terminó eso, o sea, los hijos no permiten nada: no hay permisos, no hay llamadas de teléfono, controlan cuántas veces se paró, si está haciendo el trabajo o no (Mujer Grupo C, Valparaíso).

Esta variedad de tipos de instituciones que operan en el mercado de trabajo habría diversificado las alternativas laborales. La idea que «trabajo hay» se enuncia en varios pasajes de la conversación, pero de inmediato surgen los límites. En muchos casos se trataría de trabajos de «mala calidad» que algunos no están dispuestos a hacer o que al menos tratan de evitar. El otro límite es la intensificación de la competencia. La referencia a las filas de postulantes, las entrevistas y los procesos de selección componen un cuadro de experiencias de búsqueda de empleos que de tan «masivos» —que es la manera en que definen al tipo de trabajos que se ofrece en diarios y bolsas de empleo de todo tipo—, se hacen escasos. A esto se suma el fantasma permanente del «ejército de reserva» que produce un sentimiento de angustia ante la prescindencia.

Si esto es igual que una carnicería. O sea, hay mucha gente que está esperando mi cabeza, que yo quede sin pega, y ¡pum!, viene otro... Y así sucesivamente, o sea, ahí viene otro, y otro. Esa es una presión extra, la presión de venir a trabajar y a la vez sostener el trabajo (Marco, Valparaíso).

Los empresarios no se van a calentar porque...

—Si no estás tú viene otro atrás y les sirve igual. Es un mero costo (Grupo C, Concepción).

Quizá por lo mismo lo que más caracterizaría la subjetividad en este nuevo escenario es la individualización de las lógicas de acción. Prácticamente no se producen referencias a la ideología del trabajo como instrumento de desarrollo de un colectivo mayor. La contribución al desarrollo colectivo ocupa un lugar muy marginal, y cuando aparece, sus referentes no son el «desarrollo del país» o el «progreso de la nación», sino de colectivos intermedios, fundamentalmente comunidades, o en términos más abstractos, «la gente», que se asocia fundamentalmente a los sectores con malas condiciones de vida. Este discurso está presente principalmente entre profesionales del «área social». Pero el discurso que domina la conversación es que el trabajo es para el bienestar personal, a lo más, familiar, y eso de algún modo ha ayudado a diluir los códigos de solidaridad que regulaban el mundo de los «trabajadores de antes».

Por ejemplo si yo hablo con mi abuelo, para él su trabajo era como su segunda casa, así, literalmente, pasaba todo el tiempo ahí, habían redes de amistad muy fuertes, habían sistemas de protección, habían ejercicios simbólicos muy importantes como preocuparse de sus familias, de beneficios, salud, que ahora tampoco están muy considerados (Mujer Grupo C, Santiago).

Yo igual trabajé en un supermercado. Ahí hay dos jefes, y esos dependen de la central, y si se hace sindicato en ese supermercado, los dos que se van son los jefes de ese supermercado. Así que ellos tienen que... ellos valorizan por ellos mismos, se aseguran ellos, y si ven que hay un problema, prefieren echar a ese personal antes que pierdan ellos (Hombre Grupo C, Concepción).

Frente a este mundo marcado por la competencia, que obliga a cada uno a velar por sus intereses, la sensación compartida es que el camino por el mundo del trabajo es individual. Entrar y mantenerse es responsabilidad de cada uno. La estrategia que se impone como de sentido común es el agenciamiento y la pre-

paración, que son tareas que incumben por sobre todo al individuo. Cada cual tiene que aprender a moverse por este mundo, gestionar su propio destino, «venderse» de la mejor forma, tomar decisiones y tratar de invertir de la mejor manera.

Entre esas inversiones, la más rentable serían los estudios. La conversación sobre el trabajo inevitablemente desemboca en una conversación sobre los estudios y «el título». En principio nadie discute que los estudios operan como la llave de acceso más importante al mundo del trabajo, y forma parte del sentido común que dependiendo del título es el tipo de trabajo que se puede llegar a desempeñar, si es un trabajo «masivo», que «cualquiera puede hacer» o uno «especializado».

Entonces yo digo que lo más importante para nosotras las mujeres, y para todo el mundo que entra al mundo laboral, es tener una base educativa. Si no tenemos esa base educativa, siempre vamos a estar rasguñando los mismos trabajos (Mujer Grupo D, Concepción).

Este peso que ha adquirido el título como factor de entrada al mundo del trabajo se presenta como uno de los hechos que mejor simboliza sus transformaciones. Por relatos de adultos conocidos, saben que antes la entrada al mundo del trabajo era relativamente simple y que los estudios no representaron mayor preocupación para las anteriores generaciones de sus grupos. Ahora no. Por eso se sienten arrastrados por una especie de «fuerza» que los obliga a estudiar, pero que los termina agobiando al punto de la añoranza por tiempos pasados.

Me hubiese gustado haber nacido, no sé, sesenta años atrás. A lo mejor ahí no hubiese tenido la necesidad de estudiar, y hubiese entrado como ayudante, no sé, a Petrox, a Huachipato, y ahí hubiese podido hacer carrera y hoy día hubiese tenido una tremenda casa, mis hijos hubiesen podido estudiar en el Colegio Concepción, no sé (Grupo Hombres C, Concepción).

Pero el acuerdo inicial sobre el peso de los estudios y el título se empieza a relativizar en la medida que se desenvuelve la

conversación sobre este punto. La referencia a la saturación de algunos campos profesionales y la figura del universitario cesante o que trabaja en un campo diferente al de su profesión, ayudan a explicar el asomo de un nuevo escenario en que el título viene perdiendo peso. Entonces toma fuerza un tópico que pone en entredicho la inversión en estudios superiores y el valor simbólico de los títulos profesionales: el título es una herramienta, pero no se traduce en mejores conocimientos ni en mayor capacidad para trabajar. Además, a diferencia de antes, ahora un título no necesariamente aseguraría un puesto de trabajo. Incluso en cierta medida puede llegar a convertirse en un límite: cierra la gama de perspectivas y concentra las apuestas en un solo campo.

Hay muchos profesionales que estudiaron cinco años y todo lo demás, y quieren buscar pega en lo que estudiaron, habiendo otros trabajos que no estudiaron, que les pueden dar ingresos, pero ellos como salieron de la universidad, les enseñaron a hacer eso, eso, me entiendes, se encierran en eso y caen en eso y muchos caen, por ejemplo, en depresión por no encontrar la pega que ellos quieren, saliendo de profesional (Mujer Grupo D, Valparaíso).

Esta situación ayuda a emparejar la desventaja que podrían tener quienes no tienen profesión. En escenarios en que el título estaría perdiendo su potencia como llave de entrada al mercado del trabajo, se revaloriza la experiencia que se hace trabajando, el desarrollo de un oficio.

O sea, por ejemplo, cuando tú dices... yo no concuerdo contigo cuando tú dices... que ya, los sueldos, somos profesionales y todo el cuento, y tú no, pero tú eres un profesional de las ventas y se nota. Y yo, finalmente yo creo que el tema de ser profesional tal vez no pasa sencillamente por haber estudiado algo sino por dedicarse a hacer algo uno (Hombre Grupo C, Concepción).

El mismo tópico revalida también las disposiciones individuales, la actitud, la «mentalidad», lo que termina reafirmando la individualización de las soluciones: depende de uno como le vaya. Para eso hay que estudiar, atreverse, moverse, creerse el

cuento. Todo vale. También los contactos. La referencia al «pituto» es permanente y hasta cierto punto representa un mecanismo naturalizado para encontrar trabajo. No hay una condena ética al recurso de los contactos en sí mismo. De hecho suelen recurrir a este mecanismo y saben que funciona. El problema para los jóvenes de estos sectores es que por uno y otro lado se sienten en desventaja. Por el lado de los contactos, la comparación con los jóvenes que pertenecen a los estratos altos, la referencia a apellidos de la oligarquía o incluso a aspectos biológicos —el aspecto físico, el color de piel o pelo—, expresan la posición de un sector de la juventud que se siente fuera de las redes de poder y que termina restándole efectividad al recurso de los contactos: los suyos son limitados y se mueven en un rango que se ajusta a su posición.

Si al final de cuentas somos hijos de vecino... Soy el primer profesional de mi familia, incluyendo la de mi mamá y la de mi papá, el primero. O sea, no tengo ningún familiar a quien recurrir y decirle... Entonces... ¡Y uno está cagado! (Hombre Grupo C, Concepción).

Por el lado de la experiencia, en tanto, se ven atrapados en un círculo que no saben por qué lado romper. Todavía sienten que no logran evitar la sospecha sobre su inexperiencia, y eso es común a todas las situaciones. Para quienes han venido dibujando una trayectoria laboral dispersa, con trabajos en distintas áreas, es difícil definirse como una persona con experiencia en un campo específico, y eso complejiza la posibilidad de garantizar experiencia como para hablar de un oficio. Por eso no es raro que los trabajos muchas veces se reduzcan a una experiencia *en sí*, que permite aprender sobre el mundo del trabajo y sobre uno mismo, que también ayuda a reformular las expectativas, pero que no necesariamente se traduce en una acumulación de experiencia funcional a la inserción laboral.

Los estudios tampoco se traducen en experiencia laboral. En el discurso se separa el saber teórico que adquiere el profesional del saber práctico que acumula el trabajador. Incluso se

tiende a asumir que estudiar aleja del trabajo, una lejanía que se puede reducir parcialmente cuando se combinan trabajos y estudios, pero que no se logra zanjar principalmente por la poca relación de esos trabajos con los estudios que se están cursando: son «pegas chicas». Solamente quienes han logrado ejercer un trabajo en un campo más o menos definido de actividad pueden hablar de acumulación de experiencia. Sin embargo, ni siquiera en estos casos esa experiencia sirve para romper los límites que se impone a los jóvenes en el actual mundo del trabajo, pues hay una última traba para su entrada plena que es la presencia de barreras generacionales que les impiden entrar con propiedad al mundo laboral y expresar una especie de «energía renovadora» que definen como una característica del sujeto joven. El «viejo», «el que está en los puestos», representa un límite difícil de superar y que termina generando una sensación de impotencia por una especie de abuso encubierto en la jerarquía.

Entonces ya nosotros somos engranajes que están sobrando y tenemos que empezar... Por ejemplo, a mí me gustaría desarrollarme en el tema de la docencia, y mi sueño sería, el sueño del pibe, hacer clases en la Universidad de Concepción, sociología. ¡Pero tengo que matar a un viejo para entrar! (Hombre Grupo C, Concepción).

Yo tengo un jefe acá en la zona que no desempeña esa labor. Y yo soy como la sombra de él. Yo hago todo el asunto y él es la cara visible para la empresa. Y como que esa cuestión es fome. Igual, para las vacaciones, ellos se van todos de vacaciones y yo hago el reemplazo. La última vez vendí como cuatro o cinco millones de pesos, y el porcentaje de venta ni lo ví (Hombre Grupo C, Concepción).

Esta sensación de impotencia e incertidumbre sobre cómo romper estas barreras es lo que finalmente une los discursos de trabajadores y profesionales. En ese sentido es ilustrativo que, al cierre de una de las conversaciones grupales, se rescatara como uno de los aspectos positivos de haber participado en la conversación el haberse podido dar cuenta que en el fondo todos, tuvieran o no estudios profesionales, compartían los mismos problemas.

2. EL TRABAJO: ENTRE LO IDEAL Y LO POSIBLE

En torno al trabajo existe una tradición ideológica que lo define como la actividad humana por excelencia. Ese concepto está presente en toda la conversación que desarrollan los jóvenes. En términos subjetivos, el trabajo representa uno de los ejes centrales en su desarrollo o realización personal. Independiente de las palabras con que se nombre, si es «dignidad», «valoración», «humanización», el trabajo tiene una carga ontológica ineludible: está al centro del problema del sentido de vida. Por lo mismo se habla de un tipo ideal de trabajo que lleva al plano de «lo soñado» o de «la felicidad».

En general todos identifican una actividad que «les llena», algo íntimo que les gusta o gustaría hacer, sueños que arrastran desde la infancia o la adolescencia. Incluso algunos se han venido creando los espacios para realizar esas actividades. Pero ahí aparece un primer dilema: no saben si llamarlas trabajo o darles otro nombre.

Tú te puedes ganar la vida teniendo un trabajo, pero también hay cosas que pueden no ser remuneradas, pero siguen siendo trabajo, y que tiene que ver con algunas actividades paralelas que uno puede desarrollar y que no necesariamente son remuneradas, pero sí son, para mí, son trabajo (Hombre Grupo C, Santiago).

La duda se produce porque a la actividad que se hace por gusto le falta el otro componente que es básico en la definición del trabajo: su función como medio de reproducción y supervivencia. Es un tópico común que una de las funciones del trabajo es permitir la sobrevivencia. En esta conversación el eje es el dinero. Sin dinero no hay supervivencia, y sin trabajo no hay dinero. A algunos les produce cierta incomodidad asumirlo, sobre todo a los profesionales que privilegian la dimensión ontológica del trabajo, y otros lo asumen sin rodeos, aunque no sin cierta contradicción («por el maldito y sucio dinero»), pero todos asumen que no se puede hablar de trabajo sin hablar de dinero.

En el cruce entre estos tres elementos —trabajo, realización personal y dinero— se articula una de las tensiones subjetivas más patentes en la conversación. Lo que define a ese trabajo ideal del que se habla es que cubra esta dualidad: la realización personal y la necesidad de reproducción, que es a la vez reproducción biológica (supervivencia) y reproducción de una condición social. Ambas dimensiones se funden en el discurso: no hay realización personal sin bienestar material. Lo complejo es que ya sea por experiencias ajenas o propias, saben que «vivir de lo que a uno le gusta» es una posibilidad esquivada. La experiencia más común es que lo hecho por gusto traiga satisfacción, pero «no dé para vivir». Por eso la conversación sobre este punto termina desembocando en una utopía.

Si todos trabajáramos en un trabajo que nos guste, el mundo sería perfecto, y nunca va a ser así (Hombre Grupo D, Santiago).

Sabes que por mí, a mí me pagaran por hacer lo que hago en mi... no es mi tiempo... o sea, es mi tiempo libre, pero es lo que yo quisiera hacer siempre. Yo por mí me pagaran por hacer eso... si yo en Chile pudiera vivir de mi música y lo que a mí me gusta, yo sería feliz (Mujer Grupo D, Concepción).

Ante la dificultad para cubrir en una sola actividad la necesidad material y la «espiritual», se van configurando distintas posturas discursivas. Una de ellas es la clausura de los sueños y un traspaso de la realización personal al plano personal, un discurso que está más presente entre quienes no tienen estudios superiores y se han dedicado a trabajar desde hace tiempo.

Yo me veo ahí. No es como que tenga sueños, sino que me veo ahí, no tengo como otra, como surgir. No. Seguir ahí. Igual en lo personal tener mi casa, tener hijos, mi familia, pero yo me veo ahí, como que estoy tan contenta ahí (Mujer Grupo D, Santiago).

Otra desemboca en una relación «instrumental» con el trabajo. Ante la separación entre lo que les gustaría hacer y la necesidad de supervivencia, se sacrifica la primera parte de la ecuación y

se privilegia el dinero, que a fin de cuentas es más apremiante. Por eso no importa de qué trabajo se trate, y por eso también la apertura a transitar por empleos de distinto tipo. De hecho la rotación ha sido un elemento común en las trayectorias laborales de los jóvenes de estos sectores y en muchos casos responde a una búsqueda que privilegia el dinero ante la clausura temporal o definitiva de la realización personal en el trabajo, no sin cierta resignación.

Para mí, mi ideal de trabajo es amar lo que uno hace, y lamentablemente me he visto envuelta en varias cosas que no amo, pero que tengo que hacerlas igual (Mujer Grupo C, Santiago).

No sé, uno tiene que darle no más. Uno en este mundo necesita plata, tiene que hacer lo que sea si no tiene plata (Mujer Grupo D, Valparaíso).

De todos modos, la adopción de esta relación instrumental con el trabajo no pareciera ser definitiva. Por el contrario, lo más común es que los jóvenes de estos sectores se sientan en medio de una búsqueda de ese equilibrio entre estos dos imperativos, una búsqueda que es transversal y que comparten trabajadores y profesionales, pero que se expresa con algunas matices de diferencia en el discurso de uno y otro grupo. Para quienes han transitado ligados al trabajo, que no tienen estudios superiores y que ya no piensan o no pueden iniciar ese proceso, la búsqueda de un «buen trabajo» se asocia más a condiciones laborales genéricas que satisfagan sus expectativas. Quizá por eso el término que condensa la búsqueda de quienes encarnan este discurso es el *agrado*, que incluye la demanda por un nivel de ingresos satisfactorio, un buen trato en las relaciones jerárquicas, condiciones contractuales, y en su extremo, por un buen «clima» entre los compañeros de trabajo, que representa el último reducto donde se puede encontrar ese agrado.

Hay trabajos que uno los valora porque son de su agrado. Yo, por ejemplo, mi trabajo no es que no lo valore, pero no es de mi agrado. Me dijeron un día, «sabes qué, necesitan a alguien para vender», y a mí

jamás me han gustado las ventas; o sea, yo lo tomé porque dije, «chuta, viene diciembre, para tener una platita», me fui encalillando, tienes que pagar tus cuentas, pero no es un trabajo como para que yo me proyecte ahí. No. O sea, si alguien, como decía ella, si encuentro un trabajo, yo me voy al tiro (Mujer Grupo D, Concepción).

Yo igual he trabajado en cosas re'perras, pero uno se hace un ambiente laboral. Entonces la pega puede ser muy penca, muy penca, pero tú si tienes unos buenos amigos adentro, una buena conversación con tus compadres, da lo mismo que te paguen cinco lucas. El clima que se genera es súper importante (Hombre Grupo D, Valparaíso).

También es importante que el trabajo no sea «aburrido», que no sea tiempo perdido, que en cierta medida se convierten en los últimos depósitos para que el trabajo o, incluso, la existencia, no pierdan todo su sentido.

Yo renuncié al trabajo porque estaba todo el día ahí sentada, ino sonaba ni el teléfono! (Mujer Grupo D, Concepción).

Pero lo más característico en este discurso es que, sea por resignación o por una evaluación realista de su situación, el logro de un buen pasar económico se termina convirtiendo también en fuente de realización personal, porque representa la valoración que los otros hacen de su trabajo y de ellos mismos. El *ascenso* o el aumento de los ingresos son dos formas en que se expresa este valor, que de paso permitiría sacrificar en parte el gusto por la actividad, que de todos modos puede llegar con el tiempo o la costumbre.

En el discurso de los profesionales, el tópico común es que la búsqueda se dirija no tanto al *agrado* sino al *gusto* por la actividad en que se van a desempeñar, que en buena medida pasa por lograr una continuidad de sentido entre estudios y trabajo, que es su gran temor. La importancia del gusto pareciera reflejar que la búsqueda de este equilibrio les ofrece más alternativas. Se puede complementar el trabajo por gusto con otra actividad paralela que cubra la necesidad económica, o se puede buscar otro tipo de trabajo si la necesidad apremia; pero en ambos casos se

trata de medidas temporales que implicarían prorrogar el deseo de realización en el trabajo y bajar las expectativas para ajustarlas más que nada en términos de los plazos que se asignan para cumplirlas. El problema es que ambas alternativas implican el sacrificio en el presente de una de las partes de la ecuación, y eso los obliga a gestionar la contradicción entre sus sueños y su situación, con el temor anexo a verse repitiendo la historia de sus padres y tener que «empezar de cero».

Igual a mí mis papás me han comentado que han venido de abajo, pero hoy en día no es así, o sea, mi mamá cuando me dijo «tienes que entrar a estudiar», entra a estudiar ingeniería o algo así, ya te predisponen a que tú tienes que ser más que... ¡más que tus viejos! No ves como lo otro de que tienes que empezar de abajo, no, al tiro métete a medicina, métete a ingeniería, métete a... me entiendes o no, a las carreras más altas que te permiten llegar a un nivel de vida superior. Entonces, si te predisponen a eso es difícil que tú puedas cambiar el *switch*, y decir «ya, tengo que empezar de abajo» (Hombre Grupo C, Concepción).

De todos modos, en el discurso de los profesionales se deja ver una mayor confianza en que van a lograr equilibrar de mejor manera esa balanza en el mediano o en el largo plazo. En cierta medida el hecho de ser profesionales les otorga un margen más amplio para negociar entre «lo que se quiere hacer» y «lo que le piden que haga», de buscar espacios para desarrollar los gustos o los intereses personales dentro de la profesión. Pero más allá de estas diferencias, lo que une ambos discursos es esta búsqueda por combinar la posibilidad de desplegar su «vocación» con la búsqueda de un bienestar económico.

Nadie concibe una vida sin trabajo, porque sin trabajo se corre el riesgo de «no ser nada», que se asocia al desarrollo de las potencialidades individuales, pero también al logro de una posición en la estructura de la sociedad en general, de un campo en particular o de un espacio laboral específico. Lo que es especialmente complejo para un sector de la juventud que se autodefine transitando por una etapa de su existencia en que ya se les vino encima el momento para tomar las grandes decisio-

nes, en que se les acaba el tiempo para «reinventarse», para lograr un «buen trabajo», o más allá todavía, para decidir lo que van a hacer por el resto de la vida; y eso genera angustia y una sensación de incertidumbre que termina produciendo una conversación en la que abundan los «de repente», los «en una de éstas», los «quizá», los «no sé», todas expresiones que dejan el futuro en suspenso.

3. LA RESIGNIFICACIÓN DE LA ESTABILIDAD

Uno de los grandes temas cuando se analizan las transformaciones en el mundo del trabajo es la inestabilidad laboral. La rotación laboral y la desprotección social que implica se entienden como una de las tendencias más características de las transformaciones contemporáneas en el mundo del trabajo. Esas tendencias se expresan claramente en la subjetividad de estos jóvenes, y en las dificultades que sienten para hablar de estabilidad en el escenario actual.

Es como irreal a veces porque, por lo mismo, tienes contrato pero no lo aplican. Entonces, es muy... ya llega a ser ambiguo en realidad el mismo, la misma palabra. Como que ya no existiera la estabilidad y como que nos hacen creer también que no va a existir estabilidad (Mujer Grupo C, Santiago).

Por un lado no se puede pensar en la estabilidad «de antes», si de algún modo se teme a la rotación, sin embargo la conversación muestra referencias que son ambivalentes. *Por un lado así-an estabilidad, pero también anhelan el cambio.*

Quizá la reificación de esta ideología que individualiza el destino laboral y esta búsqueda de soluciones individuales a las tensiones subjetivas del trabajo, predispone al tránsito por distintos trabajos. En este escenario donde nada es seguro, es mejor estar dispuestos al cambio, lo que en el fondo sería un atributo del sujeto contemporáneo que se expresaría de sobremañera en los jóvenes.

Estamos más dispuestos a movernos, y también tiene que ver con este desligue en general, con este individuo de esta época, que se ha desligado hasta del lugar donde vive, del trabajo que tiene (Hombre Grupo C, Valparaíso).

El peso de la evidencia obliga a asumir que el cambio de trabajo es una realidad transversal, que atraviesa todos los sectores. Para los profesionales que trabajan por proyecto la rotación es inevitable. Lo mismo para quienes no tienen un oficio definido o los que trabajan por obra: todos están sujetos a cambio. Son las reglas que dominan el mundo del trabajo. Se da por hecho que los trabajos de por vida ya prácticamente no existen. Su propia trayectoria laboral les ha enseñado a convivir con la rotación, a adaptarse a este escenario, en un efecto subjetivo que se expresa cuando se proyectan hacia el futuro y se ven en permanente movimiento.

A mí me pasa algo parecido. A veces cuando me pienso, me miro, yo espero no estar más de cinco años más acá, para poder pensar en otra pega, en otro lado, y así... pienso en ciclos, pero me cuesta pensarme en esta cosa de la carrera en una sola empresa, o en una sola institución durante años. Cambiar para no acostumbrarse, porque la rutina al final igual te va matando en ese sentido (Grupo C, Valparaíso).

La figura de la vida en *ciclos* expresa la subjetividad de un sujeto que evita aferrarse a un trabajo, porque eso le significaría aferrarse a una vida plana, uniforme, que «achata». Por lo general están lejos de identificarse con la imagen de quien por años se dedicó al mismo oficio y en el mismo lugar. Le temen a la rutina y la tratan de evitar. La rutinización de un trabajo mecaniza, y eso termina quitándole sentido a la actividad. También afectaría la productividad del trabajo, porque pierde el atractivo y se hace sin ganas. Por eso no es extraño que se llegue a anhelar el cambio permanente de trabajos. Incluso el paso por distintos trabajos tiene la virtud de generar experiencia: permite aprender sobre el trabajo y sobre sí mismo, diversificarse, y no hacerlo de alguna manera se puede convertir en un *karma* al momento de postular a un trabajo.

Esta contradicción en que desemboca la conversación sobre la estabilidad de todos modos deja entrever un matiz de diferencia en cómo proyectan las razones de ese cambio hacia el futuro trabajadores y profesionales. Como vimos, en el discurso de los trabajadores el cambio de trabajo obedece más a una búsqueda de condiciones laborales y salariales que se ajusten a sus expectativas, y por eso no tiene plazos predecibles. Entre los profesionales, por su parte, el modo en que proyectan el futuro de su trayectoria se acerca más a la idea de un desarrollo profesional, a un ir «quemando etapas» en una carrera progresiva. Pero más allá de la diferencia, en ambos discursos pareciera que el cambio de trabajo se anticipa como una decisión del sujeto, con la saturación y la pérdida del interés por la actividad como referentes comunes.

Lo que decías tú es como lo que decía yo un rato atrás. Lo que dices tú, el trabajo, la proyección. A lo mejor no es ganar más dinero, pero no estar constantemente, estar sentada ahí, no, y seguir sentada todo el año, todo el año, todo el año, no. Hay que igual ir cambiando (Mujer Grupo D, Concepción).

Sin embargo, esta individualización de la decisión del cambio de trabajo sigue siendo un anhelo, un ideal que se repliega cuando la conversación descubre que no son ellos quienes controlan la situación en el mundo del trabajo. La sensación de prescindencia o la ideología del subordinado que tiene que cuidar el trabajo para no perderlo, limitan la autonomía de esos cambios de trabajo. Y es que en un escenario de competencia y sobreoferta de mano de obra, el movimiento contiene el riesgo del desempleo, la desprotección y la precariedad económica, al menos temporalmente. Por eso se les hace difícil resolver una postura clara respecto a la estabilidad y cómo definirla. Por un lado anhelan tener el grado de libertad para moverse por el mundo del trabajo, pero por otro lado también quieren tener una condición de vida estable, que pasa fundamentalmente por lograr un flujo de ingresos que no se interrumpa. Les provoca

temor perder esta regularidad porque es la que les garantiza mantener un estilo de vida y financiar sus proyectos de vida. De hecho la falta de estabilidad laboral y económica se presenta como una de las principales trabas para realizar los proyectos familiares.

Igual a mí ya me hubiese gustado ser papá. No me gustaría tener tanta diferencia con un hijo, esperando alguna vez poder carretear con él, y no tener, no sé, setenta, y que el loco tenga veinte, ya no me va a pescar, un viejo gagá. Entonces me gustaría ser joven para poder disfrutar una familia. Hasta el momento no lo he podido hacer porque todavía no, lo que más he durado con contrato, un año, porque después del año te tienen que poner contrato indefinido (Hombre Grupo C, Concepción).

Aquí se vuelve relevante el contrato. Si antes, cuando eran más jóvenes, el contrato y la seguridad no importaban mucho, ahora sí que importan. Su propia experiencia de abusos de todo tipo en trabajos sin contrato les ha enseñado a ponerle atención. El contrato representa la herramienta que garantiza una cuota mínima de seguridad subjetiva en una relación laboral. Por el contrato pueden reducir la incertidumbre porque pone límites a las posibilidades de abuso y aminora la sensación de prescindencia. Además, el contrato representa la posibilidad de acceder a los sistemas de protección social y a las formas contemporáneas de consumo. El problema es que en el escenario actual el contrato, o no existe, o si existe no es prenda total de garantía.

Y ya el tema de la flexibilidad laboral, la subcontratación, y un montón de cosas, y puro prometiendo, no sé, «no, si ahora va a ser más estable, ahora sí, ahora sí», pero... sigue igual.

—Al final como que uno tiene que estar agradecido de tener un contrato. Tiene que llegar al otro extremo (Grupo C, Santiago).

Yo tengo un contrato pero me siguen pagando las horas hechas. Si no hago clases no, no tengo sueldo fijo. Si me enfermo, me enfermé no más. Igual tengo un contrato, pero no me significa nada (Mujer Grupo C, Santiago).

De ahí que, como ya no se puede hablar de la «antigua estabilidad», la salida es ampliar el significado de la palabra. Ahí la estabilidad se extiende y pasa a cubrir el plano «psicológico» también, el logro de una estabilidad interna, emocional, que es mucho más compleja que la estabilidad laboral solamente, y que en el fondo expresa los alcances subjetivos que tiene el trabajo para los jóvenes.

Creo que se combinan varias cosas, como estabilidad económica en lo formal y estabilidad psicológica, estabilidad como en las condiciones también, como el trato, como la forma en que te relacionas con otro, creo que es como un conjunto, no va por separado (Mujer Grupo C, Santiago).

La estabilidad ampliada cubre todos los aspectos del trabajo y de la vida. Pasa por el logro de un trabajo lo más cercano posible a ese trabajo ideal, también pasa por un tema de contrato y de estabilidad económica. Pero el elemento que resignifica la estabilidad es que no cierra la posibilidad al cambio. Más bien se trata de estabilidades parciales, temporales, de lograr que se ajusten al ritmo de los intereses personales.

Ya la antigua estabilidad de la previsión, sobre todo en la edad juvenil, de la previsión, de la salud, de la AFP, a mí me daba lo mismo, hasta este año, y ahora voy a pensar en la otra estabilidad, en la estabilidad del contrato, pero voy a pensar en la estabilidad, no sé, de un año, dos años, hasta tres años, ver si la empresa puede surgir más allá y si la empresa sigue avanzando también, voy a seguir pensando en esa estabilidad, pero en este momento pienso en una estabilidad temporal (Hombre Grupo C, Santiago).

Hay una paradoja porque por un lado anhelamos tener un contrato de trabajo seguro y estable, en un lugar que nos dé derecho a salud, a casa, a educación y que podamos desarrollar, no sé. Pero por otro lado también, yo creo que en algún minuto, también quiero un sentido como más humano o que yo pueda ir modificando los distintos intereses que tengo, a lo mejor trabajar en un lugar menos... o después si me quiero cambiar poder tener esa flexibilidad de tomar la decisión de agarrar mis cosas e irme a otro lugar o trabajar en otra área (Mujer Grupo C, Valparaíso).

Su gran temor, en el fondo, es no lograr una unidad casi «existencial» que no ponga en juego la regularidad que necesita la reproducción material. En ese sentido, esta resignificación de la estabilidad puede estar operando como parte de un mecanismo para adaptar la subjetividad a un nuevo escenario que rompe con los imaginarios sobre la estabilidad porque corresponden a un mundo del trabajo que es cada vez más lejano o que simplemente ya no existe.

La dificultad es que solucionar estas tensiones se entiende como un problema básicamente individual. Sea trabajando para acumular un capital de reserva que permita sortear el período de desempleo o por otro mecanismo, no se logra articular otra salida que no sea adoptando una estrategia personal. Es cada uno quien debe resolverlo y eso devuelve la conversación a la idea de la búsqueda de condiciones laborales que brinden mayores garantías. El problema aquí es para quienes ya son independientes, pero sobre todo para quienes tienen mayores cargas de responsabilidad. En estos casos la posibilidad de búsqueda se reduce, se pierden los márgenes de movimiento y se amplía.

4. ENTRE LA SIMULACIÓN Y LA IDENTIDAD

En la medida que avanza la conversación sobre el mundo del trabajo, aparece un conjunto de imágenes que lo van definiendo como un mundo con códigos propios y lógicas de acción particulares. El mundo del trabajo filtra en su entrada, selecciona a los aptos y deja fuera a los que no responden a las exigencias. La presencia de la figura del «perfil» que piden las empresas, esta especie de «tipo ideal» de trabajador, muchas veces obliga a tener que ajustarse a cómo quieren que sea.

En cualquiera de sus etapas, la selección aparece como una especie de juego de imágenes. Desde el currículum y el título, hasta la presencia y el carácter, son todos elementos que entran en este juego en que el sujeto muchas veces tiene que presentarse como no es, simularse, o incluso asumirse como un pro-

ducto y «venderse». Lo complejo es que en esta dinámica el control lo tiene el que selecciona.

Si ése es el problema, ¿uno cómo puede saber lo que necesitan ellos? Cómo saber cómo tienes que comportarte, cómo tienes que cruzar los pies, cómo tienes que poner las manos. Yo creo que en una entrevista ellos se deben fijar en todo (Hombre Grupo C, Santiago).

De todas formas, ya sea por experiencias propias o ajenas, se puede aprender un conjunto de estrategias de simulación. Se puede recurrir a juegos de seducción, sea por la apariencia o la personalidad, o por ambos a la vez. También se puede tratar de impresionar en una entrevista de trabajo, demostrar seguridad en sí mismo, que suponen un atributo común del ideal de trabajador que buscan las empresas, o aplicar una serie de técnicas en los test psicológicos para acercarse a las características que debiera cumplir un hipotético perfil.

He escuchado a muchos sobre ese tema de las figuritas, he escuchado que no pongas nunca cosas cochinas, inunca cosas cochinas!

—Todo blanco.

—Claro. Puedes ver un gusano desangrándose, pero tienes que ver una mariposa (Grupo D, Santiago).

Después en la entrevista, como se dice uno tiene que irse bien convencido uno primero para convencer al que tienes que... a la otra persona.

—Tienes que venderla (Grupo C, Concepción).

La simulación permite entrar al mundo del trabajo, pero se extiende una vez dentro. Pasada la selección, hay que acatar, asumir las normas y los símbolos con que opera el mundo del trabajo, asumir la forma de ser que impone. Esta adaptación representa una ruptura especialmente compleja cuando se es joven. Muchas veces incluye cambios en la estética, en el pelo, en los hábitos y los modos de vestir. Pero también implica la sumisión, o su simulación, que en el fondo refleja el discurso que impone la subordinación.

Es complicado porque de repente para cuidar tu pega es más fácil quedarte ahí, piolita, lo más bajo perfil (Hombre Grupo C, Concepción).

Hay otra dimensión de la identidad que también es compleja de mantener, aunque se reduzca principalmente a quienes tienen un título que en principio les aseguraría una posición privilegiada en el futuro. En estos casos está el temor a no perder lo que se puede definir como una identidad de clase, de ser fieles a su origen, y no olvidar que «vienen de abajo» cuando supuestamente «estén arriba».

Lo interesante es que la conversación sobre estas estrategias para entrar y mantenerse en el mundo del trabajo contemporáneo, muestran que por todos lados pareciera que la identidad se ve amenazada. Ya sea por la entrada o por la permanencia, se habla de una negación a la posibilidad de ser *sí mismos*, ser como ellos quieren ser. No se logra articular un discurso que resuelva esta tensión de mejor manera que transando o simulando. Hay intentos de resistencia parciales, que tienen que ver con la defensa de una estética, o con otros mecanismos para mantener una cuota de autonomía, pero son difíciles de sostener cuando pasa el tiempo y la falta de trabajo empieza a generar problemas, sobre todo para quienes tienen responsabilidades familiares.

En el caso de mi pelo, no me lo cortaré. Pero si ya, no sé, si tengo tres pendejos atrás... Solo, yo no me lo corto. Yo voy a otra pega, y si no, voy a otra, a otra, a otra, hasta que me acepten. Pero si tengo hijos ya es otra cosa, es otra cosa.

—Es que ahí cuando uno tiene familia ya uno no la ve por uno (Grupo D, Valparaíso).

Una situación compleja si tenemos en cuenta que el discurso que elaboran en el fondo demanda un reconocimiento a su «persona». La idea que los valoren «por lo que son», que puedan ser ellos mismos, es posiblemente uno de los anhelos más profundos de los jóvenes respecto al mundo del trabajo. Por eso cuando la posibilidad se da, aunque sea excepcional, produce

una satisfacción que lleva incluso a transar con las otras dimensiones que debiera cumplir un trabajo ideal.

El ambiente es muy relajado, mis compañeros son muy buena onda, entonces eso lo paga todo. No me pagan muy bien, pero yo estoy relajado, estoy bien, soy yo, no ando fingiendo ser otra persona. Soy yo y me desenvuelvo con naturalidad (Hombre Grupo C, Valparaíso).

5. EL PROBLEMA DEL TIEMPO: ENTRE EL TRABAJO Y «LA VIDA»

Anteriormente vimos que al conversar sobre el trabajo los jóvenes hablan de una actividad que representa un componente esencial de la vida, pero eso no implica que en esa conversación la vida y el trabajo signifiquen lo mismo. El trabajo forma parte de la vida, pero no es la vida, aunque en términos subjetivos, tratar de establecer dónde está esa separación es difícil de verbalizar y explicar racionalmente.

Cuando estoy en la pega lo único que quiero es, no sé, tener mi tiempo para descansar, pero cuando, y a mí me ha pasado, cuando estoy con licencia lo único que quiero es volver a mi pega, de verdad, es una cuestión como... ya es una necesidad.

—Es que ya es parte de ti, tu trabajo es parte de ti.

—A parte que yo ya llevo hartos años trabajando, entonces es por, no es por la plata, es por..., ino sé, pues, no sé! (Grupo Mujeres D, Concepción).

¿Qué produce esta dualidad? ¿Por qué al estar en el trabajo se quisiera no estar y cuando no se está se echa de menos? La conversación no logra resolver del todo este dilema, pero en la medida que se desarrolla, va desembocando en una cuestión sobre el tiempo. La vida pareciera estar distribuida en dos tiempos: el tiempo de trabajo y el tiempo para la vida. Cuando se trabaja, el tiempo de trabajo cubre la mayor parte del día; por eso la metáfora del «segundo hogar» para referirse al espacio de trabajo, y de «la otra familia» en el caso de los compañeros de trabajo. El tiempo de trabajo le da un sentido de productividad al tiempo, lo

haría «provechoso», evita sentir que se pierde el tiempo, sobre todo cuando el trabajo se hace con gusto. El problema es que el hecho de trabajar implica asumir que el tiempo para «la vida» se estrecha y en muchos casos significa sacrificar la posibilidad de hacer «otras cosas» o «cosas de jóvenes». De ahí la queja.

Yo considero que el ser humano aquí en Chile trabaja mucho... Al final hay muchas otras cosas que también son importantes y que tú las tienes que dejar de lado. Porque tú decías «si yo quiero hacer algo, lo hago», pero muchas veces a ti el trabajo te encajona en un cuadro, tú entras a las ocho de la mañana y sales a las ocho de la noche y a qué hora... a ver, yo te digo, a mí me encantaría ir a un gimnasio, te relaja, te hace llegar con más vida a tu casa, pero yo salgo a las siete, siete y media, imagínate una hora en el gimnasio, a qué hora estoy llegando a mi casa, cerca de las nueve, tengo que atender a mi hijo, tengo que hacer almuerzo, tengo que dedicarme a la casa, mi esposo, todo, entonces el trabajo no te deja a ti expresarte y hacer otras cosas que tú quieres porque aquí son muchas las horas de trabajo (Mujer Grupo D, Concepción).

La solución discursiva que se plantea lleva a un lugar común: la frase del *«trabajar para vivir y no vivir para trabajar»*, aparece como un tópico que resume la disposición que domina el discurso. Lo que anhelan en el fondo es lograr que el trabajo no absorba por completo el tiempo y deje sin espacio para «la vida». Lo que complica la solución es el dinero. El tópico que define al trabajo asalariado como el principal mecanismo de subsistencia implica que la relación entre el tiempo de trabajo y el tiempo para la vida queda sujeta al logro de la subsistencia y eso lleva a una contradicción.

Yo creo que uno tiene que trabajar para no trabajar.

—Claro, es que tienes que trabajar para no trabajar tantos días. Pero igual tienes que trabajar.

—Tienes que trabajar para poder tener tu tiempo libre (Grupo C, Valparaíso).

Lo ideal sería que no se tratara de opciones excluyentes, pero las dinámicas actuales del mundo del trabajo, marcadas por la inestabilidad de los empleos, pero sobre todo por el tipo de trabajos a los que acceden los jóvenes de estos sectores, marca-

dos por la regular o escasa valoración económica de los trabajos y por la extensión de los horarios, son factores que complican el equilibrio entre estos dos tiempos.

La dificultad para resolver del modo en que quisieran esta dualidad a la larga lo que pone en juego es la concreción de sus proyectos de vida. Al menos en términos discursivos, no pretenden grandes lujos ni esperan entrar al mundo del poder. Y aunque se hace referencia a una especie de escalada progresiva en términos de pautas de consumo o de grados de bienestar, *el imaginario para sus aspiraciones es más bien mesocrático* y en general apuntan a reproducir las condiciones y el estilo de vida de la clase media, o en su extremo, no perder su actual condición, no «caer».

En el plano personal, muchos quieren formar su propia familia, otros ya lo han hecho y aspiran, por ejemplo, a la casa propia; pero esos proyectos «lamentablemente hay que financiarlos», como dicen en un pasaje de la conversación, y ese mismo financiamiento termina poniendo límites a los proyectos. Para quienes ya tienen familia, el tiempo de trabajo reduce el tiempo disponible para la vida familiar y produce un contrasentido: se trabaja para mantener la familia, pero no se puede disfrutar de la vida familiar. El fantasma de la descomposición familiar, de la pareja que no se ve o de los hijos que crecen solos representa uno de los riesgos que trae el escenario de trabajo actual, sobre todo en aquellos tipos de trabajo que funcionan en base a metas de productividad o por comisión. Estos son los que más agudizan la contradicción: por un lado «no estancan en la parte económica», pero por otro traspasan completamente el nivel de ingresos al individuo.

Hay mucha gente que trabaja todo el día, hace horas extras, no ve a sus niños y lo único que le importa es tener más plata para poder seguir en la sociedad que estamos viviendo (Mujer Grupo D, Valparaíso).

El otro fantasma que recorre la conversación es el *stress*. La certeza sobre la mala remuneración de sus trabajos deja pocas alternativas de compensación que no sea la extensión del tiempo

de trabajo. Pero cuando el tiempo libre se reduce, el cuerpo se cansa, lo que es más complejo todavía para quienes tienen hijos, porque la responsabilidad familiar acelera el ritmo de vida y no deja tiempo para hacer «otras cosas».

A quien no tiene hijo de repente no tiene la experiencia, pero sí tu cuerpo te pide un descanso, te pide que tú te relajes, que de repente te vayas a tomar un café con tus amigas, y no lo puedes hacer porque miras el reloj y, «ya, son las siete, me voy corriendo, tengo que hacer esto, tengo que hacer lo otro», entonces en general considero que aquí el trabajo te absorbe mucho, y por eso que uno, de repente, «¡ya, no quiero hacer nada más!», porque los sueldos tampoco, de repente, son altos, entonces tú... ¡te cansas, pues! (Mujer Grupo D, Concepción).

Por eso mismo para quienes todavía no tienen familia, la idea de formar una propia pierde consistencia. La evidencia sobre las dificultades para financiar los proyectos de vida o los relatos sobre el stress de quienes tienen hijos, terminan legitimando una disposición entre los jóvenes que naturaliza la postergación de la familia propia o la autonomía residencial.

Yo creo que la gente de antes se proyectaban más porque querían tener hijos, o porque tenían más hijos y tenían que tener un trabajo para poder alimentarlos, pero ahora los jóvenes ya casi no van por ese lado de querer tener esa familia de tantos hijos (Mujer Grupo C, Valparaíso).

Hoy en día no sería necesario «salir del nido» para tener grados de libertad. El discurso habla de un cambio cultural al interior de las familias que otorga mayores grados de negociación de la autonomía sin que sea necesario migrar. Es posible que el dilema en este punto sea más complejo para las mujeres: por un lado quieren posponer la independencia y la conformación de familia propia, pero sienten que cargan con el peso de tener que hacer frente a una especie de presión social implícita que les forzaría a cumplir los «roles tradicionales» de la mujer, los ciclos de las «mujeres normales».

Pero más allá de eso, la tensión que todos tienen que resolver es cómo encontrar un equilibrio entre el dinero y el tiempo

para la vida. Sin trabajo no hay dinero, los proyectos personales no se financian, ni tampoco se puede disfrutar del tiempo libre (el consumo de entretención). Pero con trabajo, hay (algo de) dinero, pero tampoco se puede disfrutar el tiempo. Resolver esta ecuación se vuelve un ejercicio individual que devuelve a la idea de la búsqueda. Es cada uno quien tiene que buscar el trabajo que le permita distribuir los tiempos de trabajo y el tiempo de vida de la mejor manera, lo que nuevamente lleva la conversación sobre el trabajo al dilema del sentido de vida.

Y en ese sentido las proyecciones que uno tiene de trabajo tienen que ver también con este como bombardeo de qué es tener un trabajo, de trabajar cuánto, cinco días a la semana y las otras... y el fin de semana para tí, y al final también llega en un momento a ser como casi angustiante en el sentido que te vas envolviendo en el sistema. Es como la interrogante de qué quiero como vida (Hombre Grupo C, Valparaíso).

6. LA CLAUSURA DE LAS SALIDAS

Lo que hemos revisado hasta el momento nos permite afirmar que la conversación sobre el trabajo entre los jóvenes produce una conversación acerca de lo que son sus sueños y expectativas sobre el futuro, pero también es una buena metáfora sobre sus temores más profundos. El temor a no lograr la realización personal, el miedo a la inestabilidad, la encrucijada de sus proyectos de vida, en el fondo expresan los miedos ante la incertidumbre de no saber lo que se vendrá, pero al mismo tiempo esos temores reflejan los aspectos del trabajo que anhelan cambiar. La sensación que queda es que el mundo del trabajo tendría muchas cosas que cambiar para que se ajuste a ese concepto ontológico que se asocia al trabajo.

Pero, ¿cómo se podrían producir esos cambios? Hay varios pasajes de la conversación en que intentan articular soluciones posibles. En un momento hablan de cambios estructurales que exigen la intervención del Estado, personificado en el gobierno, pero no se identifica claramente cuál puede ser su rol. El pri-

mer papel que se le asigna se reduce a legislar y fiscalizar las denuncias sobre abusos laborales. Pero en esos planos el Estado no es prenda de ninguna garantía. Primero porque la demanda por fiscalización de casos particulares de abuso o malos tratos pareciera no tener ningún peso y la única forma serían las demandas colectivas, pero implican un grado de organización que limita las posibilidades de acciones de ese tipo. Segundo porque en el discurso se tiende a homologar las políticas del Estado con el interés del gran empresariado. Ésa es la sospecha que vierten sobre las leyes laborales o los tratados de libre comercio, que son procesos que sienten totalmente ajenos y que miran desde fuera.

Que el gobierno está bien económicamente, eso es para los que tienen, para los que tienen inversiones, que trabajan en la bolsa, los que tienen empresas, pero para uno, uno no lo ve, no lo ve, ese es mi punto de vista. Y yo creo que de la mediana clase para abajo, no la ve. Y tiene que levantarse igual a las cuatro, cinco de la mañana y sacarse la cresta hasta las ocho, nueve de la noche para poder ganar la plata (Marco, Valparaíso).

El otro papel que se atribuye al Estado tiene que ver con la regulación de las titulaciones. Esta solución la plantean principalmente quienes tienen títulos profesionales, porque son ellos quienes más han tenido que experimentar los temores que produce la angustia de no poder desarrollar su actividad en el campo de su profesión. Ante la saturación de los campos laborales, la sobreoferta de titulados en todas las áreas y la devaluación progresiva de los títulos, la única salida posible pasaría por una política que regule la libertad con que opera el mercado educacional. Pero la viabilidad de esta salida se termina diluyendo por su propia complejidad y magnitud.

No se cambia de un día para otro, y nosotros yo creo que somos un grano en la playa si queremos cambiar eso (Hombre Grupo C, Concepción).

Ante esta clausura de las transformaciones estructurales, se ensayan otras estrategias de cambio. Una primera alternativa que se explora pasa por generar nuevos modelos de trabajo autó-

nomos donde puedan implementar sus visiones sobre el trabajo y poner en práctica códigos de relación laboral cuyo centro no sean ni la productividad ni el capital, sino el sujeto y su bienestar. Buscan generar experiencias que abran cursos transformadores, que actúen con arreglo a principios de justicia, que incluyan la distribución equitativa de las utilidades, y que se instalen como ejemplos a imitar que puedan transformarse en pautas extensibles en la medida que se legitimen.

Podríamos armar como una nueva estructura de funcionamiento empresarial, que podría respetar ciertos «flujos» que permitan un desarrollo individual. Sería una forma digamos de ir cambiando el sistema (Hombre Grupo C, Concepción).

A partir de esta solución intentan articular un discurso generacional. Hablan de la necesidad de asumir una responsabilidad o una misión histórica.

No sé, yo pienso que nosotros igual deberíamos demostrar ser distintos y cortar la cadena (Hombre Grupo C, Concepción).

Pero este discurso se diluye rápido y retorna a la impotencia.

Una segunda salida implica acciones con un carácter más grupal, pero siempre inscritas en un espacio de trabajo específico. En este caso entran las acciones sindicales, pero no se restringen a este ámbito únicamente. Hasta cierto punto hay una especie de sospecha en la acción de los sindicatos, que se vierte especialmente en la figura de los dirigentes sindicales y sus pugnas de intereses. Más bien se trata de defender una pauta ética que le otorgue a las relaciones laborales el contenido de humanidad del que carecen, pero no en nuevos espacios laborales autónomos, sino dentro de los ya existentes. El problema con esta salida es que implica asumir un choque con las lógicas que operan dentro del mundo del trabajo y el riesgo de la pérdida del empleo.

Igual mucha gente piensa que exigir a la empresa que está dándole trabajo, [...] al final si les empiezo a exigir a estos gallos al final se van a

aburrir y me van a echar, entonces mejor te quedas callado y trabajas no más. Eso me ha pasado a mí. Igual yo no estoy ni ahí, yo igual digo las cuestiones aunque me echen, igual les digo de buena forma, pero igual se molestan, te ponen caras, igual es complicado en ese sentido exigir al empleador (Hombre Grupo C, Valparaíso).

En ese contexto las acciones más directas se empiezan a reducir a acciones individuales. Una primera modalidad la podríamos definir como una salida «heroica». Ya sea desechando trabajos que no cumplen con las expectativas y las condiciones mínimas esperadas, exigiendo contratos, negándose a cumplir funciones que no estaban contempladas en el acuerdo original, o reclamando los derechos laborales en el lugar de trabajo, se pueden ejercer actos de resistencia parciales sin ninguna otra pretensión que la de marcar pautas o poner límites a los abusos de los empleadores. Se trata de adoptar una «actitud» que se traduce en salvaguardar ciertos márgenes de negociación con el mundo laboral y que tiene a la renuncia como expresión límite.

Estuve tres meses pero no me gustó el trato y me di el gusto de renunciar (Hombre Grupo C, Valparaíso).

Lo complejo de esta lógica es que es meramente testimonial y no evita que se sigan reproduciendo las lógicas con que opera el mundo del trabajo. Además, el límite último de la renuncia implica asumir el riesgo del desempleo, un paso que como hemos visto es complejo por definición, sobre todo cuando se tienen cargas de responsabilidad familiar.

Una última solución que se logra esbozar es optar por el desarraigo y migrar en busca de un mejor destino. Los relatos sobre las condiciones de trabajo en otras regiones del país o en países desarrollados seducen a abrir la posibilidad de solucionar las dificultades en otro lugar, sea dentro o fuera del país, una disposición que de alguna manera refleja el efecto que produce en la subjetividad de estos jóvenes la imagen de un mundo globalizado, en que los sujetos se mueven entre países, en que las distancias se reducen y las fronteras se diluyen.

Afuera, o sea, Argentina, Estados Unidos, Europa, ¡fuera, así! Converso con mis amigos y nos vemos afuera. Acá en Chile por lo menos mi carrera está en pañales (Hombre Grupo C, Valparaíso).

La otra alternativa es el retiro del mundo urbano y la conversión al agro, en un relato que recuerda las utopías de los sesenta y setenta. Pero al igual que todos estos lugares por los que pasa la conversación en su búsqueda por soluciones, tiene sus límites y termina como una solución parcial. Pareciera que la metáfora de la «máquina aceitada» es tan fuerte que no deja espacio para la transformación.

CAPÍTULO VII
AMBIVALENCIAS Y DISCURSOS SOBRE EL TRABAJO

AMBIVALENCIAS Y DISCURSOS SOBRE EL TRABAJO

INVESTIGAR LA RELACIÓN con el trabajo de la juventud tardía de sectores medios y medio-bajo tenía un doble propósito: por un lado, describir las estrategias de inserción laboral de las y los jóvenes contemporáneos tomando como referente la fracción de población joven que más trabaja, y comprender las lógicas de esas estrategias por medio de los discursos sobre el mundo del trabajo.

Para el análisis se intentó dibujar un contexto en dos dimensiones. En la primera se describió someramente algunos de los tópicos más representativos de las transformaciones en el mundo de la economía y el trabajo. Estos elementos entregaron el fondo histórico en que se está produciendo la relación discursiva y práctica de estos jóvenes con el trabajo. La segunda dimensión describe a los sujetos. Se hizo breve referencia a su situación generacional y luego se intentó describir su trayecto en tres planos: los estudios, las situaciones personales de vida y el trayecto laboral propiamente tal. El trayecto apareció al superponer estos tres planos. Al hacerlo se descubrieron varios elementos que los asimilan y acercan. Las similitudes aparecen al compararlos con los jóvenes de su misma edad, pero que crecieron en otras realidades económicas, y por qué no, culturales. La primera es que las experiencias laborales de los jóvenes de ambos sectores se iniciaron a edades más o menos tempranas, la mayoría antes de los 18 años. El abanico de trabajos fue amplio, aunque ajustado a las labores que suelen realizarse a esa

edad. Miguel le ayudaba a su padre, a tal punto que hasta dudó de seguir estudiando. Marco trabajaba con su tío y después en supermercados. César trabajaba de empaquetador en supermercados con sus compañeros de liceo. Así empezaron a conocer el mundo del trabajo, aunque se tratara de contactos esporádicos, informales, que se hacían los fines de semana, en tiempo de vacaciones o en las tardes, sin que afectaran completamente los estudios. Solamente un pequeño grupo dejó sus estudios, probablemente para dedicarse a trabajar, aunque como contaba Jhonatan, es probable que para más de alguno el hecho de tener ingresos propios fuera un imán que les hizo pensar en dejar los estudios.

El primer y más importante punto de inflexión en las trayectorias de estos dos grupos se produce entre los 18 y los 19 años y suele coincidir con el término de la secundaria. En este punto se produjo una especie de efecto prismático que abrió un abanico de trayectorias diferentes. Ese puede ser uno de los elementos más característicos en el trayecto de la cohorte en estos dos sectores y lo que marca una diferencia con respecto a los jóvenes de los otros sectores. Para los jóvenes con mayores recursos, el trayecto claramente mayoritario fue terminar la secundaria y pasar directamente a la educación superior, por lo general a la universidad, sin mediar ningún lapso intermedio. En el otro extremo, el de los jóvenes con bajos recursos, hubo un grupo relativamente importante que siguió estudiando en la secundaria, otro pequeño grupo se puso a trabajar, pero la mayoría pasó a la inactividad o a los quehaceres del hogar. En el caso de los jóvenes de los sectores medio y medio-bajo, en cambio, no hubo un patrón de trayectoria claramente dominante. Tanto en uno como en otro segmento hubo un grupo que pasó a estudiar en el sistema de educación superior, otro grupo similar en magnitud que se dedicó a trabajar, otro que combinó estudios y trabajo y otro grupo que pasó a la inactividad, los quehaceres del hogar o el cuidado de los hijos, tres destinos que fueron marcadamente femeninos. Este es otro de

los elementos distintivos de estos dos segmentos: *la potencia que alcanza el género como factor diferenciador de trayectos*. Entre las mujeres de ambos segmentos hubo una porción importante que no siguió estudios superiores ni ingresó al trabajo, sino que se dedicó a las labores del hogar, en muchos casos acompañadas por el cuidado de los hijos y el matrimonio, una especie de destino femenino que se reproduce aunque no sea una condición deseada, aunque el interés por estudiar o trabajar permanezca y siga latente, hasta solucionar el problema del cuidado de los hijos o los problemas económicos. Para los hombres, por su parte, fue más frecuente seguir estudiando, pasar a trabajar, o estudiar y trabajar al mismo tiempo.

Seguramente en muchos casos estas condiciones no fueron permanentes. No está de más repetir que los datos de las encuestas nacionales de juventud no permiten captar la movilidad de los sujetos individuales en un período de tiempo, y por lo mismo, no informan sobre posibles cambios de condición, pasos del trabajo a los estudios, de la actividad a la inactividad o al revés. Las historias de vida, sí. Marco, por ejemplo, a varios años de abandonar la secundaria decidió completar el ciclo y ahora piensa seguir estudiando. Jhonatan, luego de varios años trabajando, decidió ingresar a una carrera técnica. El punto es que la mantención de estas tendencias expresan realidades colectivas que son características de estos dos conjuntos y que se pueden resumir en que para los jóvenes de esta parte de la cohorte el hecho de ser jóvenes y decidir un camino fue una tarea más compleja que para el resto porque tuvieron que resolver entre más alternativas posibles e igualmente válidas.

Que hay diferencias entre los jóvenes de estos dos sectores, por cierto que las hay, y tienen que ver con las magnitudes de los grupos que en cada uno sigue los distintos caminos. Mientras en el sector medio el camino de los estudios fue claramente mayoritario, en el medio-bajo la magnitud del grupo que siguió este camino es similar a la del grupo que siguió los del trabajo y la inactividad. Pero más allá de esas diferencias, lo

importante es que el término de la secundaria es un primer punto que permite distinguir trayectos con destinos diferenciados. Por un lado, el de un grupo que pasó directamente de la secundaria a los estudios superiores, con un patrón de trayecto que se tiende a asimilar al dominante entre los jóvenes de más altos recursos. Por otro, un grupo que no siguió estudiando y pasó a la inactividad o directamente al mundo del trabajo.

El segundo punto de inflexión se produjo aproximadamente a los 25 años. Hasta ese punto la distribución se había mantenido más o menos estable. Si hubo algún cambio en la magnitud de cada una de las categorías de actividad, no fue demasiado relevante. Pero a partir de esta edad, cambia la distribución de las actividades y ahora sí que se hacen más manifiestas las diferencias entre los segmentos. En los sectores medios se observó un aumento más o menos importante en la población que estaba trabajando, que ahora pasa a superar a la población del sector medio-bajo en la misma condición y que es similar al movimiento que se observa en el segmento de mayores recursos. La tendencia natural es asociar este cambio al efecto del egreso de la educación superior. Como se vio en el análisis de los trayectos, en los sectores altos y medios, sobre todo en el primero, al terminar los estudios superiores entró un contingente considerable de jóvenes al mundo del trabajo. Y no sólo eso. Lo hicieron a trabajos bien remunerados y con buenas condiciones laborales que se traducían en mayores grados de satisfacción y menor intención de cambiar de trabajo, al menos por estas razones. En el caso del sector medio-bajo, en cambio, la distribución de los grupos continuó más o menos estable. La población que se dedicaba a trabajar y la que estaba efectivamente trabajando casi ni se movieron. Lo mismo con los estudiantes y los inactivos.

Eso confirma la importancia de los estudios superiores en la construcción de trayectorias. Fueron pocos los que no siguieron estudiando por falta de interés. Por el contrario, las ganas estaban, pero los recursos no. También fue decisivo el hecho de

convertirse en madres y padres, que para muchos de quienes vivieron esta experiencia a edades más o menos tempranas les significó postergar o desechar totalmente las posibilidades de construir una trayectoria ligada a los estudios. Otros no estudiaron porque prefirieron trabajar, algunos de ellos buscando tener algunos ingresos para sus gastos personales, sus familias propias o las cuentas u otra medida análoga en el hogar de sus padres.

Si se analizan estas tendencias desde una perspectiva de trayectorias sociales, se puede decir que la diversidad de caminos seguidos, si bien no es definitiva ni cierra las puertas al futuro, de todos modos permite anticipar que en cada segmento socioeconómico se estarían produciendo fragmentos internos con destinos diferenciados. Al menos en principio, es probable que el grupo que siguió estudios superiores acceda o al menos tenga mayores posibilidades de formar parte de algún fragmento de las clases profesionales o técnica. Quienes han hecho camino por la vía del trabajo, por su parte, probablemente tengan un límite más bajo de ingresos y ocupen posiciones subalternas por el resto de su vida activa, a no ser que se active algún «efecto de trayectoria individual» que produzca una inflexión que cambie el destino.

Obviamente, éstas son meras anticipaciones que se fundan exclusivamente en tendencias estadísticas más o menos permanentes. No obstante, de alguna manera estas diferencias que producen los trayectos también se expresan en términos discursivos. El análisis de las entrevistas fue revelando que los trayectos seguidos se traducen en ciertos matices de diferencia en los discursos sobre el trabajo. El modo en que han articulado las estrategias para insertarse en el mundo laboral y el modo en que proyectan su futuro fundamentalmente con la dupla trabajo-estudios. En el discurso de los jóvenes que han seguido una trayectoria ligada al trabajo, independiente de los períodos de intermitencia, la posibilidad de estudiar pareciera haberse ido diluyendo con el paso del tiempo. Por eso prefieren privilegiar una especialización en un oficio, o —a lo más— una capacitación que les permita asegurar una movilidad dentro del

mundo laboral, fundamentalmente un ascenso en la empresa o un mayor sueldo. Para quienes han logrado estudios de nivel superior, independientemente su tipo —técnico, profesional o universitario—, el efecto de los estudios pareciera ser doble: no solamente abrirían posibilidades de acceder a labores jerárquicamente mejor posicionadas y económicamente mejor remuneradas; también alimentan una subjetividad que asume como natural y obvia la conexión con un campo laboral más o menos definido. Ésa es la principal preocupación de quienes han continuado estudios superiores: *trabajar en lo que estudiaron*. Ahora bien, entre quienes siguieron —o pudieron seguir— este camino, también hay discursos con algunos matices de diferencia. La relación con los estudios tiene dos posiciones más o menos definidas. Por un lado se puede configurar un discurso que tiende a asociarse a una especie de «vocación» por una actividad, y que por lo tanto busca un trabajo que sublime ese gusto, y otro que privilegia una relación pragmática con los estudios, que decide estudiar y qué estudiar por una evaluación marcada por criterios principalmente económicos.

De todos modos, el análisis de las discusiones grupales fue revelando que en general lo que dicen y los dilemas subjetivos que están contenidos en el trabajo presentan elementos que trascienden los límites socioeconómicos. Eso no quiere decir que se trate de un solo discurso. Hay muchos tópicos compartidos, pero también se alcanzan a dibujar algunas posturas discursivas diferentes. Sin embargo, lo más interesante es que los temas que estructuran la conversación de estos jóvenes son nuevos y viejos a la vez. Nuevos, porque muestran algunos de los elementos discursivo/prácticos que están construyendo para sortear el problema de la inserción laboral en el actual escenario. Viejos, porque en el fondo la conversación también reproduce o, más bien, actualiza algunos de los temas que han estado en juego en la ya larga discusión moderna sobre el trabajo.

La conversación está permanentemente haciendo referencia a un nuevo mundo laboral, con nuevas condiciones labora-

les, distintas a las que vivieron padres y abuelos. Se habla de la desprotección, de la pérdida de peso de organizaciones de solidaridad entre trabajadores, del aumento de la competencia y la imposición de nuevas lógicas de inserción laboral, la sofisticación en los mecanismos de control, entre otros elementos que en conjunto demuestran que a estas edades los jóvenes de estos sectores ya conocen cómo opera el mundo del trabajo, que saben a lo que se enfrentan porque han logrado hacer una lectura desde su propia experiencia. Eso es lo que rescatan del hecho mismo de trabajar: que independiente de lo que haya sido, en todos se aprende algo, ya se trate de un aprendizaje sobre las lógicas del mundo del trabajo, sobre los anhelos personales o sobre las contradicciones más profundas del ser humano.

Lo que llama la atención es que hasta cierto punto se tiende a naturalizar estas nuevas condiciones. Se aceptan como lo que es, como las reglas del juego, y eso lleva a naturalizar también la necesidad de adaptarse a la manera de pensar y actuar que atribuyen al agente prototípico del modelo. La idea de un sujeto activo, que se mueve, que establece contactos, se cualifica permanentemente y, en su extremo, *se ofrece y se vende*, aparecen como elementos que debiera cumplir total o al menos parcialmente todo joven que quiera insertarse y mantenerse en un buen trabajo. Lo complejo es que no siempre esta adaptación produce sentido en el sujeto. La exigencia de estar siempre perfeccionándose, actualizando los conocimientos o adquiriendo nuevos grados académicos para suplir la falta de experiencia laboral suena como una queja, principalmente porque les significa un gasto de energía, tiempo y dinero que no necesariamente quisieran asumir, pero también porque implica aceptar que en el mundo del trabajo actual no se puede demostrar capacidades de otra forma que no sea por el respaldo que entrega un título o certificación. De ahí el intento por reposicionar la importancia de la práctica y el desarrollo de un oficio. Paralelamente, la exigencia de responder a las normas propias del mundo del trabajo los lleva a tener que transar con ciertas características de

personalidad —sumisión, adaptación a las normas del mundo del trabajo— y a asumir ciertos patrones estéticos —corte de pelo, vestimenta— que muchas veces se oponen a sus identidades.

Otro de los puntos interesantes que deja el análisis de las conversaciones es la resignificación de la estabilidad. *Las referencias sobre este punto son ambivalentes*. Por un lado se articula una queja o sentimiento de pérdida ante la mayor inestabilidad que imponen las nuevas lógicas de organización del sistema productivo, con la rotación laboral y los trabajos temporales como figuras arquetípicas. Pero esa queja no se remite tanto a la rotación misma, sino a la pérdida de garantías contractuales que garanticen relaciones laborales claras y justas. Subjetivamente al menos, los jóvenes se muestran abiertos a cambios permanentes de trabajo, sea por la búsqueda de mejores condiciones laborales —sueldo, ambiente, trato—, o por la necesidad de abrir nuevos ciclos laborales o incluso existenciales. Sin embargo, tal apertura no implica la ausencia de contrato. Al contrario, rechazan la figura del honorario porque los deja sin protección y los excluye del acceso al mundo del consumo vía crédito o hipoteca. Lo que necesitan es un contrato que les asegure la reproducción constante de sus condiciones de vida, pero que no les cierre las posibilidades de búsqueda de nuevos horizontes.

Estos son dos de los tópicos que nos parece condensan las nuevas subjetividades que están construyendo los jóvenes en su relación con el mundo laboral contemporáneo. Como se ve, en ellas se cruzan sueños y aspiraciones personales con una lectura *in situ* de las condiciones que impone el escenario. Pero junto a estos temas, aparecen otros que son una versión actualizada de temas laborales más o menos permanentes. En primer lugar, y en términos ideales, el trabajo conserva su carga ontológica y sigue representando un componente antropológico esencial. Se asocia a la felicidad, al mundo ideal, a la realización personal, todos elementos que de alguna u otra manera son herederos de las ideologías marxista y en parte también judeocristiana sobre el trabajo. Lo interesante son los discursos que se producen al

tratar de resolver este punto. Tanto las entrevistas como los grupos de discusión fueron revelando que no hay una sola posición discursiva.

Por el contrario, se pueden diferenciar dos grandes relatos que varían por el elemento que enfatizan en la cadena trabajo/realización personal. Un primer discurso asocia la realización personal a actividades que aporten al bienestar colectivo, que tengan un sentido social, que se traduzcan en progreso, mejoras en las condiciones de vida colectivas, superación de la pobreza, desarrollo... Este discurso es poco frecuente y lo producen principalmente profesionales universitarios. En el otro discurso, si bien también se asocia la realización personal a una actividad, la relación no se resuelve necesariamente en el aporte al bienestar colectivo que pudiera estar contenida en la actividad, sino en términos individuales, sea por una especie de evolución personal o simplemente por el logro de mayor bienestar económico, acceso al consumo... Ambos discursos ponen en último término la realización personal en la relación entre el individuo y el colectivo, pero en niveles diferentes. En el primero la realización es del sujeto en el colectivo y como resultado del producto social del trabajo; en el segundo, la realización también es en el colectivo, también por el trabajo, pero fuera del trabajo; no en la actividad sino que en el mundo social. En el primero de estos discursos, no importa tanto para qué ni para quién se trabaja. La relación es instrumental: se aceptan las imposiciones del mundo del trabajo y se hace lo que hay que hacer pensando en su funcionalidad al proyecto personal, sea para financiar gastos personales o para costear los estudios, por ejemplo. Por lo mismo es más cambiante y queda sujeta a la variación de los intereses personales.

El punto es que ambos discursos se unen cuando asumen que en el mundo contemporáneo quedan pocos espacios para la realización personal. En cierta medida quienes privilegian relaciones instrumentales con el trabajo expresan una especie de resignación ante la imposibilidad de «hacer/ser lo que hubie-

sen querido». Por su parte, quienes apelan a la dimensión social del trabajo no pueden escapar a los límites que impone la sobrevivencia. Imprimirle ese contenido sería lo ideal, pero requiere cubrir también —o primero— los costos de la vida. Éstos pueden ser relativos, o incluso, como ellos mismos reconocen, progresivos: aumentan en la medida que aumenta la edad, sea porque se asumen responsabilidades familiares o porque se refinan las pautas de consumo —aunque siempre dentro de los márgenes que correspondan más o menos al estilo de vida de la clase media—. Pero a fin de cuentas en uno y otro caso la dimensión estrictamente económica del trabajo termina en el centro. *No se puede pensar en la realización personal si no se ha resuelto el problema material.* Por eso, concretar la relación queda entre paréntesis o es simplemente una utopía. Lo material se asocia a cubrir el consumo de bienes y servicios —de alimentación, de energía y el consumo de bienes más espúreos— y eso es cíclico: hay que resolverlo mes a mes. Por eso es más urgente.

Lo que no deja de ser interesante es la legitimidad que goza el trabajo asalariado como mecanismo para el logro de ese objetivo. No hay mayores rastros de un discurso alternativo sobre el dinero. Tampoco se aprecian discursos subversivos o directamente alejados de la legalidad como vías para su obtención. Más curioso todavía es la legitimidad que goza la figura de «la empresa» como símbolo del logro laboral y del bienestar económico. La aspiración declarada de varios es entrar a una empresa grande, sólida, con presencia en el mercado, idealmente transnacional, eso a pesar de la pésima imagen que construyen sobre «el empresario» contemporáneo que sea grande o pequeño pareciera presentar una tendencia casi natural al cálculo de beneficios y al mal uso —abierto o encubierto— de su posición de poder.

Otro tema que actualiza la conversación social sobre el trabajo es la discusión sobre el problema del tiempo. La relación tiempo/trabajo fue una pieza clave para la crítica que hizo Marx al sistema de producción capitalista —la plusvalía o la apropiación del producto excedente por parte del capitalista—, lo

mismo que para Marcuse, que puso al ajuste de la producción a las necesidades de la población y la adecuada disposición de los tiempos de trabajo como los pilares para el ensayo de una sociedad de sujetos libres. Sólo en la medida que se aprovecharan los recursos tecnológicos y se produjera lo socialmente útil, se podría pensar una vida individual y colectiva en que el goce del tiempo y el trabajo se unan. En el caso de los jóvenes la crítica no se hace desde la economía-política, por cierto. Las nuevas formas de trabajo hacen que la referencia al problema del tiempo de trabajo quizá ya no sea tan clara como podía ser en tiempos de la producción industrial clásica y dura. Para quienes atienden en el comercio, para las promotoras o trabajadores de *call center*, por ejemplo, que no producen una mercancía físicamente observable si no es por las ganancias de la empresa, el esquema clásico de la plusvalía puede ser poco aplicable. Sin embargo, en términos subjetivos, la expropiación del tiempo sigue siendo un tema clave para entender las representaciones sobre el trabajo, aunque se exprese en la forma más simple del cansancio y la falta de tiempo para vivir o disfrutar, en una queja que no hace sino reflejar el producto de un sistema de trabajo que se mueve a un ritmo constante y que muchas veces sobrepasa el ritmo de los cuerpos. *Lo que complejiza la relación entre el trabajo y el tiempo es que el trabajo ayuda a darle sentido al tiempo.* No trabajar a la larga equivale a perder el tiempo, y la inactividad a un excedente de tiempo inútil en dos sentidos: porque no se generan ingresos y porque no se hace nada. Por eso en el discurso se llega a esa situación contradictoria en que trabajar cansa, pero no hacerlo genera una sensación de vacuidad, de tiempo vacío.

Ahora, lo importante y relativamente nuevo que plantean tanto la resignificación de la estabilidad como la relación tiempo/trabajo es que reflejan la importancia que adquieren para las trayectorias laborales de los jóvenes la estructura de sus transiciones a la vida adulta. La inseguridad que produce el escenario laboral contemporáneo a la reproducción de la vida material fue un referente fundamental para entender las estructuras de

transición que han venido adoptando. La relación la vimos estadística y discursivamente. El tópico compartido es que no se pueden asumir cambios en la vida en un escenario de inestabilidad laboral. Por eso no es extraño que en aquellos casos en que sí ocurre, la reflexión sobre «lo que pudo ser y no fue» alimente un sentimiento de pérdida. Aquí son fundamentales las cargas de responsabilidad. Lo mismo ocurre con la relación tiempo/trabajo. Para quienes estudian y trabajan, para quienes se embarcaron en la formación de una familia propia, y sobre todo para quienes ya tienen hijos, la posibilidad de congeniar los tiempos de trabajo con los otros tiempos se van reduciendo notoriamente. Todo demanda tiempo y eso agota. Solamente quienes siguen en casa de sus padres y no tienen responsabilidades familiares, el inactivo y el estudiante que no trabaja, representan sujetos que pueden buscar formas más amables de congeniar los tiempos de trabajo con los tiempos de vida. En esos casos la opción por trabajar tendría mayores grados de libertad porque la decisión queda sujeta a negociaciones con los padres o al ritmo de las necesidades personales.

Más allá de las diferencias que hubo en cada uno de los distintos temas que se tocaron en la conversación, de la forma en que se conciba el trabajo y su nexos con la realización personal, más allá también de las condiciones socioeconómicas, educativas y las situaciones personales de vida, hay dos sentimientos comunes que planean por toda la conversación. El primero es lo que podríamos definir como una situación generacional que los hace sentirse en medio de una etapa decisiva de la vida que urge la definición de un campo de actividad laboral. A estas edades ya han aprendido lo que tenían que saber sobre el mundo del trabajo, ya han tenido el tiempo para aclarar su ruta, para cambiar y reinventarse. Las cartas están más o menos lanzadas. Por eso la noción de *búsqueda* parece ser el concepto que resume el sentimiento compartido de unos sujetos que anhelan una actividad que les permita congeniar la realización personal con la reproducción material, la estabilidad con la libertad para

cambiar, el tiempo de trabajo con el tiempo de vida, independiente si la categoría es de profesional o de trabajador. Lo difícil es lograrlo. Problemas identifican varios y en general se corresponden bastante con los factores que han descrito distintos análisis sobre el desempleo juvenil. Se nombra el *karma* de la inexperiencia, la falta de contactos, la devaluación de los títulos, la magnitud de la población que busca trabajo, entre otros varios. Lo importante es que de ahí viene la otra sensación que permea el discurso: *la inseguridad e incertidumbre respecto al futuro*. El futuro laboral y personal está unido, ambos se piensan pero no se logran figurar claramente. Se anhelan muchas cosas, se trazan algunos caminos posibles, pero no se sabe con certeza si se llegarán a convertir en la vida. El futuro pareciera estar abierto, pero incierto al mismo tiempo, una tensión que es una buena metáfora sobre los temores que está generando el escenario laboral contemporáneo.

Quizá lo más complejo es que el discurso refleja que los jóvenes a esta altura tienen asumido que en buena medida están solos en esta tarea. La inserción laboral, la inversión en cualificación y perfeccionamiento, la búsqueda de un buen trabajo, son todos elementos de una carrera que se corre en solitario en medio de una pista copada de individuos que compiten por lo mismo. Todo es individual. No hay una interpelación directa al Estado. Para los agentes políticos y diseñadores de políticas públicas, esto podría significar un buen augurio, un indicador de que las cosas van por buen camino y no hay razón para intervenir más de lo que se está haciendo en materia de empleo juvenil. Se podría dejar la suerte en manos del mercado y que sean los mecanismos de oferta y demanda los que regulen la entrada y la permanencia en el mundo del trabajo. *Pero la situación no es tan auspiciosa como podría parecer*. No es que falte una demanda al Estado. Cada vez que se abrió esa conversación la respuesta más inmediata fue que efectivamente el Estado «debería hacer algo» para facilitar la integración laboral de los jóvenes. Alternativas se lanzaron varias. Educación superior gratui-

ta, regulación de títulos, legislación laboral, financiamiento de nuevas iniciativas empresariales. Pero todas fueron dichas sin convencimiento, como si el Estado no fuera un garante válido para ninguna de ellas. Su responsabilidad no se cuestiona. Lo que sí se pone en duda es la confianza en el Estado y en la capacidad de las políticas. El problema es la contradicción entre sus partes. No parece una buena señal que haya organismos del Estado con la función de defender a los trabajadores más vulnerables frente a casos de abuso laboral y que por otro se ampare una connivencia con el empresariado, por ejemplo. Lo que está en juego es su legitimidad, que no es asunto baladí.

Ahora bien, cómo hace una organización social tan jerarquizada y fragmentada para integrar a las nuevas generaciones jóvenes de los sectores medios y medio-bajos al mundo del trabajo, no tiene una respuesta sencilla. Los elementos que están en juego son muchos y ninguno es fácil de resolver. Lo más inmediato y que daría una respuesta inmediata a la principal demanda de los jóvenes es generar políticas que faciliten la continuidad de estudios superiores. La inyección de recursos al financiamiento de la educación superior puede ser la medida más directa; sin embargo, corre el riesgo que a mediano plazo se llegue a una situación de sobre oferta de titulados en todos los campos imposibles de absorber por las economías, lo que es especialmente complejo si se tiene en cuenta los sueños y esperanzas que depositan los jóvenes en el discurso de la escolarización. En el otro extremo, medidas como la regulación estructural de titulados en los distintos campos pueden ser una buena manera que el Estado asuma responsabilidades en materias educativas y laborales, pero sin duda medidas como éstas que se oponen a las lógicas con que actualmente está operando el mercado educacional terminan llevando el asunto a una discusión política más profunda que exige rearticular ambas dimensiones de manera coordinada y que en la medida que no se legitimen adecuadamente pueden encontrar resistencias en las mismas generaciones jóvenes por la pérdida de una supuesta

«libertad» para acceder a estudios de educación superior y de una legítima aspiración a mejoras en sus condiciones de vida.

Medidas indirectas como los proyectos de ley sobre flexibilidad laboral pueden ser otra alternativa, pero siempre y cuando se dirijan solamente a la población joven que estudia y trabaja o a la población femenina que así lo requiriera, y eviten perjudicar las condiciones laborales tanto en lo que toca a los ingresos como a las relaciones contractuales. Extenderla como lógica al conjunto del mundo laboral sería un error y seguramente generaría justificadas resistencias por parte de las organizaciones de trabajadores.

El desarrollo de políticas que fomenten la creación de nuevas iniciativas de negocio podría ser otra medida análoga, no en la línea de los programas de microemprendimiento al estilo FOSIS, sino más cercano al Capital Semilla de CORFO. Generar iniciativas propias fue de hecho una de las soluciones que se plantearon en reiteradas ocasiones, principalmente en la búsqueda de espacios que permitan desplegar intereses grupales e imprimirles un nuevo sello a las lógicas de trabajo internas. Lo complejo es que iniciativas de este tipo quedan lanzadas al mercado y corren el riesgo de naufragar a medio camino.

En los últimos años se propuso el estímulo a la jubilación anticipada como una medida para facilitar el recambio generacional. Se aplicó al profesorado y personal de salud del sector municipal y en diversos servicios públicos. Sin embargo, medidas como ésta encuentra cierto grado de resistencia en su población objetivo. En la medida que se prolonga el bienestar de las generaciones adultas y se alargan las esperanzas de vida, es esperable y hasta normal que aspiren a prolongar su trabajo más allá de la edad de jubilación. Poner fin a la actividad, abandonar la rutina y el síndrome de sentirse inútil son elementos subjetivos demasiado potentes que enredan la efectividad de estas políticas. A esto se agrega la inseguridad que produce el sistema de previsión que se impuso en Chile durante la dictadura, que sustituyó un sistema basado en el principio de solidaridad por la equiva-

lencia estricta entre la cotización y el monto de la pensión, y terminó reproduciendo las desigualdades de ingresos al monto de los fondos de pensiones (Mesa-Lago, 2004), que en muchos casos no son suficientes para compensar la inactividad.

El punto es que, más allá de las soluciones posibles, al fondo están los proyectos de vida de las nuevas generaciones, sus posibilidades de cumplir sus sueños y asumir su plena autonomía. Los límites que impone el mundo del trabajo se han venido traduciendo en una adaptación subjetiva en las nuevas generaciones que autoimpone límites al desarrollo de sus planes personales de vida en la medida que no se cumplan las condiciones que presupone para lograrlos. Por lo mismo, lo más probable es que se sigan alimentando fenómenos como la permanencia en el hogar hasta edades avanzadas o la renuencia a la conformación de familia tanto en mujeres como en hombres. ¿Es eso un problema? Al parecer no necesariamente. Los jóvenes reconocen un cambio cultural en las familias que les permite negociar su permanencia en el hogar. Tampoco es un problema no formar familia ni tener hijos. Ambas alternativas mantienen los grados de libertad de acción y alivianan la carga para el camino. Incluso sostienen la producción de nuevas identidades femeninas en estos sectores de la población que buscan prolongar su autonomía y asumir sus proyectos en solitario. Lo complejo es que los efectos a mediano plazo de estas tendencias son inevitables. Lo más seguro es que se agudicen las tendencias demográficas que se vienen evidenciando en las últimas décadas —fundamentalmente reducción de las tasas de natalidad y envejecimiento de la población— y surjan nuevos dilemas de política económica derivados del retraso de la plena inserción de los jóvenes al mundo laboral y el traspaso de su manutención total o parcial a manos de los adultos de las familias.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BAUMAN, ZYGMUNT (2007): *Miedo líquido. La sociedad contemporánea y sus temores*. Buenos Aires: Paidós.
- (2006): *Vida líquida*. Barcelona: Paidós.
- (2005): *La sociedad sitiada*. Buenos Aires: FCE.
- (2004): *Modernidad líquida*. Buenos Aires: FCE.
- (2003): *En busca de la política*. Buenos Aires: FCE.
- BANCO MUNDIAL (2005): «Boceto provisional del Informe sobre el Desarrollo Mundial 2007. Desarrollo y la próxima generación». Washington: Banco Mundial.
- BECK, ULRICH (1998): *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós.
- BELTRÁN, MIGUEL (1993): «Cinco vías de acceso a la realidad social». En GARCÍA, IBÁÑEZ y ALVIRA (compiladores): *El análisis de la realidad social. Métodos y técnicas de investigación*. Madrid. Alianza Editorial.
- BEYER, HARALD (1998): «Desempleo juvenil o un problema de deserción escolar». *Revista Estudios Públicos* N°71. Santiago: CEP.
- BOIS-REYMOND, MANUELA DU et al. (2002): «Transiciones modernizadas y políticas de desventaja: Países Bajos, Portugal, Irlanda y jóvenes inmigrantes en Alemania». *Revista de Estudios de Juventud* N°56. Madrid: INJUVE.
- BOURDIEU, PIERRE (2000): *Cuestiones de sociología*. Madrid: Istmo.
- (1998): *Capital cultural, escuela y espacio social*. México: Siglo XXI.
- (1997): *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama.
- (1988): *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.
- BRUNNER, JOSÉ JOAQUÍN y GREGORY ELAQUA (2003): *Informe capital humano en Chile*. Santiago: Universidad Adolfo Ibáñez.
- CACHÓN, LORENZO (2002): «Las políticas de transición, entre las biografías individuales y los mercados de trabajo. Estrategia de los actores, lógicas y políticas de empleo juvenil en

- Europa». Ponencia presentada en la Conferencia Europea para Investigadores y Técnicos «Jóvenes y políticas de transición en Europa». INJUVE, Madrid, 6 al 8 de junio.
- CASTELLS, MANUEL (1999): *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. Volumen I: La sociedad red*. México: Siglo XXI.
- (2001a): *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. Volumen II: El poder de la identidad*. México: Siglo XXI.
- (2001b): *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. Volumen III: Fin de milenio*. México: Siglo XXI.
- CASTEL, ROBERT (1997): *Las metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*. Buenos Aires: Paidós.
- CEPAL (2001): «Capital social y pobreza». Documento preparado en el contexto de la «Conferencia regional sobre capital social y pobreza». CEPAL y Universidad del Estado de Michigan. Santiago de Chile, 24 al 26 de septiembre.
- COLOMA, FERNANDO y BERNARDITA VIAL (2003): «Desempleo e inactividad juvenil en Chile». *Cuadernos de Economía* N°119. Santiago: Instituto de Economía, Pontificia Universidad Católica de Chile.
- CHARLÍN, MARCELO, PAULINA FERNÁNDEZ y FRANCESCA CAMELIO (2006): «Propuestas sobre políticas, programas y proyectos para el fomento de la inserción laboral de jóvenes en Chile». En MARCELO CHARLÍN y JURGEN WELLER (editores): *Juventud y mercado laboral: brechas y barreras*. Santiago: FLACSO y CEPAL.
- CHARLIN, MARCELO y JÜRGEN WELLER (2006) (editores): *Juventud y mercado laboral: brechas y barreras*. Santiago: CEPAL, FLACSO y GTZ.
- DÁVILA, OSCAR; FELIPE GHIARDO y CARLOS MEDRANO (2006): *Los desheredados. Trayectorias de vida y nuevas condiciones juveniles*. Valparaíso: Ediciones CIDPA.
- DURSTON, JOHN y FRANCISCA MIRANDA (compiladores) (2001): «Capital social y políticas públicas en Chile. Investigaciones recientes». Volumen I. *Serie Políticas Sociales* N°55. Santiago: CEPAL.

- ESPINOZA, VICENTE (2001): «Indicadores y generación de datos para un estudio comparativo de capital social y trayectorias laborales». En JOHN DURSTON y FRANCISCA MIRANDA (compiladores): «Capital social y políticas públicas en Chile. Investigaciones recientes». Volumen I. *Serie Políticas Sociales* N°55. Santiago: CEPAL.
- et al. (2000): «Ciudadanía y juventud. Análisis de los perfiles de oferta y demanda de las políticas sociales ante la nueva realidad juvenil». Santiago: USACH.
- GÁLVEZ, THELMA (2001): «Para reclasificar el empleo: lo clásico y lo nuevo». *Cuadernos de Investigación* N°14. Santiago: Dirección del Trabajo.
- GOICOVIC, IGOR (2002): «Educación, deserción escolar e integración laboral juvenil». *Última Década* N°16. Viña del Mar: Ediciones CIDPA.
- HENRÍQUEZ, HELIA y VERÓNICA URIBE-ECHAVARRÍA (2003): «Trayectorias laborales: la certeza de la incertidumbre». *Cuaderno de Investigación* N°18. Santiago: Dirección del Trabajo.
- IBÁÑEZ, JESÚS (1979): *Más allá de la sociología. El grupo de discusión: técnica y crítica*. Madrid: Siglo XXI.
- IBÁÑEZ, SERGIO (2005): *El trabajo visto por los jóvenes chilenos*. Montevideo: Cinterfor.
- INJUV (2007): *Quinta encuesta nacional de juventud*. Santiago: INJUV.
- (2006a): *Segundo informe nacional de juventud. Condiciones de vida y políticas públicas de juventud desde la transición al bicentenario*. Santiago: INJUV.
- (2006b): «Brechas y barreras a la integración al mercado del trabajo: un análisis a partir de las trayectorias a la luz de la encuesta CASEN 2003». *Documento de Trabajo* N°12. Santiago: INJUV.
- (2004a): «Análisis longitudinal CASEN 1987-2000. Situación laboral de los jóvenes chilenos por región». *Documento de Trabajo* N°4. Santiago: INJUV.
- (2004b): *Cuarta encuesta nacional de juventud 2003. La integración social de los jóvenes en Chile 1994-2003*. Santiago: INJUV.

- (2002a): *La eventualidad de la inclusión. Jóvenes chilenos a comienzos del nuevo siglo. Tercera encuesta nacional de juventud*. Santiago: INJUV.
- (2002b): «Matriz de condiciones mínimas de inclusión social juvenil: conceptos y objetivos». Santiago: INJUV.
- (1999): *Los jóvenes de los noventa. El rostro de los nuevos ciudadanos. Segunda encuesta nacional de juventud*. Santiago: INJUV.
- INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICAS, INE (1999a): *Anuario de demografía. Serie 1980-1998*. Santiago: INE.
- (1999b): *Anuario de estadísticas vitales. Serie 1980-1998*. Santiago: INE.
- LARRAECHEA, IGNACIO (2004): «Desempleo juvenil en Chile: propuestas a la luz de la evolución en los años 90». Santiago: Expansiva.
- LARRAÑAGA, OSVALDO y RICARDO PAREDES (1999): «Desempleo y salarios en Chile: una perspectiva dinámica a partir del uso de cohortes artificiales». *Cuadernos de Economía* N°109. Santiago: Instituto de Economía, Pontificia Universidad Católica de Chile.
- LASIDA, JAVIER y ERNESTO RODRÍGUEZ (2006): *Entrando al mundo del trabajo: resultados de seis proyectos Entra 21*. Baltimore: International Youth Foundation.
- MACHADO PAIS, JOSÉ (2002a): «Laberintos de vida: paro juvenil y rutas de salida (jóvenes portugueses)». *Revista de Estudios de Juventud* N°56. Madrid: INJUVE.
- (2002b): «Praxes, graffitis, hip-hop. Movimientos y estilos juveniles en Portugal». En CARLES FEIXA et al. (editores): *Movimientos juveniles en la Península Ibérica: graffitis, grifotas, okupas*. Barcelona: Ariel.
- (2000): «Las transiciones y culturas de la juventud: formas y escenificaciones». *Revista Internacional de Ciencias Sociales* N°164. París: UNESCO.
- MARTÍN CRIADO, ENRIQUE (1998): *Producir la juventud. Crítica de la sociología de la juventud*. Madrid: Istmo.

- MESA-LAGO, ALFONSO (2004): «Evaluación de un cuarto de siglo de reformas estructurales de pensiones en América Latina provisional». *Revista de la CEPAL* N°84. CEPAL: Santiago.
- MIDEPLAN (2004): «Encuesta de caracterización socioeconómica nacional. CASEN 2003». Santiago: MIDEPLAN.
- (2001): «Situación de la educación en Chile, año 2000. Análisis de la VIII Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional (CASEN 2000)». *Documento* N°4. Santiago: MIDEPLAN.
- NOVAES, REGINA (2008): «Derechos sociales de adolescentes y jóvenes: educación y trabajo». Ponencia presentada en el III Simposio Internacional sobre Juventud Brasileña (JUBRA). Goiânia (Goiás), 5 de junio.
- NÚÑEZ, IVÁN y ROBERTO MARTÍNEZ (2004): «Classism, discrimination and meritocracy in the labor market: the case of Chile». *Documento de Trabajo* N°208. Santiago: Departamento de Economía, Universidad de Chile.
- OIT (2007): *Trabajo decente y juventud. América Latina*. Lima: OIT.
- OLIVARES, LUZ MARÍA y FRANCISCO VICENCIO (1995): «De los programas de jóvenes a las políticas de juventud: la experiencia FOSIS (1990-1994)». *Última Década* N°3. Viña del Mar: Ediciones CIDPA.
- ORTÍ, ALFONSO (1993): «La apertura y el enfoque cualitativo o estructural: la entrevista abierta semidirectiva y la discusión de grupo». En GARCÍA, IBÁÑEZ y ALVIRA (compiladores): *El análisis de la realidad social. Métodos y técnicas de investigación*. Madrid. Alianza Editorial.
- PNUD CHILE (2000): *Desarrollo humano en Chile 2000. Más sociedad para gobernar el futuro*. Santiago: PNUD.
- (1998): *Desarrollo humano en Chile 1998. Las paradojas de la modernización*. Santiago: PNUD.
- PUENTES, ESTEBAN (2000): «Relación entre salarios y tipo de educación, evidencia para hombres en Chile 1990-1998». Santiago: MIDEPLAN.

- PUTNAM, ROBERT D. (editor) (2002): *Democracies in Flux. The Evolution of Social Capital in Contemporary Society*. New York: Oxford University Press.
- (1996): *Comunidade e Democracia. A experiência da Itália moderna*. Rio de Janeiro: Editora Fundação Getulio Vargas.
- (1993): *Making Democracy Work. Civic Traditions in Modern Italy*. Princeton: Princeton University Press.
- SERVICIO DE REGISTRO CIVIL E IDENTIFICACIÓN DE CHILE (2008): www.registrocivil.cl.
- SANDOVAL, MARIO (2002): *Jóvenes del siglo XXI. Sujetos y actores en una sociedad en cambio*. Santiago: UCSH.
- SALAZAR, GABRIEL y JULIO PINTO (2002): *Historia contemporánea de Chile V. Niñez y juventud*. Santiago: LOM.
- SELAMÉ, TERESITA et al. (1999): «Informe final de estudio emprendimiento juvenil». Santiago: INJUV.
- SERVICIO DE REGISTRO CIVIL E IDENTIFICACIÓN DE CHILE (2008): www.registrocivil.cl.
- TOCKMAN, VÍCTOR (2004): «El desempleo juvenil en Chile». Santiago: Expansiva.
- TORRADO, ROSALBA (2005): *Globalización y cambios en el trabajo*. Santiago: Centro de Estudios de la Mujer.
- TOURAINÉ, ALAIN (1988): «Un mundo que ha perdido su futuro». En vv. AA.: *¿Qué empleo para los jóvenes?* Madrid: Tecnos y UNESCO.
- UNIVERSIDAD DE CHILE (2004): www.demre.cl.
- WELLER, JÜRGEN (2003): «La problemática inserción laboral de los y las jóvenes». *Serie Macroeconomía del Desarrollo* N°28. Santiago: CEPAL.

